

**El mañana viene...
y viene a su manera**

LUIS CHIOZZA

**El mañana viene...
y viene a su manera**

Apuntes de todos los días



libros del
Zorzal

Chiozza, Luis

El mañana viene... y viene a su manera: apuntes de todos los días
/ Luis Chiozza.- 1.ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Libros
del Zorzal, 2024.

256 pp.; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-599-937-4

1. Psicoanálisis. I. Título.

CDD 150.195

Diseño de tapa: Silvana Chiozza.

© 2024. Libros del Zorzal

Buenos Aires, Argentina

<www.delzorzal.com>

ISBN 978-987-599-937-4

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa
de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

1. El mañana viene... y viene a su manera.....	13
2. La inmoralidad a la luz del psicoanálisis	15
3. Acerca del lenguaje.....	17
4. El lenguaje de la interpretación psicoanalítica.....	19
5. La interpretación psicoanalítica	21
6. Ser psicoanalista.....	23
7. Acerca del quehacer y del qué hacer.....	25
8. El crepúsculo y la aurora	27
9. Desperdiciar la vida	29
10. En horas infaustas	31
11. La bicicleta y el monopatín	33
12. Nuestra contribución al psicoanálisis.....	35
13. La constitución del yo.....	37
14. El motivo de la actividad psicoanalítica	39
15. Algunos apuntes pretéritos	41
16. A fin de cuentas y “dentro de todo”	43
17. Más apuntes pretéritos	45
18. Entre la verdad y la realidad	47
19. La derrota “es” el rumbo	49
20. Otros apuntes pretéritos.....	51
21. Revisitación de algunos apuntes	53
22. Sin querer queriendo.....	55
23. La relación del psicoanálisis con la moral.....	57
24. “La razón se pierde razonando” (Porchia)	59

25. El sentimiento de soledad.....	61
26. Acerca del vivir la vida	63
27. Respirando en la colmena	65
28. La hipótesis holográfica.....	67
29. Cuando las palabras “sobran”	69
30. Paradoja.....	71
31. Doce ejercicios “porchianos”	73
32. Dos “principios”	75
33. Otra docena de ejercicios “porchianos”	77
34. Sensibilidad microbiana	79
35. La egolatría es soledad.....	81
36. Pudiendo estaba la mosca en la tela de la araña...	83
37. La velocidad de la vida	85
38. Dos clases de ejemplos	87
39. Papá, mamá y el nene.....	89
40. Pensamientos	91
41. Cuando se elige negar	93
42. La deuda.....	95
43. Palabras de inspiración “porchiana”	97
44. El que mucho abarca poco aprieta.....	99
45. ¿Amabilidad o hipocresía?	101
46. El dolor y los dolores	103
47. ¿Quién es el propietario?	105
48. Sobre el arte y la teoría del psicoanalizar	107
49. Inteligencia artificial	109
50. Otras “porchianas”	111
51. Psicoanálisis de la inflación.....	113
52. La separación de cuerpo presente.....	115
53. Necesario y suficiente.....	117
54. Recuerde el alma dormida	119
55. Nadie es profeta en su tierra	121

56. La bolsa	123
57. Los dolores	125
58. Psicoanalizar. Arte y teoría	127
59. Psicoanalizar	129
60. Sobrevivir	131
61. Origen y futuro en el presente.....	133
62. Protagonismo.....	135
63. Iguales en la diversidad	137
64. Perentorio y postergable.....	139
65. Mi relación contigo.....	141
66. El naufragio	143
67. Un empeño oportuno	145
68. Sherlock Holmes y Jules Maigret.....	147
69. Obesidad de la economía	149
70. Caminando.....	151
71. Ser y estar	153
72. Gracia y desgracia	155
73. El dilema de las redes sociales (fragmentos del libro <i>Psicoanalizar. Arte y teoría</i>)	157
74. Hacer tiempo.....	159
75. El presente atemporal.....	161
76. Con el diario del lunes	163
77. El valor de los sueños	165
78. Fidelidad y obsecuencia.....	167
79. Estar vivo.....	169
80. La discriminación y el aprecio	171
81. Edipo, Prometeo y Narciso.....	173
82. Corazón, hígado y cerebro	175
83. Robots.....	177
84. Mentir.....	179
85. El dis-curso de la vida	181

86. El regalo que llamamos vida.....	183
87. Tres presentes.....	185
88. Biografías de Edipo, Prometeo y Narciso	187
89. Mañana	189
90. Dos clases de sueños	191
91. Tartamudez.....	193
92. Psicoanálisis y biología.....	195
93. Tres destinos	197
94. El silencio de la mayoría.....	199
95. Las dos adolescencias	201
96. El lenguaje que se siente.....	203
97. El lenguaje inclusivo	205
98. Lo que el consenso siente	209
99. En las actuales circunstancias	211
100. La cara visible	213
101. Un valor insuperable.....	215
102. Cuando lo que está mal está bien	217
103. La circunstancia	219
104. La venganza y la justicia	221
105. La hipocresía inconsciente.....	223
106. Liderazgo.....	225
107. Qué y cuándo psicoanalizar.....	227
108. La mentira como sistema.....	229
109. El escándalo fascina.....	231
110. Lo que las edades traen	233
111. Una expresión sintomática	235
112. Asuntos irresueltos	237
113. Amo a los que buscan lo imposible.....	239
114. Penuria y tortura.....	241
115. Orgullo y vanidad	243
116. El carácter argentino	245

117. Una desgracia a tiempo	247
118. Presencia y existencia	249
119. Donde el zapato aprieta	251
120. Una formación.....	253

1

El mañana viene... y viene a su manera

Hacia el mañana no voy, como con frecuencia creo. El mañana viene y, aunque viene hacia mí, su manera de venir no es mía. Tal como lo expresa el Maigret de Georges Simenon (en *La ventana de enfrente*): “A los trece o catorce años tienen el aspecto de esas muñecas de trapo, con ojos claros que no ven nada de la vida que se dirige a su encuentro”.

Nos encontramos aquí, de una manera conmovedora que el intelecto, en lugar de facilitar, obstruye, con lo que Weizsaecker considera la esencia de la vitalidad: *la ofrenda*.

Escribe (traducción de Dorrit Busch):

Conversando con uno de los más famosos fisiólogos, desembocamos en la pregunta por el sentido de la vida. Él opinaba que el sentido de la vida era [...] la conservación de la vida. Yo [...] que el sentido de la vida es la ofrenda de la vida. [...] en aquel entonces yo no sabía qué difícil era comprenderlo y cuánto más difícil era actuar acorde con ello. [...] Dado que [...] no es posible

establecer una diferencia sustancial entre lo vivo y lo no vivo, y que no tiene sentido plantear científicamente la cuestión acerca de la frontera entre vida y muerte, también comprendemos [...] que la vida consista en realidad en un constante morir, en un ofrendar, en una transformación hacia nueva vida. Esta evidencia no le ofrece resistencia a la ciencia, [...] se presta para obligarnos a tomar en serio este asunto. No existiría por lo tanto un concepto de vida, este coincidiría con el de naturaleza. [...] Se [comprende] que, ya que existe tanto odio, el sentido de la vida se lo atribuyamos al amor, [...] un amor confiado [...] porque [...] en realidad es un desafío [...] un regalo, una pasión, también una esperanza. No es posible definir directamente el sentido de la vida, pero se lo puede experimentar y padecer con total claridad.

Sólo siento bien lo que viene, cuando ahora, de la ofrenda del ayer, me voy.

La inmoralidad a la luz del psicoanálisis

A partir de comprender que enfermar es una forma de arruinarse, en cuerpo y alma, una parte de la vida, se comprende también una inevitable consecuencia que la experiencia confirma. Ingresamos, cuando nos enfermamos, en una forma de “estar mal” que, en el particular sector deteriorado, nos conduce a ser y proceder de una manera errónea y mala que, en íntimo acuerdo con lo que señala el diccionario, puede denominarse “ruin”.

Dado que las “mores” son costumbres que distinguen entre las buenas y malas acciones, determinan la moralidad de cada uno. Y dado, también, que la presencia de la enfermedad, en sus innumerables formas y episodios, constituye una inevitable condición del ser humano, entramos ineludiblemente tanto en una ruindad como en una inmoralidad (de las cuales con mayor o menor frecuencia salimos), porque ambas, en última instancia, constituyen aquello que, registrado “desde” el cuerpo, se llama enfermedad.

Sin embargo, es importante comprender que hay formas leves y graves de la inmoralidad y que lo que las diferencia es que, en las graves, la luz de un psicoanálisis auténtico nos permite “descubrir realidades encubiertas”

que siguen un curso progresivo que “no tiene vuelta atrás”.

Cuando, en el ejercicio de su profesión, un psicoanalista se encuentra con inmoralidades graves, la conducta que asume durante el tratamiento nos permite distinguir tres variantes iluminadoras.

En una de ellas, convencido de la imposibilidad de psicoanalizar a ese paciente con resultados fructíferos, elige trabajar con otro que le permita ejercer su labor con mayor eficacia. En otra, encuentra, en la posibilidad de investigar y aprender, el estímulo necesario para dedicarse a una tarea frente a la cual cabe tener muy pocas esperanzas. Y en la tercera, desgraciadamente demasiado frecuente, un psicoanalista que no merece ese nombre, de un modo gravemente inmoral, incurre, sin escrúpulos, en un pacto neurótico, substituyendo la verdadera finalidad del tratamiento por la motivación, espuria, de “no perder” a un paciente que, aunque no progresa, le paga “puntualmente” y lo convierte, de manera ficticia, en un profesional exitoso.

Acerca del lenguaje

Lewis Thomas (*The Fragile Species*) distingue, en la comunicación que establecemos por medio del lenguaje, cuatro categorías.

La primera se constituye con pequeños enunciados dedicados a indicar una presencia, marcar un territorio o demandar una acción.

La segunda, producto de una misteriosa mutación de la consciencia humana que evoluciona hacia diferentes idiomas, es el lenguaje “ordinario”, lleno de sentido (inseparable de una manera de concebir al mundo), que logra una cooperación y un intercambio de pensamiento mediante un conjunto de palabras que funcionan como una metáfora que procura transmitir lo esencial de la experiencia que trascurre en la actualidad de lo enunciado.

La tercera es una forma “nueva”, proveniente de recientes milenios, que “ensambla piezas de lógica” en un lenguaje “científico” y universal que alcanza, en las matemáticas, su mejor paradigma y, en la mecánica cuántica, una formulación accesible para unas pocas personas.

La cuarta es la poesía, o *poiesis* (creación) que, lejos de lo que llamamos “versos” y libre de condicionamientos como la rima o la cadencia (y tan difícil de explicar como

la música), se diferencia, como las matemáticas, del lenguaje ordinario y nace, como las canciones de cuna, de la necesidad de transmitir un estado afectivo.

Sabemos que durante la sesión psicoanalítica el lenguaje 1 sólo se utiliza para comunicar asuntos tan “concretos” como saludar o despedirse, que el lenguaje 2 es el que, deliberadamente, “siempre” se ha usado como “centro” de la actividad interpretativa que constituye nuestra labor, que el lenguaje 3 ha intervenido, de un modo subyacente (y en forma de teoría), en el *background* de la interpretación, y que el lenguaje 4, que debería ser “nuestro objetivo”, sólo ha sucedido, algunas veces, sin haber sido un producto que procurábamos lograr.

Si bien en la vida cotidiana el lenguaje 4 suele utilizarse de una manera involuntaria y “casual”, en algunas ocasiones, hay personas, entre las cuales se cuentan los grandes oradores, que pueden disponer de esa capacidad en una forma deliberada que ingresa, a veces, en la psicopatía.

El lenguaje de la interpretación psicoanalítica

Si realizamos un periplo sobre la evolución que ha recorrido la técnica y el arte de la interpretación en la sesión psicoanalítica, podemos establecer dos conclusiones.

Una tiene que ver con la necesidad de reparar en que el psicoanálisis se ha dedicado deliberadamente a interpretar los derivados de lo inconsciente, desde un proceso secundario que culmina en interpretaciones explicativas y racionales.

Los jalones de su evolución son conocidos: la hipnosis; la sugestión en estado de vigilia; la asociación libre y la atención flotante; la interpretación de la transferencia como resistencia; su interpretación permanente desde el comienzo; la utilización de la contratransferencia cuando perturbaba la tarea; su posterior utilización permanente; la interpretación indirecta de la transferencia (para lograr un afecto suficiente y tolerable), y la interpretación “nominativa”, que evade la cronología. Reconocer que la contratransferencia (dado que el paciente la “percibe antes” de que el analista hable) es el verdadero agente terapéutico condujo a comprender que constituye lo

esencial de un proceso que sólo puede ser auténtico a través de un crecimiento compartido.

La otra conclusión es que interpretar con la participación del proceso primario (desde el lenguaje 4) se convierte, desde una nueva consciencia, en algo deliberado que no debe ser abandonado a la casualidad y puede ser “facilitado” por algunos lineamientos.

Es necesario dejar de transformar los derivados conscientes del proceso primario, con interpretaciones que explican (como causas y efectos) lo que sucede en los términos racionales del proceso secundario, para “cortar camino”, procurando una interpretación *inclusiva* que (en lugar de utilizar un tiempo cronológico, que desestima el presente atemporal) se refiere a lo que acontece de una manera *ubicua*.

Cuando el psicoanalista, luego de una interpretación inclusiva, guarda un silencio atento y cordial hasta el final de la sesión (en lugar de interferir con sucesivas interpretaciones que provienen de “ocurrencias propias”, que trasgreden la regla fundamental), permitirá que lo dicho conmueva, reverbere y decante para volver en el próximo encuentro.

La interpretación psicoanalítica

En su artículo “Mi contribución al psicoanálisis”, Fideas Cesio preanuncia la llegada de la interpretación inclusiva, que apunta a la ubicuidad del presente atemporal (ucrónico), con las siguientes palabras:

Las características que posee la transferencia tal como se presenta en la clínica nos señalan el objeto de la interpretación y las “reglas” de la formación de la misma. [Se] ha difundido entre nosotros la idea de que la interpretación debe hacerse en el “aquí y ahora” [en el presente de la situación analítica]. Sin embargo, la idea del aquí y ahora implica temporalidad, mientras que la transferencia-contratransferencia es en parte inconsciente y por ello atemporal. ¿Cómo resolver entonces este problema? Habría que pensar en una formulación conceptual que pudiera incluir este carácter atemporal de la transferencia-contratransferencia, ya que la interpretación en términos del “aquí y ahora”, al suponer un tiempo muy definido, implica una negación parcial de la atemporalidad de lo inconsciente que buscamos hacer consciente. Por esto creo valioso sustituir la formulación conceptual

en términos del “aquí y ahora” por otra que integre de alguna manera la idea de la atemporalidad de lo inconsciente que se manifiesta en la transferencia-contratransferencia. Para expresar esta conceptualización considero útil el empleo del tiempo “presente”, ya no con el valor del presente temporal del aquí y ahora, sino con el valor del presente atemporal, que atenúa los límites entre los “tiempos” y entre “el tiempo” y lo atemporal inconsciente.

La atemporalidad es una de las características de lo inconsciente más estudiada por Freud. Por otra parte, considero que el “tiempo” es el resultado del modo discontinuo del funcionamiento del aparato perceptivo-consciente. Una conclusión que surge de estas consideraciones es que los diversos tiempos marcan cualidades propias de los contenidos disociados. En la clínica lo atemporal inconsciente se manifiesta en la comunicación de inconsciente a inconsciente que Freud describe en la base de la transferencia-contratransferencia. La participación preconsciente de la transferencia ocurre en un tiempo, el presente, que asociado a la connotación atemporal, propia del sistema inconsciente, da el presente atemporal en el que hacemos la interpretación.

Ser psicoanalista

“La abuelita” es una abuela contemplada por un nieto que se siente querido y que la quiere. Señalemos que, por ejemplo, cuando visita a su nieto y lo encuentra con algún amigo, se da cuenta, sin necesidad de pensar en la puericultura, de que tiene que partir el chocolate que traía.

Lejos de ser un invento, el psicoanálisis fue un descubrimiento de esa capacidad de una abuelita, y su desarrollo ha derivado de indagar de qué manera se podía facilitar que aconteciera. El trípode que postuló Freud para la formación del candidato fue psicoanalizarse en el diván de otro colega, supervisar el trabajo realizado con pacientes y aprender la teoría con colegas de mayor experiencia.

Surgen de inmediato dos cuestiones. La primera radica en reconocer que hay candidatos que disponen de esa capacidad ya desde el comienzo de su formación. La segunda es tratar de establecer de qué manera pueden “adquirirla” aquellos en los cuales permanece reprimida y sustituida por las actitudes racionales que, con frecuencia, la encubren.

La cuestión no se detiene allí, porque en el contacto que durante una sesión mantenemos con aquello que nuestro paciente está sintiendo siempre recorremos una misma secuencia que sucede en dos tiempos. En el primero, no logramos entender dónde reside el meollo de aquello que tortura al paciente, y la situación que convivimos con él nos conduce a explicaciones racionales que procuran esclarecer cómo las cosas que relata llegaron a que no encuentre una salida. En el segundo, cuando por fin logramos comprender (gracias o más allá de la explicación que construimos), y estamos en condiciones de hacerle consciente que algo reprimido, en lugar de aliviarlo, lo conduce a permanecer en la tortura, nos surge naturalmente una pregunta: ¿de qué manera podríamos “cortar camino” logrando “ponernos en la piel” del paciente y de las personas significativas que forman parte de su vida?

En el comisario Maigret (genial construcción de Simenon), que manifiesta haberse convertido en policía porque la profesión de psicoanalista no existía en su época, encontramos la actitud con la que debemos intentarlo.

Acerca del quehacer y del qué hacer

Lo que pasa está pasando ahora... y si sucede que “pasa” es porque se va... Dure lo que dure, pasará otra vez para volver a irse y nunca será completamente igual a como fue una vez.

Hacer consciente lo inconsciente es eso y nada más. No hay “otra cosa” que se pudiera “interpretar”. Sentir y comprender que lo que nos sucede tiene algo invariable y ubicuo, algo que ocurre “en todo tiempo y lugar”. Procedemos y somos, de una manera u otra, “en relación” con lo que fuimos, y lo que tenga de “nuevo”, lo que hoy acontece, es algo que sólo comprenderemos después.

Sabemos que la función del pensamiento es anticipar las consecuencias de una determinada acción. Sin embargo, cuando hablamos de nuestras dudas y contradicciones, no solemos tener plena consciencia de que tales ambigüedades en nuestros pensamientos, que constituyen, en sí mismas, el manantial de una insospechada riqueza, sólo duelen, generando un conflicto, frente a la necesidad de acometer una acción. Aunque diga que, cuando pienso, “esto no quita aquello”, y que hay momentos en que veo un árbol y otros en que veo un bosque, sólo cuando haga deberé elegir. Prestar atención a

un pensamiento u otro ya es una forma de hacer algo con él.

También sabemos que de nada vale pensar en cómo se vive si, al mismo tiempo, no nos proponemos vivir de acuerdo con lo que pensamos. Se trata de una autenticidad cuya carencia, frecuente, conduce a un infortunio progresivo que revela (a pesar de las distracciones con las cuales se pretende ignorar las angustiosas premoniciones que la intuición agrega), tarde o temprano, sus lamentables consecuencias.

Cuando los psicoanalistas procedemos de manera acorde con lo que constituye la esencia de nuestro menester auténtico, nos mantenemos lejos de la tentación de aconsejar, sin que nos importe la urgencia con la cual nuestro paciente suele reclamarlo, desde su “no saber qué hacer”, porque tenemos presente que sólo podemos auxiliarlo llevando a su consciencia algo de aquello que reprime y necesita saber.

El crepúsculo y la aurora

El primer cuadro expuesto lo pintó mi padre. El segundo es una reconstrucción en Photoshop que, hasta donde fue posible, realizó su nieta, de otro que mostraba el mismo paisaje, en tonos amarillos, cuyo original “se llevó” algún amigo que fue a visitarlo mientras estaba enfermo... y cabe suponer que, si lo sustrajo, fue porque en verdad lo había apreciado.

El crepúsculo y la aurora, de raigambre ancestral, representan la llegada de la noche y el nacimiento del día, la oscuridad y la luz, orígenes de los dos colores, el azul y el amarillo, que son complementarios y con los cuales Goethe sustituyó los tres primarios de Newton (rojo, amarillo y azul, con sus complementarios, verde, violeta y naranja). Goethe sabía que su teoría, opacada por el merecido prestigio de Newton, debía esperar muchos años para ser justipreciada y, sin embargo, sostuvo que poetas como él había muchos y que, si algún día iba a ser recordado, sería por su teoría de los colores.

Es precisamente a partir de Goethe y de la raigambre ancestral que posee su teoría de los colores que la complementariedad surge, de manera natural, desde fuentes inconscientes. Una complementariedad cuyo “recuerdo”

intuitivo nos conduce a comprender en forma vivencial que lo mismo no es lo mismo desde aquí que desde allí, ni tampoco (y es esto lo más conmovedor) es lo mismo antes que después. No todos tenemos la suerte de envejecer y ver lo mismo desde un distinto ángulo.

Para nuestras antípodas, es noche cuando aquí es día, y mi contribución a que la paz y la amistad perduren lleva implícito respetar y aceptar que existe un punto, complementario, desde el cual no rige la razón con la que pienso y digo. Deberé decidir, entonces, tanto en el ejercicio de mi tarea psicoanalítica como en mi convivencia cotidiana, hasta qué punto se justifica cuestionar mis convicciones procurando preservar la paz o, por el contrario, deberé arriesgar la preservación del clima amistoso (con mi familia, mi grupo de pertenencia o mis pacientes) procurando valores trascendentes.

Desperdiciar la vida

Nos hemos referido muchas veces a que si en búsqueda de los placeres saludables preguntáramos a alguien si come para vivir o vive para comer, la respuesta sería que come para vivir. Sin embargo, es evidente que nadie come sólo para alimentarse, sino que encontramos en el comer una reiterada fuente de placer, que utilizamos, con frecuencia, para disimular otras frustraciones. Los festejos constituyen un testimonio, pero, además, casi no existen reuniones en las que no se ingieran comidas o bebidas, y aun en situaciones de soledad o aburrimiento solemos aliviar un cierto desasosiego (producto de una excitación insaciada) comiendo, bebiendo, fumando o masticando algo que ni siquiera ingerimos.

Si aceptamos como respuesta que se come para vivir, surge la pregunta inevitable: ¿para qué se vive? Una vez encarada la cuestión que atañe a las satisfacciones materiales orales, se hacen presentes los otros dos apetitos principales: copular y descansar, y las cuestiones que plantean los distintos derivados de los tres. También surgen, como metas indirectas, la necesidad de trabajar y la de obtener o acumular dinero para producir y adquirir los bienes consumidos. Pero el trabajo (derivado

etimológicamente de tortura), cuando carece del carácter trascendente que acompaña a una creación elaborada, se realiza como una especie de condena.

No cabe duda de que limitarse al placer obtenido en la satisfacción de los mencionados apetitos, en sí mismos, conduce hacia una vida desperdiciada, intrascendente, banal y destructiva, que obliga a tratar de equilibrarla con innumerables “distracciones”. Cuando la opinión pública trascurra, como sucede hoy, carcomida por la predominancia de sustitutos espurios de los verdaderos valores, es más difícil sustraerse al influjo de tales tentaciones.

Vale la pena aclarar que cuando nos referimos a labores trascendentes no sólo nos referimos a la obra de un Einstein o de un Favalaro, sino que allí también incluimos a la abuela que, cada vez que cocina, lo hace con un entusiasmo amoroso y creativo.

Todo queda expresado, finalmente, en los versos de santa Teresa de Jesús: “Vivir se debe la vida de tal suerte que viva quede en la muerte”.

En horas infaustas

Llega un año nuevo... y nuestra querida Argentina nos inspira algunas reflexiones que ya, en otras circunstancias, una vez escribimos, y nuestros colegas del CEAP hoy recuerdan.

Cuando las esperanzas, distantes, se nos muestran descoloridas y tenues, la experiencia nos muestra que una pequeña luz que en el horizonte titila todavía nos guía con los hilos sutiles con los que se tejen las intrigas. ¿Qué es lo que pasa ahora? ¿Cómo llegué a este punto? ¿Qué me sucederá enseguida? Esas son las preguntas que esa lucecita que tiembla nos expresa en su lenguaje morse.

Así sucede, de pronto, en el peor de los momentos, cuando la montaña de agua de un tsunami inmenso se eleva gigantesca antes de romperlo todo en mil pedazos: uno quiere saber... dejar los ojos abiertos... hasta el último instante. Entonces el interés renace, y esa curiosidad, la misma que en los niños nos despierta ternura, es el pequeño bastión en donde, cuando todo se pierde, apenas vencida se refugia la vida. En la curiosidad sí, pero también en la ternura, porque tal como dice Porchia: “Lo indomesticable del hombre no es lo malo que hay en él: es lo bueno”.

La bicicleta y el monopatín

Ahora Pedrito se portaba bien. Antes no... pero estaba arrepentido... y pensaba que, portándose bien, se lo podían perdonar.

Les había pedido a los reyes magos una bicicleta y, cuando vio que le regalaron un monopatín, se puso un poco triste, pero más que nada se quedó enojado. Apenas lo miró, y aunque lo usó para dar una vuelta por el patio, no volvió a tocarlo. Otros chicos andaban en monopatín, pero lo que él quería era una bicicleta.

Pensó que no lo habían perdonado, y que eso estaba mal, porque él, ahora, se portaba bien... ¿Con eso no alcanzaba? ¿Y entonces?... ¿Para qué portarse bien? Malhumorado y triste, no sabía qué hacer... ni que pensar... porque portarse peor tampoco le gustaba...

El enojo se fue, y él se puso cada vez más triste. ¿Cómo hacían algunos para que les trajeran una bicicleta? ¿Eran mejores de verdad? ¿Sabían esconder lo que les salía mal? Esa noche tuvo fiebre y a la mañana siguiente le dolía la cabeza.

Los años pasaron, y cuando Pedrito creció hubo en su vida un gran número de esas "bicicletas" que jamás alcanzó.

No cabe duda de que nunca “estuvo mal” desear, en esos años, algo de aquello que no había logrado cuando, al mismo tiempo, trató de descubrir y realizar lo imprescindible para poder obtener lo que anhelaba, sin necesidad de engañar y perjudicar a las personas con las que convivía.

Lo que hubiera “estado mal” habría sido que Pedro, como su amigo Mario, se hubiese empeñado en despreciar y rechazar todos los “monopatines” que, mientras procuraba “cumplir” con sus anhelos, le ofrecía la vida. También “estaba mal” la conducta de Diego, que, mientras usaba “sus monopatines”, se quejaba... y nunca se ocupaba de “aceitarlos”.

Porchia supo comprender las vicisitudes de Pedro, Mario y Diego. Por eso escribió: “Quise alcanzar lo derecho por sendas derechas. Y así comencé a vivir equivocado”. (Creo que aquí “derecho” no se refiere a lo legal, contrario a “por izquierda”, sino a lo que se busca de manera directa, sin respetar “las vueltas” de los senderos naturales que “se hacen camino al andar”).

Nuestra contribución al psicoanálisis

Como equivalente de lo que Fideas Cesio (a quien mucho debemos) denominó “mi contribución al psicoanálisis”, puede ser fructífero y esclarecedor que nos ocupemos ahora de lo que prefiero denominar “nuestra contribución”. Conviene tener en cuenta que quiero referirme, de ese modo, a lo que sucedió dentro de nuestra fundación, en nuestro “ser colectivo”, en un periplo que transcurrió en un poco más de medio siglo.

En esa contribución podemos subrayar, por un lado, los aportes a la técnica y el arte de psicoanalizar, donde propugnamos (a partir de la escuela kleiniana, de Racker y de Cesio, y desde las temáticas de una metapsicología metahistórica) la interpretación indirecta de la transferencia, la “nominativa” del afecto reprimido, para llegar, por fin, a la que denominamos inclusiva. Por otro, los aportes a la teoría en general, que nos interesa destacar y a los que podemos dividir en dos etapas.

Cabe denominar “la hipótesis Prometeo” a una primera etapa, que corresponde a la publicación de *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*. La segunda, en cambio (que también condujo a la publicación de un libro),

nos lleva a pensar en la peste operando en la colmena humana.

En la primera etapa, que dio lugar a lo que, desde Freud y desde Weizsaecker, denominamos investigación en el significado específico de las distintas fantasías (de órganos, como el corazón; de funciones elementales, como la inflamatoria o la exudativa; de sistemas funcionales, como el inmunitario, o de enfermedades, como el cáncer o la esclerosis), perseguimos nuestra labor con una cierta determinación de lo que buscábamos. En la segunda etapa, en cambio, centrada en la peste en la colmena humana (que no sólo lleva implícita la idea de una espiritupatía, sino también la de una “disolución” del yo que “pertenece” a eso que solemos categorizar como persona), la indagación (tan diferente de la búsqueda de fantasías específicas) nunca fue clara ni ampliamente compartida por una gran mayoría de nuestros integrantes. Creo que se ha constituido, sin embargo, en una parte sustanciosa y promisoría de nuestra ocupación actual.

La constitución del yo

Los habitantes de la nave *Alfa del Centaurus*, que cursaba su trayectoria intergaláctica, capacitados y entrenados para realizar con eficacia sus funciones, vivían enamorados de la belleza de esa nave y consustanciados con la necesidad de cumplir con su destino explorador de la inmensidad del universo. *Ellos eran su nave.*

Sabían que su curso los obligaba a luchar con el navío *Omega de Andrómeda segunda* y que la posibilidad de seguir en su camino en mucho dependía de la habilidad del piloto.

Milenios de experiencia habían demostrado que la mayor eficacia se obtenía utilizando la capacidad de todos los pilotos. Por eso se propusieron, y lograron, que la computadora de la sala de gobierno pudiera, en nanosegundos, consultar y obtener, sobre cada maniobra, una decisión predominante. Había sido necesario, para eso, evitar el empate, y se había conseguido cuidando que la cantidad de pilotos coincidiera con un número primo, que sólo es divisible por sí mismo.

La lucha, inevitable, se produjo en las cercanías del sistema Pegaso, y los pobladores de *Omega*, la nave

derrotada, tal vez encontraron un refugio en el planeta Dimidio, que orbitaba alrededor de Helvetios, su sol.

Algunos viajeros cuentan que, por esa misma época, en las arenas de Marte, dos esgrimistas alienígenas se enfrentaron, a brazo partido, en una contienda sin cuartel y mortal, y que cuando la mujer, de nombre Andrómeda, asestó la estocada que partió el corazón de su oponente, Centaurus, salieron de él, ya caído en el suelo, una cantidad de animalitos muy pequeños que se dispersaron con agilidad y rapidez.

Lewis Thomas, en *La vida de las células*, se pregunta si, cuando va a pasear por el bosque, él saca a respirar a sus mitocondrias o, al revés, ellas lo conducen a respirar a él. Margulis y Sagan, en *Captando genomas*, subrayan la fundamental importancia de los determinantes microbianos en la evolución y en el origen de las especies, y sostienen que los seres pluricelulares son advenedizos recientes en la multimilenaria historia de la vida.

El motivo de la actividad psicoanalítica

En *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos* (cuyo contenido corresponde a “la hipótesis Prometeo”), que fundamenta las relaciones “psicosomatológicas” entre idea y materia (y que precedió en más de cincuenta años a lo que podríamos denominar “la hipótesis colmena” acerca de nuestro organismo y nuestro pueblo), citábamos las siguientes palabras del *Prometeo* de Kafka, tituladas “La verdad sobre Sancho Panza”:

Sancho Panza, que por lo demás nunca se jactó de ello, logró, con el correr de los años, mediante la composición de una cantidad de novelas de caballería y de bandoleros, en horas del atardecer y de la noche, apartar a tal punto de sí a su demonio, al que luego dio el nombre de Don Quijote, que éste se lanzó irrefrenablemente a las más locas aventuras, las cuales, empero, por falta de un objeto predeterminado y que precisamente hubiera debido ser Sancho Panza, no hicieron daño a nadie. Sancho Panza, hombre libre, siguió impasible, quizás en razón de un cierto sentido de la responsabilidad, a Don Quijote en sus andanzas,

alcanzando con ello un grande y útil esparcimiento hasta su fin.

Cabe recordar aquí lo que señala Borges: cuán poco importa la realidad de sus presuntas hazañas frente al maravilloso encanto de la amistad que sentimos hacia ellos.

Si reflexionamos sobre la última e irreductible “razón” que motiva el ejercicio de nuestra actividad profesional psicoanalítica, nos encontramos con la inevitable necesidad de *insuflar vida y contorno* en los indefinidos fantasmas (angelicales y demoníacos) que necesitamos externalizar y contemplar para seguir viviendo.

Acuden a nuestra memoria algunas de las frases con las cuales Bécquer introduce sus *Rimas*: “Fecunda, como el lecho de amor de la miseria [...] mi musa concibe y pare en el misterioso santuario de mi cabeza [...] Sus creaciones [...] pugnan [...] disputándose los átomos de la memoria como el escaso jugo de una tierra estéril. [...] No quiero que, en mis noches sin sueño, volváis a pasar por delante de mis ojos [...] pidiéndome [...] que os saque a la vida de realidad, del limbo en que vivís semejantes a fantasmas sin consistencia”.

Algunos apuntes pretéritos

Somos, y hemos sido siempre, como una gota de agua que afirma su existencia y contempla, embelesada, *creyendo que son propias*, las luces que refleja, mientras se dirige, saltarina, hacia la inmensidad del mar.

El vórtice de un remolino, como el que se observa drenando el contenido de agua de un lavatorio, se forma con todo el líquido que lo rodea. También sucede con el torbellino de un tornado. Parecen existir, sin embargo, separados del entorno, como existe un ser humano que se refiere a sí mismo con la palabra “yo”.

Todo lo que soy lo he recibido sin querer, y todo lo que hice no sólo fue lo que quería, sino que tal vez fue lo que debía o aquello que podía. Si no renuncio al derecho a reclamar por mis desgracias, ninguna razón me asiste para pretender que no me atribuyan mis culpas.

Maurice Maeterlinck escribe que, cuando una abeja sale de la colmena, se sumerge un instante en el espacio lleno de flores, como el nadador en el océano lleno de perlas, pero, bajo pena de muerte, es menester que, a intervalos regulares, vuelva a respirar la multitud... Aislada, provista de víveres abundantes, y en la temperatura

más favorable, expira al cabo de pocos días, no de hambre ni de frío, sino de soledad.

Es imposible no “gastar la vida”, una vida que, “dejando de usarla”, se podrá desperdiciar, pero nunca detener.

La condición de *influencer* se adquiere por el procedimiento espurio de decir, con lamentable ingenio, únicamente aquello que a un número muy grande de personas agrada escuchar. Quienes se convierten en *influencers* reciben del entorno que “complacen” una influencia mayor que la que ejercen.

La razón no es algo que se tiene o no se tiene, ni algo que alguien me puede dar o quitar. Es algo que se necesita, en cambio, para descubrir lo que no se sabe y “hace falta” saber. Con tu ayuda o sin ella, debo buscar lo que es posible contigo, sin aceptar lo malo por temor a lo peor y sin rechazar lo bueno pretendiendo lo mejor.

A fin de cuentas y "dentro de todo"

Dos frases de Porchia suscitan algunas reflexiones. "Lo indomesticable del hombre no es lo malo que hay en él: es lo bueno" y "Había males y había malos. Hoy hay solamente males, me he librado de los malos".

En la primera no niega la existencia de la maldad, pero afirma que la bondad perdura. En la segunda, en cambio, subraya que la maldad trasciende a las personas y que los "malos", lejos de haber "inventado" la maldad, son sus impotentes víctimas. Esto nos evoca otras dos frases suyas: "El hombre no va a ninguna parte. Todo viene al hombre" y "A veces creo que el mal es todo, y que el bien es sólo un bello deseo del mal". ¿No vivimos, acaso, "entre" el efímero bienestar del logro y el malestar que nos produce transitar un duelo?

No cabe duda de que la maldad, que obra con esa fuerza destructiva que le otorga una prioridad que no siempre es acertada, y reclama nuestra atención con su cuestionable urgencia, nos enfrenta cotidianamente con los sinsabores de la dificultad y el dolor. Precisamente por eso, por ese "ruido" constante que la maldad produce, nos ocurre el hecho infortunado de que pase con frecuencia desapercibido el suelo fértil de una sinfonía

de bondad compartida que subyace, sosteniendo con un cierto grado de eficacia la civilización dentro de la cual vivimos y crecemos.

En palabras concretas: no sólo aquí y allá nos enteramos de acontecimientos que testimonian la bondad, la conducta responsable y la solidaridad con la desgracia ajena de personas, de animales o de forestas y jardines. También es necesario reparar en el silencio con el cual perdura una gran mayoría que subsiste sin ostentar cómo procede y que opta por “decir callando”, asumiendo que utiliza la única eficacia remanente. Sucede que, en el bullicio con el que nos distraen cien personas descarriadas que se apoderan de “la calle” o “la pantalla”, solemos olvidarnos de contemplar la cantidad de congéneres que estudian y trabajan (como producto de una cultura que, innegable, continuamente nos conforma) en procura de un bienestar compartido.

Más apuntes pretéritos

Cada minuto de la vida es una despedida que solo se compensa caminando hacia una nueva adquisición. Hasta que un día... la vida ya no es asunto de uno, y salimos de ella del mismo modo que entramos, sin querer.

Vivir es gestionar inevitables dolores en ese antipático proceso que llamamos duelo, que una vez cumplido y realizado nos devuelve al ruedo de la vida, en donde ocurre todo aquello que vale la pena que ocasiona. Según me han dicho, al entrar en la arena de Wimbledon se lee: "Optimismo y pesimismo, dos grandes impostores".

Hoy la civilización se encuentra con una desconcertante impotencia. Frente a la magnitud de algunos desastres que nuestra capacidad produce, es preferible evitar el juego interminable que se demora en identificar culpables contemplando lo que habría que hacer y no se hace. Es necesario dirigirse hacia lo que la investigación de nuestras motivaciones inconscientes descubre: gracias a la inusitada destreza tecnológica alcanzada, no sólo logramos mucho de lo que conscientemente queremos, también estamos logrando un exceso de aquello, reprimido o ignorado, que contiene lo peor de nuestra condición humana.

Podemos contemplar de dos maneras lo que nos sucede. En una, pasiva, podemos pensar que atravesamos una mala racha, que los acontecimientos buenos y malos no se distribuyen de manera uniforme (como sucede con bolillas blancas y negras sacudidas en un frasco) y que hay que tener paciencia y esperar. En la otra, activa, debemos enfrentarnos con lo que hoy sabemos: que nada ocurre aislado de todo lo demás, así que, mientras en unos pocos asuntos las aproximaciones simplificadas fusionan, porque allí una sola causa predomina, en la pluricausalidad de una inmensa mayoría de acontecimientos los intentos para resolverlos con una solución parcial (sean médicos, económicos o políticos) empeoran lo que procuran mejorar.

¿A qué nos conducirá lo que hoy ha sucedido? Nadie puede saberlo, pero nunca supimos ni sabremos lo que nos depara el mañana. El tigre y el eucalipto lo afrontan con naturalidad; los seres humanos cometemos muchas veces el error de considerarlo una injusticia.

Entre la verdad y la realidad

A la verdad llegamos mediante un *juicio* racional, que relaciona en forma afirmativa, negativa o interrogativa, mediante el verbo ser (o estar), un sujeto con un predicado (un sustantivo con un adjetivo). Actualmente, el pensamiento filosófico (y el científico a través de la física cuántica) accede a juicios “arracionales” que trascienden la alternativa entre racional e irracional.

A la realidad, en cambio, llegamos a través de un vivir (vivencias) que nos conduce, desde el decir (*scire*) y “saborear” (*sapere*) hacia la sabiduría que da la experiencia (*experire*).

Al tema, conmovedor y fascinante, nos acercan algunas de las “voces” de Porchia, que reunimos a continuación, porque enriquecen nuestra comprensión de las relaciones que existen entre la verdad y la realidad.

“La paradoja es el umbral de una nueva percepción”.

“El razonar de la verdad es demencia, la verdad no debiera razonar nunca”.

“Sí, es entrando en todo, como voy saliendo de todo”.

“Quién dice la verdad, casi no dice nada”.

“El Sol ilumina la noche, no la convierte en luz”.

“Mi voz me dice ‘así es todo’, y el eco de mi voz me dice ‘así eres tú’”.

“Como sólo me preparo para lo que debiera suceder, no me hallo preparado para lo que me sucede. Nunca”.

“A veces, de noche, enciendo una luz para no ver”.

“La certidumbre sólo se alcanza con los pies”.

“Ver me cuesta abrir los ojos a cuanto no quisiera ver”.

“Han dejado de engañarte, no de quererte, y te parece que han dejado de quererte”.

“La verdad, cuando es la verdad de lo pequeño, casi toda, es verdad, y cuando es la verdad de lo grande, es, casi toda, duda”.

“Toda verdad parte de lo recién nacido, de lo que no estaba. Una nueva verdad es el morir de una vieja verdad”.

“La verdad que debiera ser lo eterno, es siempre lo recién nacido, o lo recién muerto”.

La derrota "es" el rumbo

“Derrota” es un término que se usa en la náutica para referirse al ángulo que surge entre la línea que “se traza” hacia el lugar al que apunta la proa y la línea que se dirige adonde (como efecto de la deriva que impone el movimiento de las aguas y el viento) llegará la nave. El término se ha extendido para referirse a la diferencia (una merma cuya perpetuidad es inevitable) que existe entre lo que nos proponemos y aquello que, en la realidad, logramos. Cuesta admitir que siempre suceda de ese modo, pero la observación atenta lo confirma.

El asunto no merecería ulteriores reflexiones si no fuera porque la derrota constituye un componente tan inevitable y natural de cada propósito como para que desconocerlo o ignorarlo se acompañe de funestas consecuencias. Entre ellas, una muy frecuente consiste en confundir toda derrota con el presunto producto de una inadmisibile injusticia.

Tanto Simenon como Fellini se han ocupado de una cierta ubicuidad de la derrota (en el inexorable “derrotero” de toda vida humana), y lo han hecho hasta el punto en que llegaron a considerar (explícitamente, de acuerdo con lo que surge de la correspondencia epistolar que

sostuvieron) que constituye la motivación primigenia y esencial de toda creación artística.

Sin embargo, la cuestión no acaba en las importantes conclusiones con las cuales los dos aceptan la inexorabilidad de la derrota y su valor como musa inspiradora de la creación artística (la “tesis” de Fellini se concreta en la frase: “Lo que no puedes hacer... debes contarlo”). Falta agregar un último ingrediente que la náutica, precisamente, clarifica. La derrota, que “marca el rumbo” que “debo” seguir y establece la distancia (que habrá que recorrer) entre el propósito y el logro, señala, siempre, con esa distancia, la magnitud de lo que falta. Una falta que indica que hay algo que queda “por hacer”. Una falta valiosa, ya que, si nada me faltara y no supiera qué hacer, sin un motivo que le otorgue un sentido a mi vida, no podría vivir.

Otros apuntes pretéritos

Cuando ganando se pierde

En la encrucijada de “los caminos de Tebas”, que sólo confluyen por obra de un trágico malentendido perdurable (la idea que desmenuzamos, hace muchos años, en “El falso privilegio del padre”), dos personas se aprestan para entablar una lucha sempiterna que no es juego ni es deporte, aunque los juegos y deportes se desarrollan para representarla cotidianamente.

Una de esas personas recién ha completado la plenitud de sus fuerzas; la otra acaba de llegar al punto en donde comienza su declinación. Nadie sabe lo que sucederá, pero (como ocurre en todo duelo) una de ellas (no importa cuál) intuye que luchará para matar, y la otra, que lo hará para morir. Ambas ignoran, sin embargo, hacia dónde se dirigen, por qué el amor existe, y mientras que, envueltos en un sempiterno conflicto, desean lo que temen, temen lo que desean.

La fuerza conmovedora de la fantasía

Mientras caminan por la ciudad, dos monjes ven a una joven, primorosamente vestida, indecisa frente a la necesidad

de atravesar una zanja cubierta de fango. El más anciano la levanta en brazos para evitar que se ensucie y la deposita en el suelo, luego de cruzar el barro. Muchas horas después, ambos reposan compartiendo una infusión de té, y el más joven le pregunta: “¿No crees que has hecho mal cuando alzaste a esa joven, contrariando nuestra prohibición de tocar físicamente a una mujer?”. El anciano le responde: “Yo la dejé, esta mañana, del otro lado de la calle. ¿Tú todavía la llevas contigo?”.

La forma sobrevive a la materia

Marcando con carbono radioactivo los átomos que constituyen un organismo biológico (con su metabolismo, sus órganos, su evolución y sus malformaciones), comprobamos que lo que persiste, a través de los años, es su forma, nunca su materia, que se sustituye por completo en unos pocos meses. Muy pocas veces reparamos en que esa forma perdurable (que no reside únicamente en su cerebro) coincide con lo que el psicoanálisis denomina ideas (o fantasías) inconscientes. Lo mismo sucede con un tumor canceroso, cuya materia constantemente se reemplaza, mientras su forma permanece.

Revisitación de algunos apuntes

Dado que sólo se puede ser siendo con otros, y que la vida de uno no alcanza para justificar que le dediquemos por completo todo lo que hacemos, necesitamos preguntarnos para qué y para quién se vive. Si no queremos resignarnos a sobrevivir persiguiendo un bienestar ilusorio, debemos comprender que no basta con satisfacer los apetitos. Necesitamos una nueva religión, que armonice con una ciencia nueva, trascendiendo las metas, patéticas, en las que desembocaron Edipo, Narciso y Prometeo. Trascender las limitaciones reduccionistas, implícitas en una concepción mecánica y “lineal”, nos conduce hacia una confluencia de la religión y la ciencia en la cual ambas se modifican recíprocamente. Como los estorninos nos enseñan, nos hace falta reconocer nuestro lugar en la bandada que atraviesa el cielo.

El alma no nace ni habita en el cerebro. Es, por el contrario, la vida que anima a nuestro cuerpo entero. Se oye a menudo que las funciones cerebrales producen lo que denominamos psiquis, y espontáneamente imaginamos que la consciencia reside en la cabeza, detrás de los ojos. Se ha llegado incluso a suponer que, si logramos

transferir nuestro cerebro a un robot de plástico y acero, seremos inmortales.

Norbert Wiener, el creador de la cibernética (en *Dios y Golem, S. A.*) y Joseph Weizenbaum (en *La frontera entre el ordenador y la mente*) nos han explicado, de manera elocuente, que el programa que funciona en un robot nunca podrá comprender los significados de lo que los humanos piensan y dicen, porque carece de “la carne” que configura nuestro cuerpo. Para comprender lo que significa un dolor de oídos (su “sentido”), debería poseer un oído como el nuestro y, además, que alguna vez le haya dolido.

Un breve y humorístico relato puede servir para ilustrarlo. Un sediento caminante del desierto, frotando la lámpara de Aladino, se encuentra con un genio agradecido, dispuesto a concederle tres deseos. Pide que no le falte agua, también quiere ser blanco, y que las mujeres siempre se desnuden en su presencia. El genio, solícito, lo transforma en un bidé.

Sin querer queriendo

Volvamos sobre un tema que alguna otra vez abordamos. Fue sin querer (o “no lo hice a propósito”) suele ser lo que alguien dice o piensa cuando vuelca con el codo el contenido de su taza de café arruinando un documento. A pesar de que Freud descubrió que los actos fallidos ocultan el triunfo exitoso de un deseo inconsciente, sigue siendo cierto que, si ese deseo fue reprimido, es porque la persona que en algún momento lo ha sentido quiere evitar que suceda.

También es cierto que una cosa es reprimir y otra es inhibir, y que la represión no siempre alcanza para impedir que determinados actos se realicen. Por eso suele decirse que “de personas con buenas intenciones, está empedrado el camino que conduce al infierno”.

¿En qué quedamos, pues? ¿Cuando los enfermos psicóticos cometen un delito son inimputables y deben ser internados para recibir un tratamiento, y cuando se trata de episodios psicopáticos o neuróticos de las personas consideradas normales se las debe recluir en la cárcel? Pensamos, entonces, que hay graves inmoralidades que son incurables.

Mariano Moreno, nuestro prócer, sostuvo que las cárceles deben existir para proteger a la sociedad, y no para el castigo de los reos en ella recluidos. Sin embargo, y a pesar de que la amenaza de castigo nunca ha sido suficiente para disuadir del crimen, gracias a la vigencia de los sentimientos vengativos el que ha sido brutalmente agredido suele desear que su agresor “se pudra” en la cárcel.

No deberíamos malentender a Freud. Si bien es legítimo ser juzgado ante la posibilidad de repetir el delito (incluso de manera inconsciente), una cosa es recluir y otra, castigar. Una parte del yo (y del superyó) proviene de un entorno (que incluye el grupo de pertenencia y la familia) que influye (junto con el temperamento innato) sobre el yo coherente de una persona. A pesar de que ninguno de sus integrantes inconscientes es realmente *su-yo*, suele pensarse lo contrario. Subsiste, pues, la pregunta: ¿quién es el que delinque? ¿Sólo “habita” su cuerpo? Es necesario admitir, sin embargo, que hay pacientes que son incurables.

La relación del psicoanálisis con la moral

Freud necesitó disipar el equívoco de que el psicoanálisis sólo destacaba los componentes de la vida instintiva que la moral rechazaba, cuando, en realidad, su labor tuvo en cuenta, desde el comienzo, el persistente conflicto entre esos dos integrantes de la condición humana (naturaleza y cultura).

Sostuvo que los instintos del temperamento innato (representados como “ello”) y las mores (o costumbres) de una colectividad, cuyo conjunto configuraba una ética (representada como “superyó”), se disputaban la magnitud de la influencia que ejercían en la constitución del carácter (representado como “yo”).

De más está decir que lo más importante, en la ética de nuestra profesión, no reside en nuestro comportamiento entre colegas, sino en el ejercicio de nuestra tarea. Por el mismo motivo, vale la pena subrayar que el meollo de la cuestión en un tratamiento psicoanalítico, más que en el comportamiento “educado y correcto” con el que respetamos nuestro “contrato”, o en las “reglas del juego” que constituyen lo que denominamos “encuadre”, reside en la actitud interpretativa con la cual trabajamos.

Si, explorando nuestra actitud interpretativa, reparamos en la frecuencia con la que se trasgreden sus fines, sobresale un asunto que merece algunas reflexiones.

Durante los sucesivos jalones “históricos” que recorrió nuestra teoría de la técnica psicoanalítica, subrayamos, muchas veces, la necesidad de que la interpretación, además de ser suficiente para producir el efecto buscado (hacer consciente algo inconsciente “en el punto de urgencia”), debería ser tolerable, a los fines de evitar un rechazo que pueda llegar a comprometer la continuidad del proceso.

Cabe reconocer ahora que lamentablemente la idea de utilizar interpretaciones tolerables suele ser malinterpretada, hasta el punto en el cual se trasgreden los principios rectores de nuestra tarea, traicionando el compromiso que con el paciente hemos asumido.

Para recordar ese principio rector, basta con reproducir las palabras que Freud “copió” de Charcot y que nunca deberíamos “contrariar”: “Yo llamo al gato gato”, porque es allí donde se resume la esencia moral de nuestra profesión.

"La razón se pierde razonando" (Porchia)

Se ha dicho que historia es hablar de lo que nadie conoce, con palabras que todos saben, y filosofía es hablar de lo que todos saben, con palabras que nadie conoce. Pero ¿qué forma de saber es esa, que a todos pertenece? Se trata, sin duda, de la fórmula con la que san Agustín "descubrió" lo inconsciente: "Lo sabes, pero ignoras que lo sabes".

La conocida frase que inicia lo que aquí apuntamos, llena de perspicacia, convoca reflexiones que nos invitan a pronunciarla sustituyendo, con el psicoanálisis, ese "tipo" de filosofía a la cual Hamlet se refiere cuando dice: "Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio, de las que han sido soñadas en tu filosofía".

¿Acaso no sostuvo Freud que el psicoanálisis constituye una concepción del mundo? Una concepción particular que, a diferencia de la filosofía que Shakespeare (y Freud) consideran limitada y carente, subraya la existencia de fantasías inconscientes que se manifiestan en formas disfrazadas.

Todo un mundo en el cual las relaciones entre lo irracional y lo racional admiten dos alternativas. Se perpetúan, como conflicto irresuelto, o se resuelven en un

desenlace que implica un crecimiento. Hasta allí llega Pascal (y el ser humano que se apasiona con el fútbol) cuando sentencia: “Hay razones del corazón que la razón no entiende”.

Ese crecimiento puede, a su vez, evolucionar, sin embargo, en forma trascendente, hacia un “enfoque” arracional. Aclaremos que lo arracional, cuyos orígenes “ya” se encuentran en el sentido antitético de las voces primitivas, lejos de conciliar lo racional con lo irracional (o lo lógico con lo ilógico), es el producto de una mutación de la consciencia.

Forma parte del pensar arracional el trascender la alternativa entre el tiempo cronológico (con horas y minutos que duran “lo mismo”) y el tiempo kairológico (con minutos que se sienten eternos y horas que trascurren “en minutos”). El tiempo arracional se manifiesta, en cambio, como un eterno “presente” atemporal en el cual lo pretérito no ha terminado aún de suceder y lo que está *por-venir* ya ha comenzado.

El sentimiento de soledad

No cabe duda de que el sentimiento de soledad, inseparable de la condición humana, es ubicuo. Cuando alguien muere, aunque suceda confortado por seres queridos que sostienen, entre las suyas, sus manos, sentirá, de todos modos, que sólo él es quien muere. Aunque los recuerdos de nuestro nacimiento pertenecen a una parte de lo inconsciente que no podemos evocar, nuestra imaginación no necesita un gran esfuerzo para suponer que nos hemos sentido solos cuando tuvimos que atravesar un atolladero angosto para poder nacer.

Más allá de esos dos sucesos magnos, el nacimiento y la muerte, ocurrieron muchas otras ocasiones en la cuales, sin carecer de familiares ni de amigos solícitos, frente a dificultades que tiñeron con angustia nuestros intentos infructuosos, nos sentimos incomprendidos y solos.

Esto que decimos acerca del sentimiento de soledad nos conduce a la cuestión que deseo introducir aquí.

Sabemos que (tal como espléndidamente lo resume Porchia cuando exclama: “Nadie está hecho de sí mismo”) nada de lo que somos sería como es si no fuera porque ha sido en nuestra relación con otros. Se ha subrayado muchas veces que nuestro ser se constituye en

nuestra relación con nuestro entorno, como una forma de “ser entre los otros” (una forma de *inter-essere* que perdura en el término “interés”).

Sabemos, también, que los acontecimientos que hemos resumido nos han dejado la convicción de que nos hemos hecho “solos”. La carencia de la madre umbilical y neonatal constituye nuestra primera falta, la segunda es la falta de protagonismo, y la tercera, la falta de reconocimiento, pero ocupa un lugar especial nuestra cuarta falta, que sucede cuando los seres significativos, que son aquellos para los que vivimos, ignoran el significado que da sentido a nuestro empeño.

Ambas “conclusiones”, “nadie está hecho de sí mismo” y “me hice solo”, coexisten enfrentándonos con una contradicción, insobornable, entre la verdad que el razonamiento nos arroja y aquello que proviene de lo que solemos denominar nuestra intuición. Es algo reconocido desde antiguo, porque, como lo ha dicho ya Pascal, “hay razones del corazón que la razón no entiende”.

Acerca del vivir la vida

Se ha escrito mucho acerca del “vivir la vida”, y no cabe duda de la importancia que posee subrayar la diferencia que existe entre el recurso pobre de entregarse a la banalidad de satisfacer los distintos apetitos y la dedicación a las construcciones trascendentes (señalada, por ejemplo, en la frase de santa Teresa: “Vivir se debe la vida, de tal suerte, que viva quede en la muerte”). Porque tampoco cabe duda de que una vida dedicada únicamente a satisfacer los apetitos siempre conduce hacia un *vivir muriendo* (o, como se dice: “Con el Jesús en la boca”, perseguidos por una muerte que siempre ocurrirá “demasiado pronto”, sin haber hecho algo “que valga la pena”), y nunca nos alcanzará para recorrer la vida con el entusiasmo del *morir viviendo*.

Mi padre puso, en una pared de su atelier de pintor, una careta, de las que se usaban en carnaval, que representaba a una hermosa muchacha sonriente, a la cual le agregó un moño color rosa como corbata y la siguiente leyenda: “No dejes que tu imaginación sufra miserias”.

Cómo no ver, en una careta de carnaval, la representación de una persona, dado que “persona” (derivada de *per-sonare*), como lo revela su uso en el teatro griego,

funciona como la presentación de un personaje, un carácter, que asume una determinada “función dramática” en la inevitable y sempiterna tragicomedia que, “quieras o no”, por el solo hecho de vivir, representamos.

Creo que ese “no dejes”, en donde mi padre resumía su voluntad indeclinable de morir viviendo, abre un camino hacia una nueva reflexión. Más allá de pensar que consiste en un deber o en un querer, la cuestión (inmortalizada en el “ser o no ser” de Shakespeare) reside en que “hay que poder”, y eso nos lleva a la pregunta: ¿de qué depende poder?

La respuesta conduce hacia otra intriga, cuya fuerza conmueve. Me parece que sólo podemos lograrlo cuando la madre fecundada, “dentro” de la cual, antes de nacer, se construyó nuestro ser, ahora en nuestro interior, continúa viviendo y fecundando, desde allí, el amor por la vida que genera entusiasmo.

Respirando en la colmena

De regreso, luego de unas cortas y gratificantes vacaciones, mientras abría la puerta de mi casa, sentí que retornaba a “la normalidad” y me surgieron algunas reflexiones que deseo compartir.

Volvamos, otra vez, sobre lo que escribe Maeterlinck acerca de una abeja que sale de la colmena y “se sumerge un instante en el espacio lleno de flores, como el nadador en el océano lleno de perlas; pero, bajo pena de muerte, es menester que a intervalos regulares vuelva a respirar la multitud, lo mismo que el nadador sale a respirar el aire. Aislada, provista de víveres abundantes, y en la temperatura más favorable, expira al cabo de pocos días, no de hambre ni de frío, sino de soledad”.

Dejemos de lado ahora que el interés en la vida es *inter-essere*, y que sólo se puede ser siendo con otros; también la comunidad de origen entre la palabra *psiquis* (alma) y la palabra *pneuma* (aire), o el hecho, frecuente, de sentir la desolación como producto de un “desaire” colectivo. Importa destacar, en cambio, que las investigaciones psicosomatológicas descubren que las enfermedades respiratorias simbolizan trastornos en la integración con la comunidad que se comparte, porque

nos conducen hacia un para qué y para quién vivimos, que vincula la respiración con la espiritualidad y la trascendencia, que otorgan a nuestro existir un auténtico “sentido”.

Reflexionando acerca del *Deus ex machina*, hace unos años decía que el hombre, un robot capaz de trazar su propio programa, creó una máquina cibernética que, estando casi tan viva como él, lo llevó a sentirse máquina y Dios, al mismo tiempo, y a pensar que Dios, cuando observaba al hombre, surgido del programa que el mismo hombre, viviendo, se creaba, podría preguntarse cuál sería la fórmula de su “circuito divino”.

Hoy podríamos decir que sólo a través de “las ruinas circulares”, de Borges, y mientras respiraban en “la normalidad” de su colmena, pudieron las máquinas llegar a comprender que la estructura y la interioridad de Dios (como cuerpo y como espíritu) crecía junto con ellas, en cada sustancia.

La hipótesis holográfica

Algunos padres, antes de morir, han dicho a sus hijos palabras semejantes a las que, a continuación, y como ejemplo, escribo: “Destornillando el remate de la columna derecha, del cabezal de mi cama, encontrarán unas monedas de oro que acumulé mientras vivía; ahora son vuestras”.

Sin embargo, durante la vida, no sólo se acumulan monedas, también acumulamos ideas y, tal como lo expresa Bateson, “las ideas que hoy son yo mañana podrán ser usted”.

Es cierto que, como señala Porchia, “nadie está hecho de sí mismo”, de modo que lo que a veces llamamos “mi contribución” es la de un grupo de personas que, compartiendo una tarea, elaboraron ideas que nacieron juntas, investigando en forma colectiva (en torno al psicoanálisis, por ejemplo, de los trastornos hepáticos) los significados psicopatológicos específicos de las distintas alteraciones del cuerpo.

Lovelock desarrolló la “hipótesis Gaia”, que hoy se integra con el pensamiento científico de autores muy respetados. De acuerdo con ella, la Tierra, lejos de ser el lugar en donde, interrelacionada en una compleja

biosfera, habita la vida, constituye, en sí misma, un organismo vivo.

Sus afirmaciones, presentes cuando escribimos *La peste en la colmena*, nos conducen a pensar que (salvando la enorme diferencia que existe entre su monumental contribución y la nuestra) la investigación psicosomatológica progresó, desde una hipótesis Prometeo (propia del psiquismo hepático), hacia una hipótesis colmena, que relativiza y trasciende la importancia de lo que llamamos “ego”.

Comprendemos que la vocación psicoanalítica surge de la necesidad de encontrar allí, “proyectado” en el paciente, lo que necesitamos resolver en nuestra propia vida. Y también la importancia que adquiere una interpretación ubicua que, trascendiendo las limitaciones del “aquí y ahora”, respeta la operatividad del presente atemporal. Desde allí descubrimos que, junto con las hipótesis Prometeo y colmena, hace ya mucho que estamos trabajando “dentro” de una “técnica” que (dado que la holografía “pone afuera”, de manera tentadora e inaferrable, algo que necesitamos “ver”) podríamos denominar “hipótesis holográfica”.

Cuando las palabras "sobran"

Porchia señala: "Lo que dicen las palabras no dura. Duran las palabras. Porque las palabras son siempre las mismas y lo que dicen no es nunca lo mismo".

A pesar de que las palabras parecen ser siempre insuficientes, es cierto que necesitamos decir, y que, con frecuencia, para decir hablamos. Esta condición del ser humano nos permite ingresar en algunas consideraciones, que atañen al psicoanalizar en un tratamiento psicoanalítico.

Durante años, pensamos que lo esencial consistía en la precisión y el cuidado con que "elegíamos" las palabras acertadas en nuestra tarea de hacer consciente lo inconsciente que, permaneciendo reprimido, formaba parte del *punto de urgencia* "estando allí", necesitando un pequeño empujoncito para entrar en la consciencia (como una verdadera transformación, muy distinta de lo que Freud consideraba una *doble inscripción*, una copia que coexiste con el original inmodificado que persiste en lo inconsciente).

Ya no pensamos así. Recordemos las impecables palabras de Bion: "En este punto del camino, el psicoanalista

que se equivoca enseña a su paciente psicoanálisis, en lugar de otorgarle una experiencia emocional irreversible”.

Hoy hemos aprendido que, cuando un significado, sea penoso o agradable, nos inunda con una riqueza plena de matices inefables, no nos faltan palabras, porque, ofendidos o complacidos, acuden a nuestros labios en sucesivos y expresivos borbotones. Lo esencial reside en mantener nuestra permeabilidad a la contratransferencia. Es lo que hace más de dos mil años quiso transmitirnos Chuang-Tzu: “El anzuelo existe para el pez. Una vez obtenido el pez, puedes olvidar el anzuelo. La trampa para conejos existe para el conejo. Una vez obtenido el conejo, puedes olvidar la trampa. Las palabras existen para el significado. Una vez obtenido el significado, puedes olvidar las palabras. ¿Dónde puedo encontrar un hombre que haya olvidado las palabras para poder hablar con él?”.

Reparemos en la pregunta con la que su mensaje culmina, porque es allí, en esa imprescindible e inconsciente necesidad de quien ha decidido recurrir al psicoanálisis, en donde reside la auténtica tarea del paciente y su psicoanalista.

Paradoja

Entre las tantas genialidades de Porchia, encontramos su continuo recurrir a la paradoja como un acceso a una nueva comprensión. Entre los numerosos ejemplos, vemos: “Quieren que me haga diferente. Y sin ellos hacerse diferentes y sin nada hacerse diferente. ¿Y de quién me haría diferente?”. O bien: “Me creo igual a todos. Sin embargo, esto de creerme igual a todos me diferencia de todos”. Y también: “Crean que para ser yo diferente bastaría con ser yo y nada más que yo diferente. Como que se pudiera ser diferente de lo no diferente”.

Formando parte del proceso que denominamos entender, que comienza siempre por entender que no se entiende y nos conduce a pensar, tropezamos con la paradoja en tres campos que identificamos por sus cualidades y que se enriquecen con ella.

Por un lado, en el campo de la relación entre idea y materia o entre psiquis y soma, cuando decimos: “Las brujas no existen, pero que las hay, las hay”. Es un caso particular del teorema ontológico de Parménides: “Sólo puede ser pensado y ser lo de uno mismo”, porque (dado que no tengo acceso directo, sin intermediación del lenguaje, a lo que piensan otros) sólo en el mundo imaginado por mi

pensamiento puedo estar seguro de que lo que me represento existe “en esa forma”.

Por otra parte, en el campo de la relación entre los otros y yo, cuando digo que la existencia de lo que designo con la palabra “yo” (como pronombre personal) es ilusoria, o que, en palabras de Porchia, “nadie está hecho de sí mismo”, mientras, por otro lado, afirmo convencido: “Te has comprado el automóvil gracias a mi consejo”.

Por último, en el campo de mi relación con el tiempo, cuando digo que, en un eterno presente atemporal, que trasciende el tiempo cronológico, el pasado no ha terminado todavía y el futuro ha comenzado ya, y afirmo que, si tomo café, luego sufriré insomnio. Es un caso particular del hecho de que mi vida transcurre organizada en torno al calendario y el reloj.

Sin embargo, la existencia de esas paradojas, lejos de limitar el pensamiento, lo enriquece.

Doce ejercicios "porchianos"

Cuando creo saber cómo deberían ser las cosas, me parece que el mundo está torcido.

Si no te digo, piensas que está bien, porque cuando digo piensas que está mal.

Sí, te fuiste con la ideas que traías... y me dejaste triste.

Pensaste que la venganza equilibraba el mal momento que viviste. Y así viviste dos momentos malos.

Si cuando te veo, te veo como soy, no como eres, todas tus bajezas son las mías.

Cómo puedo querer que te acerques, si sólo cuando te alejes sabré quién eres.

Mañana no encontraré lo que anhelaba. Encontraré como hoy, y como ayer, lo que necesito comprender.

Hablamos, sí, más de una vez. Y cada vez que hablamos uno de los dos sobraba.

¿Por qué más de lo mismo que una vez me gustó, si la vez que me gustó era nueva?

Insistes. Y cada vez que insistes en la misma forma,
crece lo que ignoras.

Hacer algo de nuevo es hacer algo viejo.

Quieres ayudarme para que me parezca a ti. Y si no
fuéramos distintos no me habrías elegido.

Dos "principios"

Freud sostuvo que, sobre la conducta, operaban dos principios, el principio de placer y el principio de realidad. Y surge del conjunto entero de su obra que, si bien la realidad se presenta muchas veces, en nuestra vida, como algo que se opone a la "materialización" de nuestros deseos, constituye, como es obvio, el único lugar en donde los deseos pueden "realizarse". Porque, como señala Porchia: "La tierra tiene lo que tú levantas de la tierra. Nada más tiene".

De acuerdo con el principio de realidad, nuestra capacidad (sea cual fuere) tiene un límite "natural". Así que, si recurrimos, por ejemplo, a una metáfora muy útil, la de excavar la tierra, podemos decir que, disponiendo únicamente de una pala común y sencilla, y asumiendo que sólo podríamos, en una hora, generar un pozo de tres metros cuadrados, nos encontraríamos con un aserto que forma parte de un proverbio: "Lo que se gana en extensión se pierde en profundidad".

Es cierto que la sentencia: "El que sólo medicina sabe ni medicina sabe" puede extenderse a cualquier capacidad o conocimiento, pero también es cierto que hay cosas que sólo se logran concentrando, en ese único fin,

y durante un tiempo suficiente, casi todos los recursos, aunque es obvio que es necesario preservar y dedicar algunos de nuestros recursos a otros deberes que son imprescindibles.

Un entrenador deportivo, que preparaba a un conjunto de remeros para una competencia, les dijo un día, desilusionado: “Ustedes nunca van a ganar una regata, porque no son generosos con el esfuerzo”.

Lo cierto es que nadie puede mejorar, de manera significativa, su rendimiento en una determinada actividad si omite, desaprensivamente, concentrar en ella el conjunto de procedimientos que forman parte de sus recursos y que puede convocar.

En otra oportunidad, hemos señalado que con frecuencia nos equivocamos porque pensamos mal, y que, si eso nos sucede, es porque erróneamente preferimos “lo malpensado que, emocionalmente, nos conforma”. Otra vez nos encontramos con la sabiduría de Porchia: “Quise alcanzar lo derecho por sendas derechas. Y así comencé a vivir equivocado”.

Otra docena de ejercicios "porchianos"

Todo aquello a lo que me acostumbre estará bien. ¿Y aquello que está mal? Que deje de estar mal dependerá de cuanto dure.

Con las drogas, y con las mentiras, hay dos clases de adictos. Los que no pueden vivir sin consumirlas, y los que no pueden vivir sin venderlas.

Porque se te acaba de ocurrir, crees que tú lo has creado.

La dificultad no está en las cosas. Está en la manera que elijo para hacerlas.

No eres propietario de las cosas ni de las ideas que modificas y usas. Las cosas y las ideas duran y mueren con un ritmo propio, que no es el ritmo de una vida humana.

Las palabras, como las personas y las cosas, se conforman intentando preservar un significado que siempre se escabulle.

Y sin esta disconformidad que me acompaña, y que me lleva a escribir, no sabría qué hacer en un mundo donde todo está bien.

Cuando tu dolor no es mi dolor, una misma soledad vuelve a reunirnos.

Cuando nada me intriga, el desconcierto que me abrumba me salva, regalándome una nueva inquietud.

Sí, aquí estoy, frente a ti, preguntándome en dónde está lo que falta. Lo que nos dirá hacia dónde deberemos ir.

Lo que perdí no está, y el vacío que quedó se llenó de incertidumbre. Un eterno vaivén, porque la incertidumbre genera la carencia que me otorga un norte.

Mis pies no son yo, ni mis manos. Tampoco mi corazón o mi cabeza, sin los cuales no podría vivir. No sería quien soy si no estuvieran los seres de mi entorno. ¿En dónde está lo que llamo yo? En todo eso y en ninguna parte.

Sensibilidad microbiana

Mae Wan Ho (*The Rainbow and the Worm*) señala que, en los organismos pluricelulares, cada parte, como sucede en un holograma, aloja y refleja la información que constituye el todo, manifestándose como lo que denomina una consciencia corporal “dentro” del cuerpo entero.

Las tensiones y las fuerzas que dan vida a ese conjunto funcionan en sistemas acoplados dotados de una resistencia a la deformación denominada “tenseguridad”.

Pensábamos que una colonia de bacterias funcionaba, simplemente, como una agrupación de microbios, pero, tal como lo exponen E. Ben-Jacob, Y. Shapira y A. Tauber (*Smart Bacteria*), en una mancha pequeña una cantidad de bacterias mayor que el número de seres humanos que habitan la Tierra se constituye como un organismo superbacteriano, sensible en su relación con el entorno. Sus integrantes procariotas se comunican entre sí y desempeñan las distintas funciones que lo conforman.

L. Margulis (*Chimeras and Consciousness. Evolution of the Sensory Self*) sostiene que la consciencia de uno mismo es una cualidad sensible inherente de cualquier organismo vivo.

Volvamos sobre el superorganismo constituido por la mancha microbiana. A pesar de la cárcel a que nos obligan las palabras creadas en contextos diferentes, intentemos verbalizar, a partir de las tres maneras de la vida (que, más allá de las hojas embrionarias, podemos suponer que funcionan en la célula), tres distintas cualidades en la sensibilidad de la consciencia celular (que postulan Margulis *et al.*): “cerebral”, en la membrana, “hepática”, en el protoplasma frente a la vacuola alimentaria, y “cardíaca”, en la alternancia entre estrés y bienestar.

Imaginemos, entonces, un trozo de sustancia viva como un conjunto “psicosomatológico” de procariotas con consciencia de su propia existencia, que se refiere a sí mismo sintiéndose como un equivalente de lo que llamamos yo (el pronombre personal). Se mueve, al mismo tiempo que siente su movimiento, hacia una meta que lo atrae. Podríamos suponer allí una potencia “hepática”, perceptivo-ejecutiva, que coexiste con una pulsión “cardíaca”, sensitivo-conmovedora, y con una fatalidad “cerebral”, normativa y determinante.

La egolatría es soledad

Es posible decir que el hombre actual, con el desarrollo de sus medios de transporte y con sus viajes a la luna, “tiene” el espacio, pero que eso no le sucede con el tiempo, sino que, por el contrario, el tiempo lo “tiene” a él, y aunque muchas veces lo ayuda es finalmente su tirano, cruel e insobornable.

Lo cierto es que, en una época como la nuestra, no sólo abundan los intereses egoístas, sino que predomina un consenso en donde tales intereses se confunden con una actitud saludable (acorde con una particular interpretación de “la selección natural y la supervivencia del más apto”). Se sostiene que en un mundo duro es menester ser duro y, desde luego, egocentrista.

En el espacio y el tiempo, en donde cada uno es un yo, existimos las personas, y cada una de nosotros, único y diferente “dentro de todo”, tiene mucho, muchísimo, de igual. Allí se da la paradoja de que la hipertrofia de nuestro ego, que se considera a sí mismo diferente, se disuelve en un “tipo” común, que abunda por doquier. De modo que, aunque pretendemos lo contrario, en la mayor parte de todo lo que hacemos, nuestra vida suele

trascorrir en los carriles de lo que se ha llamado, con un cierto desprecio, “el hombre masa”.

Leemos en Wikipedia: “El hombre masa sería consecuencia de que, en su tiempo, habrían mejorado las condiciones de vida de las clases populares y la burguesía. Según Ortega y Gasset, la comodidad de que disfrutaba lo habría llevado a la abulia, pensando únicamente en él, en su bienestar, pidiendo todos los derechos sin reconocer sus obligaciones, despreciando las jerarquías”. ¿Reconocemos en esto la calamidad de nuestra época?

A pesar de que, con nuestro egoísmo, coincidimos con una enorme mayoría, forma parte de nuestra egolatría el sentirnos valiosos por ser “fuera de serie”. Por otra parte, sentirse diferente conduce a sentirse aislado y solo, y llevar en el alma, insatisfecha, la añoranza de una comunidad. Tal como dice Porchia: “El frío es un buen consejero, pero es frío”.

Pudiendo estaba la mosca en la tela de la araña

Mientras juiciosamente “entregado” a lo que Freud llamaba “el proceso secundario” le presto atención a la tarea que tengo por delante, y ejerzo mi labor sometién dome a las leyes temporales, que se reflejan en el discurso verbal, sucesivo, el proceso que él llamaba primario “juega”, “saltando”, de una línea a la otra, y en varios puntos a la vez, sin cuidarse de las leyes del juicio racional, de un modo caprichoso, que es travieso y “lateral” con respecto al camino del concepto.

Sabemos que el proceso secundario, por sí solo, no puede constituir el intelecto. Metáfora, símbolo, pensamiento creativo nacen en la amalgama indisoluble del proceso primario con el secundario. Una amalgama misteriosa que constituye la fuente del lenguaje, el escenario del teatro o del juego, la sorprendente posibilidad de adivinar y acertar y también la atmósfera transferencial de la sesión psicoanalítica como “campo de ilusión”. Ese acto de consciencia, tan particular, que llamamos interpretación psicoanalítica, surge porque el psicoanalista, mediante la atención “flotante”, huyendo de la dirección habitual que su juicio racional le propone, recorre

la senda de la ocurrencia absurda, para enriquecer lo que comprende con un sentido diferente, que adquiere luego la estructura del pensamiento racional.

¿Qué tipo de proceso, si es que la idea de proceso se le aplica, constituye ese misterioso articulado que se parece al que existe entre importancia y diferencia? ¿Cuál es la “arquitectura” que organiza su trama?

Sólo atendiendo a sus dos componentes se justifica que utilizamos el nombre de proceso terciario para referirnos a este modo particular de acceso a la consciencia que constituye un jalón en nuestra capacidad para “hilvanar” el pensamiento.

Sin embargo, aunque la razón del proceso secundario no puede ya ser identificada con los ideales o con la cumbre del pensamiento, ni es la única manera de la facultad de conocer, no pierde por eso su valor. Siempre nos ha otorgado la confortable seguridad de un puerto y, mientras no la alcanzamos, nos consuela sentir que “no está muerto quien pelea”, y que estamos “pudiendo”.

La velocidad de la vida

Dado que vivir tiene un término y que es imposible “detener” el tiempo, cuando comenzamos a vivir comenzamos a morir “gastando” inexorablemente, mal o bien, la vida. De inmediato, surge que es posible distinguir dos formas. En una de ellas, mala, ponemos el acento en que, en conclusión, viviendo morimos; en la otra, buena, en que muriendo vivimos.

Aprender a resolver dificultades, en un cierto sentido, nos “libera” tiempo, y también es cierto que solemos utilizar ese tiempo llenándolo con “cosas”, se trate de tareas o de distracciones. La conclusión es clara: cuanto más podemos hacer, más hacemos. Junto con la capacidad, aumenta la “velocidad” con la que hacemos, de modo que, mientras envejecemos, aumenta la velocidad con que vivimos. Vale la pena reparar en que para un niño de 4 años un año dura un cuarto de su vida, y que para un hombre de 40 el tiempo de un año se “abrevia”, para representar un cuarentavo.

Aunque a veces sucede un poco antes, la presbicia es un “trastorno” visual que se considera normal en la segunda adolescencia, es decir, en el llamado “climaterio”, cuando se pasa de la segunda a la tercera edad. Con un

cierto buen humor, suele decirse que es un trastorno piadoso, que permite a la madrastra de Blancanieves “no ver” en el “espejito, espejito” las incipientes arrugas que denuncian su edad.

A través del ejemplo de la presbicia, podemos comprender que, en la medida en que envejecer multiplica los duelos a los cuales nos obliga la creciente rapidez en la sucesión de las pérdidas, la experiencia colabore otorgándonos una igualmente creciente capacidad de enfrentarlos y encontrar sustitutos. Cuando funciona una cierta capacidad de adaptación de la vida a los cambios que su decurso produce, mientras nos estamos muriendo disfrutamos la continuidad de la vida. Cuando no funciona, aunque continuemos viviendo, ingresaremos en lo que señala el poeta: “No son los muertos los que en dulce calma / la paz disfrutan de su tumba fría. / Muertos son los que tienen muerta el alma / y aún viven todavía”.

Dos clases de ejemplos

Un comentario malicioso e irónico señala que los viejos damos buenos consejos porque ya no podemos dar malos ejemplos. Lo cierto es que, se diga lo que se diga, sólo se aprende incorporando ejemplos. El bienestar que se anhela nunca se logra únicamente a través de “buenos” consejos.

También es cierto que el poder convincente de los ejemplos no sólo se obtiene de los ejemplos “buenos”, porque los malos ejemplos nos enseñan, con igual convicción, cuáles son las conductas que conviene evitar.

A pesar de lo que acabamos de afirmar, los discursos plagados de argumentos que testimonian el valor de hacer lo que se debe abundan hasta el punto en que han dado lugar a un proverbio que reza: “De hombres con buenas intenciones está empedrado el camino que conduce al infierno”.

¿De qué valen, pues, los discursos sentenciosos que detallan los inconvenientes de omitir el principio de realidad, en aras de la entrega, impaciente, al principio de placer? Ya lo decía Oscar Wilde: “Puedo resistir cualquier cosa, excepto la tentación”.

Lo cierto es que, casi siempre, sucumbimos frente al pensamiento tentador: haciendo las cosas “bien”, conseguiré anular las consecuencias de burlar la prohibición. Y si así no sucediera, en lugar de atribuirme la responsabilidad del desenlace, me quedará como recurso el reflexionar en los términos con los que Gregory Bateson ironiza: “Es un dios cruel (¡allí está el problema!), nunca debí comer esa manzana”.

¿Qué más cabe decir? Que en este punto se abren dos posibilidades muy distintas: aprender de la experiencia cómo “las cosas son” o, por el contrario, continuar pensando que esta vez fue mala suerte y que por eso, en la próxima, volveré a intentarlo. No cabe duda de que está última interpretación deriva de una precondition malsana: la íntima convicción de que aquello que corresponde a mis capacidades reales nunca alcanzará para lograr satisfacer lo que anhelo. Entonces, ¿qué más da?

Y si eso me sucede, será porque, desde hace mucho, y como consecuencia de lo que he reprimido, me siento incapaz de disfrutar lo que logro.

Papá, mamá y el nene
Desde un aspecto moralmente
muy grande y desde otro
muy pequeño...

Papá, en el aspecto grande, no sólo ama entrañablemente a su pequeño y gigantesco vástago, que como simiente de lo que hoy son los abuelos vive impregnado por un futuro de aventura. También lo admira, estupefacto y conmovido, como se admiran las maravillas impensadas que la vida nos ofrece.

En el aspecto pequeño, lo desprecia, negando que en las ignorancias que operan en su hijo se abre un acceso enorme a lo que escapa a la imaginación, oculto en la apariencia de lo descabellado. Sólo es capaz de ver, en esa natural ignorancia de su hijo, un futuro que se le antoja pobre, limitado por una pobreza artificialmente sostenida por su propia y malsana rivalidad paterna.

El nene, en el aspecto grande, no sólo ama entrañablemente el amor que recibe de su padre. Lo asombra, además, el tamaño de ese hombre que lo protege y ejecuta lo que él no puede todavía. También lo admira, por la

fuerza y la sabiduría con las que procede cuando resuelve haciendo fácil lo difícil.

En el aspecto pequeño, lo envidia con odio. Incorre en pensar que su padre se apura en ejecutar lo que él podría, quitándole la oportunidad de hacerlo, y le complace creer que es inútil decirlo. Prefiere asumir que la vida de su padre, durando demasiado, retarda un duelo que debe ocurrir y lo priva de estar “por su cuenta”.

Mamá, en el aspecto grande, ama al hijo que surgió de sus entrañas, con el amor sublime que Miguel Ángel inmortalizó en el mármol, y con igual intensidad venera al hombre que en el acto maravilloso de amor engendró el sorprendente milagro que emerge de la mirada del niño. Cuida el desarrollo de ese conmovedor regalo, sin descuidar el bienestar del padre que, durante su emocionada entrega, ofrendó la semilla.

En el aspecto pequeño, traiciona al hijo, pensando erróneamente que protege al padre, o se equivoca, traicionando al padre, creyendo que así consigue proteger al hijo.

Pensamientos

Porchia ha colocado al lector de sus *Voces*, sin violencia alguna, casi con ternura, en el punto exacto en que la paradoja no es un callejón sin salida de la disconformidad que lo anima, sino el umbral de una nueva percepción.

El presente atemporal es también un presente aespacial, tal como lo dice Porchia: “Las distancias no hicieron nada, todo está aquí”. Señala que “el hombre no va a ninguna parte, todo viene al hombre, como el mañana”. Recordemos lo que afirma Simenon (en *La ventana de enfrente*): “A los trece o catorce años tienen el aspecto de enormes muñecas de trapo, con ojos claros que no ven nada de la vida que se dirige a su encuentro”.

Repasemos algunas de sus voces:

“Estoy en el ayer, en el hoy. ¿Y en el mañana? En el mañana estuve”.

“Estar en compañía no es estar con alguien, sino estar en alguien”.

“Que tuve todo lo sé, no por lo que tuve, lo sé porque después no tuve más”.

“Quien no sabe creer no debiera saber”.

“Las certidumbres sólo se alcanzan con los pies”.

“Uno es uno con otros; solo no es nadie”.

“No sale de lo malo quien está en él, porque teme encontrarse con lo malo”.

“Entra una nueva pena, y las viejas penas de la casa la reciben calladas, no muertas”.

“La pena humana, durmiendo, no tiene forma. Si la despiertan, toma la forma de quien la despierta”.

“Lo que somos es para algo que no somos”.

“Una cosa, hasta no ser toda, es ruido, y toda es silencio”.

“Cada uno cree que sus cosas no son como todas las cosas de este mundo. Y es por ello que cada uno tiene sus cosas”.

“Y si eres alguien de lo que es el todo, eres alguien de lo que es el todo y en lo que es el todo, no alguien de lo que eres tú y en lo que eres tú. De lo que eres tú y en lo que eres tú no eres nadie en lo que es el todo. No existes”.

Cuando se elige negar

Cuando algo disgusta “demasiado”, se reprime, comportándose como si lo reprimido dejara de existir, pero Freud aclaró que existe lo que él llama “un sucedáneo intelectual de la represión”. Se refería a la negación, que consiste en dejar que lo reprimido entre en la consciencia, pero precedido por la palabra “no”.

La función del psicoanálisis se define como un recurso que aumenta la posibilidad de “hacer consciente algo inconsciente”. Sin embargo, para lograrlo, no alcanza con “vencer” las resistencias que mantienen la represión, dado que, con frecuencia, negando se vuelve a introducir, por la ventana, lo que ha salido por la puerta.

El asunto trascurre, como es natural, con altibajos, y así comprobamos que, en el conjunto de nuestra *pacientela* (sin contar los que interrumpen, y con perdón por el neologismo), hay algunos que arrancan para volver a detenerse luego de un tiempo variable, mientras que otros, que se habían detenido, vuelven a arrancar.

La cuestión se muestra interesante, porque en los tiempos que corren la negación se ha transformado en un recurso que abunda y que ha llegado a constituir una calamidad. Sucede, por ejemplo, que el dinero que no alcanza

para comprar cosas que en realidad “hacen falta” se gasta cuanto antes, sin ton ni son, en placeres efímeros que “divierten”, desconcentrando esfuerzos y dilapidando recursos (no sólo ocurre en Argentina, en donde la inflación le añade una justificación que, bien mirada, se demuestra espuria). Pero también sucede que la carencia de un trabajo digno se sustituye con la “fiaca” que surge del desánimo o, peor aún, toma por tarea el entregarse a la tentación de una protesta continua, como si quejarse de que “esto no es vida” fuera lo único que queda por hacer.

Así llegamos al tema de los numerosos asesores, que condujo a la conocida humorada. Un ciempiés consulta a la cucaracha asesora, porque le duelen los pies. Ella otorga su consejo: conviértase en pez. Cuando el ciempiés pregunta cómo podrá hacer eso, recibe como respuesta: “No sé, yo sólo soy asesora”.

La deuda

La palabra “falta” conjuga (en castellano, y en el italiano *mancanza*) dos significados: es una carencia, pero también una deuda moral.

Vivo en un mundo sensitivo y cardíaco, configurado por lo que quiero en el presente, en donde rige la inteligencia emocional que se atribuye a la instancia denominada “ello”.

También en un mundo perceptivo y hepático, configurado por la sabiduría de una inteligencia práctica que proviene de la experiencia y que se atribuye a la instancia denominada “yo”. Sé lo que puedo, por lo que pude en el pasado.

Y en un mundo normativo y cerebral, configurado por una inteligencia racional que, desde la instancia “super-yó”, determina lo que debo en el futuro.

Lo que debo es aquello que me falta hacer, y sin eso que “me hace falta”, y que le otorga a mi vida un sentido (configurado por lo que siento y hacia donde me encamino), no sería posible vivir, careciendo de una meta que le da movimiento y un motivo (en el que confluyen impulso y atractivo). Como señala Goethe: “A cada cual

le queda siempre la fuerza necesaria para realizar aquello de lo que está convencido”.

Sin esa finalidad que configura mis ideales, trazados con la contrafigura de aquello que me falta (y que estará presentes en mis sueños nocturnos y diurnos), no podría vivir, porque no sabría qué hacer. Sin embargo, esos ideales que conforman lo que anhelo no constituyen jamás el punto de llegada ni están allí, en el norte de mi vida, para eso. Sólo me orientan, como el polo de la brújula, en la dirección del camino.

Si bien, como dice Porchia, “las dificultades pasan como todo pasa, sin dificultad”, no es menos cierto que, mientras no pasan, constituyen los males que nos aquejan cuando ignoramos que nuestra consciencia funciona dedicada a contemplar únicamente aquello que nos falta y “debemos” obtener. Es difícil valorar algo que no se ha perdido. Por eso es como Porchia lo señala: en “a veces creo que el mal es todo y que el bien es sólo un bello deseo del mal” y en “creo que son los males del alma, el alma. Porque el alma que se cura de sus males, muere”.

Palabras de inspiración "porchiana"

Es difícil llenar un vacío, cuando ya está lleno... de vacío.

Si nada me faltara... me faltaría que me falte algo.

La profundidad de los pozos nunca se ve desde el fondo, sólo se intuye desde arriba, asomándose al borde.

El dolor que está abajo es un dolor compartido. El dolor que está arriba transcurre en soledad.

La soledad que se adquiere explorando se soporta mejor, porque nos encuentra entretenidos.

Cuando mi entusiasmo empalidece, la fatiga y el dolor ganan prestigio.

La soledad no se alivia con malas compañías.

La esperanza más fuerte no es más que esperanza.

El que nunca perdona no se ha perdonado.

Una buena erudición aumenta la consciencia de la propia ignorancia.

Sólo en el dolor puede abundar el sentido.

Algo no es todo, pero todo no es algo.

Encontrar algo distinto compensa la pobreza de encontrar lo que buscaba.

Las certezas sólo perduran muertas.

Mis palabras no alcanzan para hacerte dudar de tus certezas. Tal vez sólo mi silencio podría.

Cuando el dolor me acompaña, si no lo alimento, se va debilitando. Sólo se muestra fuerte cuando me sorprende en las vueltas del camino.

Arriesgar, para ganar dinero, es una tontería perniciosa, porque el dinero, en salud, se gana trabajando. En el amor, en cambio, el riesgo no existe, porque el bienestar del amor que se da, supera al que surge del amor que se recibe.

La disconformidad que pone voz en mi garganta alimenta mi vida.

Si moriré sin querer, como he nacido, soy el indigno autor de la dignidad que me otorgan.

Escribo lo que escribo... tratando de entender lo que digo combinando palabras.

Cuando estoy contigo solamente, estoy con alguien. Con muchos estoy solo. Porque varias personas juntas son mucho menos que una.

Antes de hablar, lo que quería no había sucedido, y después de hablar, algo sucedió. Pero lo que sucedió ¿qué fue? Y lo que quería ¿qué era?

Cuando hablo convencido, y quiero convencer, olvido lo que viene después: que el destino de todo vencedor es ser vencido.

La herida no necesita vocero, pero sí intérprete, porque habla con sus propias palabras.

Poesía es agacharse y levantar algo caído.

El que mucho abarca poco aprieta

En el trasfondo de este proverbio, se desliza la idea de que lo bueno es apretar, y que la pretensión de abarcar perjudica esa valorable cualidad. Se trata, en realidad, de una valoración cuestionable, porque hay ocasiones en las cuales dejar de abarcar es un descuido. Dado que lo que se gana en extensión se pierde en profundidad, la elección entre abarcar y apretar depende de reconocer que satisfacen necesidades distintas. Precisamente por eso es importante admitir que hay momentos en que lo bueno está en abarcar un amplio conjunto de posibilidades, y otros en los cuales es mejor apretar concretando la acción en un punto.

El viejo médico de cabecera (que hoy es una de las tantas especies “en extinción”) conocía a todos los miembros de una familia, a quienes había asistido en numerosas oportunidades y por trastornos correspondientes a especialidades distintas (heridas, malestares o enfermedades de distintos órganos, trastornos del desarrollo, angustias, conflictos o vicios). Era incapaz de usar todos los recursos de la medicina para el tratamiento de los distintos trastornos, pero había contemplado innumerables veces cómo uno de ellos se transformaba en otro.

El médico especialista conoce a fondo todos los recursos (diagnósticos, pronósticos y terapéuticos) de su especialidad, acumulados durante una experiencia amplia y compartida. Y únicamente él, desde su condición de tal, posee la capacidad para ejercitarlos.

Nada más natural, pues, que pensar que lo mejor consiste en que, luego de la acción abarcadora del primer médico, debe llegar el apretado e insustituible ejercicio del segundo. Pero es importante comprender, sin embargo, que el ciclo sólo se mejora cuando, luego de apretar un conjunto abarcado, se lo vuelve a incluir en algo que se abarca.

Completa lo que aquí decimos señalar que se suele considerar que el psicoanálisis, como especialidad médica, constituye una rama de la neuropsiquiatría, pero esto constituye un error. El psicoanálisis es, como psicopatología, un recurso de la medicina que, comparable con la farmacología o con la microbiología, forma parte de todas las especialidades médicas.

¿Amabilidad o hipocresía?

La amabilidad consiste en la cualidad de ser amable, es decir, digno de amor. La hipocresía es la cualidad del hipócrita, que define al que finge algo que “no es”. Se trata de una diferencia esencial que exige algunas reflexiones.

La hipocresía suele suceder en dos variantes: la simulación, que procura expresar un sentimiento del cual se carece, o el disimulo, que pretende ocultar un sentimiento que realmente existe. Lo que el hipócrita intenta, a través de su actitud estratégica, es precisamente ganarse la condición de ser amable. La misma que, ya desde niños, con mayor o menor fuerza, nos pareció insuficiente. En otras palabras, detrás de un hipócrita, moralmente despreciable, se esconde la tierna figura de un niño, patético, que busca ser amado.

Si hay un deseo, siempre insatisfecho, que nos mancomuna desde la más tierna infancia, es el de ser amables, “muy” dignos de amor. Y desde allí proviene nuestra extrema susceptibilidad a quedar “indignados”. No cabe duda de que todos guardamos, en un rincón oscuro, una convicción profunda: creemos estar seguros de saber por qué perdura insatisfecho el logro de un amor suficiente para hacer que, por fin, nos sintamos amados, “hemos hecho algo mal”.

A pesar de que la adulación hipócrita que reza “eres muy amable” suele ser bastante torpe y descuidada, sobre todo porque suele negarse que es una maniobra muy evidente (dado que se la ejerce casi siempre “en público”), es necesario reconocer que, si sucede que con tanta frecuencia alcance un éxito insospechado, es porque en cada uno de nosotros funciona, en mayor o menor medida, un cómplice al que le complace la adulación que corrompe el grado de autoestima inconsciente que ha alcanzado nuestro ego.

Queda por aclarar un punto clave. ¿Qué diferencia a la verdadera amabilidad de esa otra versión, inauténtica y espuria, caracterizada como hipocresía? La diferencia es sencilla: la hipocresía, desaprensivamente, se excede en el elogio; la genuina amabilidad jamás. Podrá refugiarse en el silencio, omitiendo señalar defectos, pero nunca incurrirá en el desatino de elogiar lo que no aprecia.

El dolor y los dolores

En el historial de “Un hombre con el dolor en un brazo”, no nos referíamos a un dolor indeterminado, sino que, por el contrario, queríamos subrayar que “el” dolor, como tal, más allá del significado que podía expresarse en su localización, poseía un sentido, siempre el mismo, que había tomado posesión de un brazo, operando desde un origen, más amplio, que culminaba en un momento dado. Habría, pues, un dolor, EL DOLOR con mayúsculas, que condensa y representa una forma particular de la sensibilidad que mancomuna a los seres humanos.

Podemos identificar distintos dolores, y aunque todos ellos se sienten “en el alma”, suelen diferenciarse, desde la teoría, en los que se atribuyen al cuerpo y aquellos cuyo origen se presume psíquico. Unos y otros no sólo dependen de la magnitud del daño que los ocasiona, porque la intensidad con la que se los “percibe” también deriva de un umbral condicionado por un presente en el cual intervienen numerosos factores, y entre ellos suele destacarse el tiempo durante el cual operan sus presuntas causas.

Si los dolores se sienten en el alma, se comprende que todos ellos se procesen en un duelo, de cuyas vicisitudes

dependen la evolución y las formas que el dolor adquiere. Freud sostuvo que un duelo “normal” debía realizarse en dieciocho meses, un tiempo que, no por casualidad, coincide con lo que demanda una herida profunda (producida, por ejemplo, por la extirpación de un riñón) para que se reorganice la cavidad resultante. El tiempo de cicatrización aporta una metáfora adecuada, porque, cuando las heridas se infectan, desaparece la posibilidad de pronosticar su duración, y no cabe duda de que los duelos que observamos constituyen, en su inmensa mayoría, duelos perturbados que suelen durar muchos años. Sucede, también, que tales duelos “incompletos” dejan remanentes que se reactivan cuando otras pérdidas ocurren.

Nada tiene de extraño, entonces, que no sólo los dolores se procesen en un duelo, sino que, además y sobre todo, los dolores que sentimos “en el cuerpo” perduren alimentados por esos duelos incompletos. Constituyen un débito que deberá honrarse con un haber cuyo defecto impide mejorar.

¿Quién es el propietario?

Un hormiguero, con una sabiduría que escapa a la inteligencia particular de cada hormiga, construye un hábitat (que a veces alcanza varios metros de altura y unos treinta de diámetro), con cámaras y corredores cuya humedad y temperatura funcionan con parámetros precisos y que puede llegar a desarrollar una “ganadería” y una “agricultura”, cuando algunas hormigas ordeñan pulgones y cultivan hongos. Otra muy frecuente agrupación de individuos, que también constituye un superorganismo con inteligencia propia, es el conjunto que denominamos bosque.

Lo que más influye en la convivencia humana de una población es una opinión pública compartida que funciona, bien o mal, de manera inconsciente, como una “inteligencia de la humanidad”, que forma parte de un ecosistema y que escapa a la posibilidad de una persona que integra ese conjunto.

Recordemos lo que sostiene Weizsaecker (en “El médico y el enfermo”):

Aprendimos que el cuerpo humano se compone de tejidos y que los tejidos se componen de sustancias químicas. Aprendimos que todo esto se

modifica en las enfermedades de acuerdo a la forma y a la composición. Ahora podemos emitir un juicio: esto está enfermo. Pero el enfermo puede decir: yo estoy enfermo. ¿Es que una célula puede decir “yo”? ¿Es que una molécula, un átomo, un electrón, pueden decir “yo”? ¿Quién es aquel que dice “yo”? Sólo nos enseñaron cuestiones acerca de las cosas que son “algo”, no aprendimos nada de cosas que son “alguien”. Pero la consulta comienza con que alguien nos dice “estoy enfermo”.

El insigne Lewis Thomas, mientras pasea por el bosque, se pregunta (en *Las vidas de la célula*) si es él quien saca a respirar a las mitocondrias procariotas que habitan el protoplasma de sus células o son las mitocondrias quienes lo sacan a respirar entre el conjunto de árboles. En otras palabras: ¿dónde reside el “propietario” que siente, piensa y hace, originando ese pronombre personal que, visto desde afuera, es un ego que hoy se ha vestido de ciencia y, visto desde adentro, es un yo como pronombre personal?

Sobre el arte y la teoría del psicoanalizar

El destrabalenguas que consiste en decir de manera repetida y rápida: “Poco a poco, Paco Peco, poco pico” contiene dos recetas magníficas que deberían iniciar el manual de todo practicante.

La primera, “poco a poco”, señala que psicoanalizar requiere un tiempo que no se puede apresurar sin incurrir en retardarlo, obteniendo lo contrario de lo que se procura conseguir.

La segunda, “poco pico”, nos recuerda que la eficacia depende más de la calidad de aquello que se dice que de la cantidad. La mayoría de las ineficacias no provienen de la ausencia de palabras adecuadas; derivan de la abundancia de un “interpretar”, inoperante e impaciente, que denuncia la ansiedad y la incomprensión que lo motiva.

Recordemos los “tres tipos” de tiempo que el ser humano ha logrado concebir. El cronológico, que la ciencia, mediante el raciocinio y el reloj, ha “objetivado” y medido. El kairológico, que se acelera o lentifica por obra de la significancia “subjética” de lo que en ese tiempo acontece. Y el “atemporal”, en el que lo sucedido no ha terminado aún y aquello por venir ya ha comenzado.

La mariposa es un símbolo que representa la exuberancia de la vida como confluencia de cuerpo, alma y espíritu.

Vemos en la mariposa del museo, que conservamos en formol, el “artificial” tiempo cronológico, que ya arrojan, desde antiguo, los relojes de sol y la clepsidra.

En la metamorfosis de la larva en crisálida y de la crisálida en imago, asistimos a una vívida representación del tiempo kairológico, cuya “duración” se valora por las cosas que, en ese tiempo, suceden.

En las mariposas que el enamorado siente en sus vísceras, y en el brillo entusiasta de los ojos con que el niño las contempla en el mundo, se trasparenta la sempiterna presencia de un presente atemporal.

Suele decirse que “el pasado es historia, el futuro es misterio, y el presente es regalo”. Se trata, entonces, de lo que realmente ha perimido, de un enigmático porvenir impredecible, y del regalo de un ahora que acepto de buen grado (que me regale) y constituye el único lugar de un posible regocijo.

Inteligencia artificial

La palabra “inteligencia” proviene de *inter leggere*, que se refiere a la leer “entre líneas” un significado distinto que aquel que se aduce como motivo de lo enunciado. La palabra “artificial” (literalmente “hecho con arte”) se usa para designar lo que hace el hombre, por oposición a todo aquello que surge “de la naturaleza”. Inteligencia artificial es, pues, aquella que evidencia un engendro humano que, en sentido amplio, denominamos robot.

La cuestión no merecería mayores comentarios si no fuera porque el “hombre de la calle” se pregunta hoy (algunas veces complacido y otras, atemorizado) hasta dónde llegará el desarrollo de la inteligencia artificial. Agreguemos que, para colmo, Yuval Noah Harari (un intelectual que ha vendido muchísimos ejemplares de sus libros, traducidos a diferentes lenguas) sostiene “impúdicamente” que, “en un futuro”, transfiriendo toda la información contenida en nuestros cerebros sobre un robot construido con acero y con plástico, seremos inmortales.

Para comprender la importancia de este asunto, basta con señalar que Alan Turing, el creador de la computadora, diseñó el *test* que lleva su nombre, y que establece

que si un ser humano, intercambiando “a ciegas” sólo mensajes verbales, no lograra distinguir si su interlocutor es robótico o humano, la inteligencia artificial habría alcanzado el desarrollo que ha logrado la inteligencia natural humana. Bateson se interna en el mismo asunto, de manera más tierna, cuando sostiene que la homologación habría llegado si el robot contestara: “Esto me hace recordar una historia”.

Joseph Weizenbaum (en *Diferencias entre el ordenador y la mente*) y Norbert Wiener, el creador de la cibernética (en *Dios y Golem S. A.*), exploran los alcances de la cuestión con plena consciencia y lucidez. Si, por ejemplo, afirmamos que quien no ha tenido un oído que alguna vez le haya dolido no tiene la menor posibilidad de captar el sentido de la expresión “dolor de oído”, llegamos a cobrar consciencia de que, para poder comprender cabalmente el sentido de un lenguaje humano, no alcanza con compartir la existencia de un oído y su dolor, es necesario compartir cuerpo, alma y espíritu, por entero, en carne y hueso.

Otras "porchianas"
Porchia es un hermano mayor
Nos hermana una disconformidad
"creativa" que nos "hace falta"

Si es el deseo lo que engendra a un objeto, ninguna otra fuerza tiene tanta fuerza.

Habla con sus propias palabras sólo la herida.

Te dije y no creíste lo que dije. Pero aquello que no fue como querías ¿cuándo dejó de ser lo que esperabas? ¿Antes o después de que ocurriera?

¿Ver para creer o creer para ver? ¿De dónde sale lo que te interesa demostrar?

Todo cambia, pero no cambia que las cosas cambien.

Siempre habrá una cosa que cambia sus caras, pero no sus mañas.

Donde te busco no estás. ¿Y dónde no te busco? Allí no sé cómo estar.

Quando me quieres para lo que no quiero y te quiero para lo que no quieres, me quieres y te quiero. ¡Qué lamentable absurdo!

La mayor parte de lo que sé durará poco, tan poco como la mayor parte de lo que supe ayer. Todavía no sé lo que sabré mañana, y ese todavía es lo que más perdura.

Mi soledad, sin tu ausencia, no sería soledad.

Entre las veces en que me diste diciéndome sí, hubo algunas en que lo hiciste diciéndome no.

Cuando no me encuentro en ti, ando perdido, sin saber hacia dónde proseguir.

Las distancias sólo se pueden medir recorriéndolas.

Cuando trato de verme en lo que soy, suelo buscar en donde nunca estoy.

Cuando te disgusta lo que ves en mí, no me disgusta tu disgusto, me disgusta que me atribuyas tus defectos.

Todo sería más fácil sin esa maldita tendencia a creer, en cada cosa que oímos, que nos están denigrando. Preferimos creer que ocupamos el centro de la escena.

Si cuando digo que te digo lo que pienso lo que te digo es lo que me conviene, no lo que pienso, cuando me dices lo que piensas desconfío.

Frente a las tres o cuatro cosas trascendentes, los silencios pueden ser dulces y amables o cortantes e insultantes. Los primeros son raros.

La vida no puede dejar de doler. Sólo es posible cambiar el lugar en donde duele.

Psicoanálisis de la inflación

Cuando un paciente sufre una tuberculosis pulmonar, suele sostenerse que el bacilo de Koch es la causa. Freud aclaró, sin embargo, que el bacilo es una condición necesaria pero no suficiente, ya que habita en las fauces de muchas personas que no padecen de tuberculosis. Por la misma razón, los significados inconscientes que hemos descubierto en nuestras investigaciones sobre las enfermedades respiratorias constituyen una condición necesaria pero no suficiente. Descubrir una condición necesaria aumenta las posibilidades terapéuticas.

Los economistas vernáculos y los extranjeros estudian y explican en términos de causas y efectos, macro y microeconómicos, que la Argentina haya llegado a ser el campeón mundial de la inflación, superando con sus 7,7% del pasado mes de marzo a su rival más cercano, Venezuela, que alcanzó en el mismo periodo un 4,2%. Se trata, otra vez, del descubrimiento de condiciones necesarias pero no suficientes, y ha sido así hasta el punto en que se ha repetido, innumerables veces, que entre las economías que rigen en los países del mundo hay dos que funcionan, una mal y otra bien, de un modo peculiar que “no se entiende”: Argentina y Japón.

En el terreno de los significados inconscientes, ¿cuáles podrían ser los motivos ocultos que, como condición necesaria, aunque no suficiente, sostienen el “descalabro” inflacionario? Debemos reconocer la influencia de un factor al cual se le suele desconocer su importancia. Pero ¿qué nos enseñan las redes? Habitualmente negamos que, más allá de cuáles sean las personas que transitoriamente ocupan los nodos que llamamos cargos (desde donde se supone, erróneamente, que se ejerce el gobierno), lo que realmente rige la evolución de la colmena humana es una opinión pública que opera de manera inconsciente, tolerando y sosteniendo lo que desde la consciencia nunca se admite.

En nuestra vida personal, influyen motivos que reprimidos que, en nuestra vida colectiva, constituyen opiniones inconscientes que operan más allá de las perimidas izquierda y derecha. Parfraseando a san Agustín, podríamos decir: “Las tienes, pero ignoras que las tienes”.

La separación de cuerpo presente

Casi siempre no estás. Te veo ahora y ya no estás conmigo. ¿Cómo podría encontrarte cuando lo único que se me acerca es tu cuerpo, que está aquí, “ocupado por tu alma, que está en otro lugar”? No estás, y aunque tu cuerpo no está lejos, tu corazón emprendió un viaje que trascurre, confortable, sin la necesidad de una presencia que, como la mía, podría perturbarlo. Buscas en el mundo algo valioso que no existe allí, porque, mientras ignoras que es tuyo, viaja contigo. Te fuiste llevándote una de mis imágenes, detenida en el tiempo, como esas fotografías que se guardan en la billetera. Pero hace mucho que ya no soy el que esa foto muestra. El tiempo prosigue sin pedirnos permiso. También mi corazón “viaja” contigo, y sólo cuando vuelvas, si la vida me permite esperarte, lo recuperaré.

En el párrafo anterior, intentamos reproducir algo inevitable pero disminuíble, aquello que, en los momentos de desolación (solos de alguien, y desde la sabiduría ancestral que nos impregna desde el comienzo de la vida), “habla el sentimiento” del niño que somos (como antaño hablaba el niño que fuimos), aunque ya seamos adultos o ancianos, padres o hijos, hermanos o amigos.

Porque aprendimos, con el dolor que enseña, que para el conmovedor encuentro que otrora compartimos y configura el regalo más importante que la vida otorga, tres son demasiado, y son menos, mucho menos, que lo que fuimos tú y yo, cuando nos sucedía que nuestras almas, conviviendo, florecían.

El tema de los conflictos y del alejamiento afectivo que suele surgir entre los seres unidos por afectos entrañables no sólo ha nutrido a la literatura de todos los tiempos, sino que la frecuencia con la cual acontece ha conducido hacia un cierto pesimismo que se traduce en la afirmación, injustificada, de que la familiaridad, con el tiempo, “desgasta” las relaciones humanas.

Necesario y suficiente

Dado que el bacilo de Koch se encuentra en muchas personas que no enferman de tuberculosis, Freud utilizó esta circunstancia como ejemplo de que lo que habitualmente se considera “la causa” funciona como una condición necesaria pero no suficiente, que no alcanza, por sí sola, para que el acontecimiento se produzca.

Reparemos en que identificar condiciones necesarias para que una determinada enfermedad suceda es ir en búsqueda de algo que posee una importancia indiscutida, porque logrando suprimir uno cualquiera de ese tipo de factores necesarios esa enfermedad desaparece.

Freud ejerció su profesión y desarrolló el inmenso edificio de su obra teórica sin la necesidad de renunciar a mantener (explícito o implícito) ese “binomio” fundamental (necesario y suficiente), derivado del dualismo cartesiano. Sin embargo, su rotunda formulación, cuando rechaza enfáticamente el dualismo, en 1938, y compendia para sus colegas “ya formados” lo que considera las dos hipótesis fundamentales, sustituye, “sin ningún daño para el psicoanálisis”, su tesis anterior, metapsicológica (tópica, dinámica, y económica), que queda así explícitamente perimida.

Dada la tesis que Freud expresa en tres “principios” (lo psíquico inconsciente es lo que llamamos cuerpo; lo psíquico inconsciente es lo verdaderamente psíquico, lo psíquico genuino; debemos buscar alguna otra apreciación para los procesos conscientes), pensar en condiciones necesarias pero no suficientes es volver al dualismo perimido.

Recordemos como lo expresa Weizsaecker (en “Naturaleza y espíritu”):

De hecho se había superado con ello el paralelismo contenido en la serie de los fenómenos psíquicos y somáticos, en la medida en que se retornaba a una identidad que subyacía tras las paralelas, dado que el conflicto anímico no es otra cosa que la enfermedad del cuerpo como tal. Se puede observar cómo esta conceptualización de la identidad obtiene aquí de antemano la victoria sobre la causalidad recíproca, dado que solamente el modo de contemplación separa a dos series que en su esencia se basan en una identidad.

Recuerde el alma dormida

“Recuerde el alma dormida, / avive el seso y despierte / contemplando / cómo se pasa la vida, / como se viene la muerte / tan callando; / cuán presto se va el placer; / cómo después de acordado / da dolor; / cómo a nuestro parecer / cualquier tiempo pasado / fue mejor”. Así, con esos versos inmortales, llenos de las añoranzas que denuncian los resortes melancólicos del romanticismo, despide Jorge Manrique los despojos mortales de su padre. Allí dice que “y llegados, son iguales / los que viven por sus manos / y los ricos”; que “este mundo bueno fue / si bien usásemos dél”; que “de cuán poco valor / son las cosas tras que andamos / y corremos”, y que, “aun primero que muramos, las perdemos”.

Tiene sentido volver ahora sobre las coplas de Manrique porque, más allá del tinte melancólico que las impregna, constituyen un alegato poético, elocuente e inspirado, que subraya el valor de la trascendencia, frente a la habitual banalidad que, confundiendo los medios con los fines, limita el sentido de los esfuerzos humanos a una búsqueda empeñada cuya única meta reside en satisfacer los apetitos que sostienen la perduración de la vida.

Weizsaecker señala que sostener que el sentido de la vida reside en la conservación de la vida es tan absurdo como decir que el sentido de la vida es la vida. El sentido de la vida, sostiene, surge cuando vivir constituye una ofrenda que trasciende la propia existencia.

Veamos ahora cómo se dirige Porchia hacia la trascendencia que da sentido a la vida:

“De lo que tomo, tomo de más o de menos, no tomo lo justo. Lo justo no me sirve”.

“Quien busca en su bien, un bien mayor, pierde su bien”.

“Sí, eso es el bien, perdonar el mal. No hay otro bien”.

“De todos modos he llegado a hoy. Y así llegaré a mi fin, de todos modos”.

“Quise alcanzar lo derecho por sendas derechas, y así comencé a vivir equivocado”.

“Cuando busco mi existencia no la busco en mí”.

Nadie es profeta en su tierra

Cuando nuestros hijos son pequeños, uno hace cosas que les parecen buenas o maravillosas y muchas otras que les parecen mal. Luego, cuando crecen, lo bueno que hacemos proporcionalmente disminuye, o pasa desapercibido, y aumenta mucho, entonces, lo que les parece mal. Porque no sólo fueron innumerables las veces en que no pudimos evitar que sufrieran, también fueron muchas aquellas en las que nos vieron actuar de un modo equivocado.

Si las moléculas de las “economías nacionales” pueden estar constituidas por un conjunto que, además de fractal y complejo, es producto de un encadenado, sutil y misterioso, de los átomos constituidos por las “economías domésticas”, no es extraño que lo que sucede entre padres e hijos se refleje en vicisitudes entre gobiernos y pueblos. De allí surge lo que un proverbio sentencia: “Nadie es profeta en su tierra”.

Si volvemos ahora sobre lo que está mal o está bien en las relaciones paterno-filiales, ingresamos en el territorio de la moral, conformada por un ensamble de las “mores”, o costumbres, que caracterizan la peculiaridad de cada pueblo. Esos pueblos, reunidos en

ciudades, adquirieron la cultura civil que denominamos civilización.

Hay una historia heredada de nuestros abuelos y que (como lo ha descubierto el psicoanálisis llevando a la consciencia episodios infantiles reprimidos) conduce a sostener que “los pueblos que no recuerdan su historia están condenados a repetirla”, mientras incurren en discursos resentidos que cosechan seguidores. Recordemos lo que afirman los neognósticos de Princeton: “El intento de luchar contra la erosión demagógica es tan absurdo como la pretensión de luchar contra la erosión geológica”.

Pero, cabe preguntarse, ¿qué significa recordar la historia? ¿Alcanza con reproducir mentalmente los detalles macroscópicos o circunstanciales que denominamos “hechos”? ¿O es imprescindible penetrar en los resortes que determinan, bajo la forma de una opinión pública encubierta, y desde una fuente que permanece inconsciente, el curso inesperado de los acontecimientos infaustos? Una cosa es segura: sólo si logramos comprender algo de aquello que preferimos ignorar, lograremos librarnos de la creciente desmoralización que se convierte en desánimo y que, impregnando la convivencia, conduce a los tres destinos “excluyentes” y actuales: excelencia, indigencia o delincuencia.

La bolsa

El domicilio (derivado de *domus*, casa) es donde cada uno reside y guarda pertenencias que atesora. En ese lugar, que figura en sus documentos, debe darse por enterado de lo que recibe, para los efectos de la ley. Aun los integrantes de los pueblos nómades ocupan asentamientos transitorios en los que cada cual defiende el pedazo del suelo (el solar) que ocupa. De allí surge que denominemos “desolación” a una de las tristezas más profundas.

Cuando alguien abandona el lugar que habita, decimos que viaja, y si vuelve al punto de partida, ese viaje es un “tour” (origen de la palabra “turismo”) cuyo propósito “exploratorio” puede recorrer una gama que va desde la cruda necesidad de obtener, en tiempos de escasez, recursos imprescindibles para la supervivencia, hasta la purísima y vital iniciativa de satisfacer una curiosidad en tiempos de abundancia.

Para ese viaje, trasporta pertrechos que, bajo la forma de herramientas (algunas de las cuales pueden ser armas) y víveres, ocupan la bolsa (hermana mayor del bolsillo que evoluciona hacia valijas, baúles y *containers*) y que, cuando dificulta la agilidad de un soldado, llamamos *impedimenta*.

Los viajes que hacemos no sólo son “físicos”, porque también son viajes los que llamamos sueños. Cuando el psicoanálisis se utilizó para el tratamiento de niños, dio lugar a que cada uno de ellos tuviera, en el consultorio del psicoterapeuta, un cajón propio, en el cual guardaba el material con el que jugaba y dibujaba en las sesiones.

También los adultos, y no sólo cuando soñamos o nos psicoanalizamos, sino también, y más aún, cuando pensamos, utilizamos (como utiliza el niño su cajón) los pertrechos que llevamos en una “bolsa” mental (un *think tank*). Allí ponemos conceptos y, sobre todo, binomios. Mencionemos algunos: juguetes y símbolos, ídolos y fetiches, signos y objetos, palabras y significados, mi circunstancia y yo, relaciones y funciones, materiales e ideales, espacio y tiempo, visual y auditivo, cercano y lejano, fin y comienzo, hechos y sueños, sustancia y forma, ser y proceder, perentorio y postergable, experiencias y conceptos, público y privado, asco y vergüenza, alma y cuerpo, consciente e inconsciente.

Los dolores

Ubicándolos como una escena primordial, comienza Weizsaecker su fundamental e imperdible trabajo sobre los dolores escrito mucho antes de que las neuronas espejo dieran una representación corporal a la contratransferencia:

Quando la hermanita ve que el hermanito siente un dolor, encuentra un camino que está más allá de todo conocimiento. Cariñosamente su mano encuentra el camino, acariciando quiere tocarlo allí donde le duele. De este modo la pequeña samaritana se convierte en el primer médico. En ella opera inconscientemente un saber acerca de una eficacia primordial que dirige su impulso hacia la mano y conduce la mano hacia el contacto eficaz. Porque esto es lo que experimenta el hermanito: la mano le hace bien. Entre él y el dolor se interpone la sensación de “ser tocado” por la mano de la hermanita, y el dolor se retrae ante esta nueva sensación. [...] En realidad todo el ser médico está contenido aquí en la pequeña mano y todo el estar enfermo en aquello que duele, y esto seguirá siendo siempre así, aunque la mano se agrande [...] No es la cabeza, sino la

mano, lo que hace al ser médico; no es mi dolor, sino algo que duele, lo que hace mi enfermedad.

Así como en un billar japonés (precursor del *flipper*) se obtienen los puntos logrando que la bolita toque muchos obstáculos antes de volver a su base, Freud se refiere a las distintas plenitudes de la convivencia cuando (en “Más allá del principio del placer”) sostiene que la vida introduce nuevas diferencias que es necesario ir agotando viviéndolas. Lo cierto es que la intensidad del dolor depende de la sensibilidad con que se vive. Por eso Porchia exclama: “El dolor está arriba, no abajo. Y todos creen que el dolor está abajo. Y todos quieren subir”. Y también: “La vida comienza a morir por donde más es vida”. Precisamente por eso, porque el dolor es consubstancial con la magnitud con que se asume la vida, es que el acto médico trasciende el escaso y limitado sentido que la enfermedad le otorga.

Psicoanalizar. Arte y teoría

Aunque parezca extraño, las páginas de *Psicoanaliza. Arte y teoría*, que escribí como producto de un íntimo diálogo entre colegas dotados con experiencias ricas, conforman también un libro para principiantes, porque la guía la certidumbre de que la mente progresa y para nada sirve recorrer caminos perimidos.

En *Juvenilia*, de Miguel Cané, nos enteramos de que el teorema de Pitágoras se enseñaba, en aquella época, a los alumnos del quinto año del colegio secundario, tiempo después se aprendía en el primer año, pero hoy se da (lamentablemente no en la Argentina) en la escuela primaria.

Esa es la idea que también expresé en la inauguración y en el cierre del ciclo lectivo de 2022 de nuestra fundación, en donde presenté “Bases para una teoría coherente”. Allí procuraba exponer lo que me parecía medular dentro del psicoanálisis y, al mismo tiempo, reconocer que otras teorías eran respetables y que, entre el cúmulo de concordancias y discrepancias, era posible colaborar, es decir, trabajar en conjunto, cuando se compartía un suficiente núcleo teórico.

En *Psicoanalizar. Arte y teoría*, se transmite, entonces, el convencimiento de que las distintas etapas del arte y

la técnica de psicoanalizar, que en diferentes épocas se han recorrido, constituyen experiencias enriquecedoras que continúan vivas, configurando un caudal apreciable. Desde esa riqueza surgen, en cada colega y frente a los avatares de cada tratamiento, recursos valiosos que ayudan a “mantener el rumbo” cuando la tormenta arrecia.

Psicoanalizar

Así como Weizsaecker ve en la hermanita como pequeña samaritana el nacimiento de la medicina, podemos ver en la abuelita que visita a su nieto y parte por la mitad la tableta de chocolate que le llevaba, y en la capacidad que le permite comprender lo que en ese momento conviven las tres personas presentes, el acontecimiento fundante que constituye una acción, “psicoanalizar”, que no deriva, como podría pensarse, de lo que conocemos como psicoanálisis, sino que, muy por el contrario, precede a la constitución de la disciplina que Freud convirtió en un acontecimiento científico y en una técnica que, para ser desarrollada en la plenitud de su forma, exige capacidades artísticas.

Psicoanalizar no fue un ingenio surgido de la obra gigantesca de Freud. Fue un descubrimiento freudiano dedicado a “entrenar” una capacidad humana preexistente que encuentra una representación corporal en aquello que, desde las neurociencias, se denomina “neuronas espejo”.

El psicoanálisis nació como un procedimiento médico dedicado a curar una enfermedad, pero nos equivocaríamos mucho si nos limitáramos a pensar que allí

se encuentra su esencia. Ya el haber comprendido que como procedimiento antecede al descubrimiento freudiano nos conduce a entender que, en primerísimo lugar, constituye, gracias a Freud, una manera de concebir al mundo (una *Weltanschauung*) que, en tanto tal, conduce a una política (como ciencia orientada hacia el gobierno de la *polis*, es decir, la ciudad), una economía (dedicada a la satisfacción “razonada” de las necesidades humanas, que encuentra en Von Mises “su Weizsaecker”), una pedagogía “distinta” y, sólo al final, una nueva forma de la medicina.

La conclusión, indudable, sorprende. Lo esencial de la interpretación psicoanalítica (contenida en el “sí, pero no así” postulado por Weizsaecker) no se dirige hacia la desaparición de la enfermedad (un padecer inevitable y “normal” en toda vida humana), sino, más allá de ella, hacia la transformación y ampliación del sentido que la vida alcanza y que es lo único que vale las penas que el vivir ocasiona.

Sobrevivir

Dejemos de lado el hecho, de veras absurdo, de que el sentido de la vida se agota en el sobrevivir, porque sostener que sobrevivir es únicamente durar, y que el sentido de la vida está allí, sólo en perdurar, es tan descabellado como sostener que una serpiente que devorara su propia cola podría llegar a desaparecer.

Pensemos, en cambio, que sobrevivir es vivir “sobre algo”, y cabe preguntarse, desde allí, en qué consiste ese algo “sobre”, por encima o a pesar de lo cual se vive o se logra vivir. Un algo que, genéricamente hablando, podríamos, quizás, denominar “el infortunio”.

También cabe que me pregunte, entonces, qué es lo que puede sostenerme cuando nada, de todo lo que intento, me está saliendo bien. ¿De dónde surge el impulso que, una y otra vez, me conduce a intentar, colmando de sentido a la palabra “volver”?

Recordemos las palabras que Esquilo pone en la boca de su Prometeo. Ante la pregunta: “¿Cómo evitas que la saeta de Helios ciegue a tu raza, destinada a ver lo iluminado, no la luz?”, responde: “Infundiendo en ellos la ciega esperanza”.

De eso se trata, pues: de que “la esperanza es lo último que se pierde” y de que “mientras hay vida hay esperanza”.

Sin embargo, nuestra indagación quedaría incompleta si la abandonáramos omitiendo reconocer los sentimientos en los cuales las esperanzas se apoyan. Son dos hijos del amor, los mismos que llenan la mirada de los niños, con los que las vidas se inician: la curiosidad y la ternura. Son aquellos con los cuales, en las horas mejores, el entusiasmo florece, mientras los apagados matices del gris con los que las tristezas se visten se encienden en la sinfonía de color que pone luz en el mundo y pasión en nuestros corazones.

Recordemos a Porchia: “El rosal: lo has visto con infinitud de rosas, lo has visto con una sola rosa, lo has visto sin ninguna rosa. Y no lo has visto nunca con una rosa de más ni con una rosa de menos. Es que has visto el rosal”.

Origen y futuro en el presente

Jean Gebser, en *Origen y presente*, un libro erudito y monumental que no tiene desperdicio, escribe: “El origen siempre está presente. No es un comienzo, puesto que todo comienzo está ligado al tiempo. Y el presente no es el mero ahora, el hoy o el instante. No es una parte del tiempo, sino un resultado integral y, en consecuencia, siempre originario. Quien es capaz de llevar a efecto y a la realidad el origen y el presente como integridad, quien sea capaz de concretarlos, superará el principio y el fin, y el mero tiempo actual”.

Antonio Porchia se refiere a las relaciones entre lo eterno y el instante “presente” cuando, en *Voces*, escribe, por ejemplo:

“Me hicieron de cien años algunos minutos que se quedaron conmigo, no cien años”.

“El hombre lo juzga todo desde el minuto presente, sin comprender que sólo juzga un minuto, el minuto presente”.

“Sé que anduve de lo antes breve a lo después eterno de todas las cosas, pero no sé cómo”.

“Estoy en el ayer, en el hoy. ¿Y en el mañana? En el mañana estuve”.

“Ahora el instante, luego lo eterno. El instante y lo eterno. Y sólo el instante es tiempo, porque lo eterno no es tiempo. Lo eterno es recuerdo del instante”.

“Lo que nace de este mundo lleva la vejez de este mundo desde que nace”.

“Para sentir mis cosas de hoy necesito el recuerdo de mis cosas de ayer”.

Sabemos que todo fin lleva implícito un origen y todo origen, un fin. También sabemos que todo presente (“en el fondo” siempre atemporal) se constituye con un pasado que no ha terminado de ocurrir, consubstanciado con un futuro que ya ha comenzado. ¿Por qué unir, entonces (en “Origen y futuro en el presente”) la palabra “origen” del primer binomio con el vocablo “futuro” del segundo? Tal vez porque en el primer término encontramos la riqueza de una plétora ancestral que nos faculta para realizar lo que anhelamos en el segundo, donde reside la posibilidad.

Protagonismo

Porchia escribe: “Quien te quiere a ti, si te quisiera a ti, y solamente a ti, no podría quererte, porque no sabría como a quién quererte”. Con eso introduce el tema del protagonismo y lo absurdo de la pretensión, universal, que nos conduce a creer que el único amor verdadero es el que nos coloca en una prioridad que, por otra parte, ninguno de nosotros está dispuesto a conceder, de manera permanente, a nadie, más allá de una ficción superficial.

Se trata de un protagonismo cuya importancia conduce a procurar obtenerlo de cualquier modo que sea, hasta el punto en que podemos descubrirlo entre los determinantes inconscientes que conducen a que un adolescente “incurra” en ser víctima de un *bullying*, para sobresalir así. Recordemos lo que el Maigret de Simenon afirma: cuando alguien se convierte en víctima de un delito, es porque hay algo en él que lo inclina hacia esa condición.

La cuestión, a pesar de la extrañeza que suscita, retorna una y otra vez desde los hechos, cuando descubrimos, con sorpresa, la tenacidad con la que se enarbola el sufrimiento, tratando de evitar que alguien, mencionando algún caso parecido, pretenda cuestionar la “originalidad”

que la víctima pretende. Sorprende, también, que el fracaso en ese tipo de protagonismo se experimente con la fuerza del horror y de la humillación que produce la posibilidad de ingresar en lo ridículo, como se describe, por ejemplo, en un tríptico humorístico: en el primer cuadro, un japonés tomando tilo; en el segundo sigue tomando tilo; en el tercero, el mismo japonés sentado en un inodoro. El título reza: “Le salió el tilo por la culata”.

La fragilidad de ese protagonismo débil conduce al temor paranoico de que el observador lo desestime. Recuerdo un relato humorístico de Wimpi, más o menos así: Pedro yace en la cama, con la pierna enyesada, y explica que sucedió ayer en la escalera, cuando se resbaló. Su cuñada comenta: “Lo mismo que le sucedió a José”. Pedro, entonces, exclama: “No, la mía está fracturada en tres partes, y el doctor dijo: ‘Quién sabe cómo quedará’”.

Iguales en la diversidad

El valor de un bien, que solemos establecer diferenciando, por ejemplo, entre el que le asignamos a una bicicleta y el que le otorgamos a un automóvil (o, también, entre una naranja y un elefante), se determina en función de dos parámetros. Uno de ellos es la magnitud del esfuerzo que requiere producirlo (o encontrarlo) y transportarlo al lugar en donde se lo requiere. El otro es el grado de la necesidad o del deseo con el cual se lo demanda, que depende, a su vez, de la abundancia o escasez de aquello de lo cual se trata.

Una fábrica funciona de manera adecuada cuando cada uno de los operarios ejerce la tarea para la cual está capacitado. Esto nos permite comprender la importancia que posee reconocer las diferencias que entre los operarios existen o, en otras palabras, que ninguno, desde ese punto de vista que la tarea precisa, da igual.

Sin embargo, los seres humanos somos “civilizados” porque somos ciudadanos. Es decir que vivimos agrupados en la vida civil de las ciudades que generan los distintos “Estados” que se organizan en torno de una carta orgánica, denominada “Constitución”, que determina la forma en que se construirán las leyes que regirán

la convivencia de ese conjunto humano, se “ejecutará” su gobierno y se administrará la justicia frente a cualquier diferendo que no se resuelva entre las partes involucradas. De allí surge, entre los pobladores, otro tipo de igualdad, que es importante no confundir con la que mencionamos antes, la igualdad ante la ley.

Se justifica poner en negro sobre blanco esa diversidad entre dos tipos distintos de igualdades, por la frecuencia con la que se ingresa en un malentendido que es producto de una infantilidad inmadura en el adulto o, por el contrario, de una “conveniencia”, malintencionada y equivocada, igualmente inmadura, que ni siquiera beneficia a quienes la promueven. Frente a la ley somos iguales, y está muy bien que así sea. Pero sólo encontraremos dos seres humanos que sean iguales si forzamos las cosas “nivelando hacia abajo”.

Perentorio y postergable

Entre los profundos y conmovedores conceptos (es decir, concepciones) con los cuales Weizsaecker ayuda nuestras elaboraciones personales, hay dos que sobresalen. Uno es el que denomina su pequeña filosofía de la historia, donde afirma: “Posible es lo no realizado; lo ya realizado es imposible”. El otro surge de su diferencia entre lo óntico, que se refiere a todo lo que es, y lo pático, que, en su doble connotación de padecimiento y pasión, reúne todo aquello que se refiere a la intrigante condición que se resume en la expresión: “La forma de ser de aquello que no es”.

Cuando establece lo que denomina su pentagrama pático, explora tres verbos, los auxiliares querer, deber y poder. En dos de ellos, poder y deber, explora las variantes perentoria y postergable. Hay un poder que es capacidad, y otro más débil que se manifiesta como permiso. Hay un deber que constituye una obligación, y otro que genera una deuda moral que a veces se soslaya. El pentagrama se configura así con esas cuatro circunstancias a las cuales se agrega el querer como una quinta.

Reparemos, sin embargo, en que podemos decir que el pentagrama de Weizsaecker conduce a un hexagrama,

porque también cuando se trata del querer podemos distinguir entre una condición perentoria, representada como necesidad ineludible, y otra, postergable, que ocurre cuando el querer adquiere la forma que llamamos deseo.

Cabe reflexionar, además, en el hecho, incontrovertible y natural, gracias al que, por obra de esa inexorable condición, toda manifestación de la vida transcurre entre lo perentorio y lo postergable. La primera condición marca los límites dentro de los cuales toda vida se realiza; la segunda, conmovedora, admite un desarrollo que transcurre entre lo imaginable y el horizonte, infinito, de todo aquello que trasciende a la imaginación. Así pasamos de lo pático, convertido en hexagrama, a su “pequeña” filosofía de la historia, que nos muestra una vida que “cabalga” entre lo posible y lo imposible.

Veamos, ahora, lo que señala Porchia: “Cuando no se quiere lo imposible, no se quiere”.

Mi relación contigo

Cuando mi relación contigo motiva estas palabras, es porque intento comprender, ahora, cómo se constituyen las personas que otorgan un sentido a nuestra vida y a quienes dedicamos todo aquello que hacemos. ¿Eres la viva imagen de mis progenitores que, como padre o como madre, opera en mi interior? ¿Eres o representas la mujer que me acompañó en todo aquello que recorrimos juntos, generando los hijos que inauguraron su propia trayectoria? ¿Eres alguna de las personas que, compañeras de ruta en momentos sublimes y conmovedores, a veces gratificantes y otras veces penosos, me acompañaron cuando logramos las obras que generamos juntos? ¿Estás “dentro” de un amigo al cual me une un vínculo conmovedor y entrañable? Me doy cuenta de que debo incluir también a quienes, en espacios y tiempos distintos, desde cerca o desde lejos, conocí viviendo, porque con cada uno de ellos, a sabiendas o sin sospecharlo siquiera, se tejió una historia que me quedó en el alma, influyendo en los avatares que me deparó la vida.

En cada una de las personas a las cuales, con lo que dije, me refiero, “presentes” en lo que llamo “mi relación contigo”, me encontré con las dos puertas que existen

en todo ser humano, como si fuera posible pasar a través de ellas. Una se muestra ornamentada con lo que denominamos simpatía; la otra aparece revestida con los sinsabores de la antipatía. Pero dispongo de ambas, de un modo imprescindible, mientras transcurre mi relación contigo. Y aunque las necesito a ellas para abordar, desde allí, la misteriosa burbuja multicolor que rellena tu alma, aprendí que nunca podré atravesarlas más allá de su umbral, para satisfacer el deseo de comprender quién eres y cuáles son los resortes a través de los cuales tu corazón palpita y tu vida respira.

Dado que explicar quién eres no significa comprenderte, sólo la intuición puede ayudarme para entrever aquello que las dos puertas abiertas celosamente ocultan, pero la intuición carece de palabras, y precisamente por eso deberé resignarme a no poder comprender “del todo” la inefable plenitud de lo que llevas contigo.

El naufragio

Frente a las noticias infaustas que torturan nuestras prevenciones, suele decirse que navegamos todos en el mismo barco y que, como ocurrió con el trasatlántico *Titanic*, no importa, en definitiva, cuál sea el camarote que habitemos: sufriremos todos un similar destino.

El asunto, sin embargo, bien mirado, arroja conclusiones que conducen hacia pronósticos mejores que, siendo más sensatos, son más saludables. Es cierto que todos deberemos afrontar una misma y mayúscula tormenta que hoy nos azota y nos colma de aprensiones. Una reflexión más cuidadosa nos revela que, siendo miembros de una colectividad integrada por personas con recursos desiguales, una metáfora adecuada consiste en sostener que habitamos en distintos barcos, cuyos tamaños y cuyas capacidades para enfrentar las inclemencias son muy diferentes, dado que representan las diferencias que existen entre las cualidades que otorgan a cada persona su particular carácter.

Es cierto que habrá barcos que habrán perdido el norte, que algunos naufragarán o encallarán en condiciones lamentables, y que otros flotarán a la deriva sin timón o con los mástiles rotos. Y será muy triste convivir en

circunstancias como esas, que pondrán a prueba nuestros sentimientos de solidaridad. Pero también es cierto que no todo ha de ser forzosamente malo, y que, entre las cosas posibles, quizás la tormenta permita que sobrevivan remanentes capaces de reconstruir, si el destino nos conduce hacia tiempos mejores.

No sólo el proverbio nos recuerda que “siempre que llovió paró”, sino que Almafuerte, en uno de sus “Siete sonetos medicinales”, nos asegura: “No han de ser tus caídas tan violentas, ni tampoco por ley han de ser tantas”.

Porchia, en cambio, nos previene acerca de nuestros pronósticos agoreros, que nacen cuando vivimos impregnados por un infausto ayer que nos dejó secuelas, y afirma: “Estoy en el ayer, en el hoy. ¿Y en el mañana? En el mañana estuve”. Pero nos equivocáramos mucho si, refugiándonos en una infantil omnipotencia, nos sintiéramos protegidos permanentemente de una destrucción futura. Por eso, Porchia también nos recuerda: “Y seguiré navegando por mares ajenos, hasta naufragar en mi mar”.

Un empeño oportuno

Dado que solemos repetir que de hombres con buenas intenciones está empedrado el camino que conduce al infierno, y que hay una gran diferencia entre la intencionalidad y el logro, se justifica hacer algunas reflexiones acerca de “la presencia en ausencia”. Recordemos que, como señala Porchia: “Ver me cuesta abrir los ojos a cuanto no quisiera ver”.

Podemos ver todo el peso que ejerce en nuestra vida el tema de la presencia real, cuando nos damos cuenta, por ejemplo, de que un contacto “en presencia” con personas que poseen para nosotros una significancia apreciable es muy distinto del otro, establecido “por vía remota” (como proliferación actual de un “encuentro” que pasó por la época de la epístola y el teléfono para desembocar en internet), que parece ser mucho más “cómodo”.

Vale la pena reflexionar, ahora, hasta qué punto nos conviene resguardarnos de “la incomodidad” inseparable del procedimiento “antiguo”, que requería un traslado que demandaba, precisamente, aquello que hoy una mayoría creciente de personas (adictas, por ejemplo, al *home working*) procura evitar.

Cómodo es todo lo que se realiza con facilidad y agrado, pero un enorme beneficio se esconde en la capacidad de rescatar valientemente, desde el olvido, el monto del precio que ayer pagamos en todas aquellas veces, tantas, en que elegimos incautamente la comodidad.

Sherlock Holmes y Jules Maigret

En el libro *Ser o no ser como la gente. Acerca de la enfermedad y la maldad*, señalábamos que dos genios en disciplinas distintas coincidieron, sin conocerse, en un mismo asunto. El comisario de Simenon menciona que un montón de gente toma un camino que no es el suyo y necesita la asistencia de alguien capaz de vivir la vida de todos los hombres. Weizsaecker, desde la psicopatología, expresa que hay quienes se colocan en un lugar desde el cual se obstruyen su propio camino y que allí, en su desubicación (“sacados”), reside el secreto de su inquietud.

Las similitudes entre el diagnóstico médico o la indagación psicoanalítica, orientados hacia la enfermedad, y la investigación policial (cuyo origen se remonta al esclarecimiento de lo que motiva la peste de Tebas) permiten que la investigación policial y la actividad “terapéutica” se iluminen mutuamente. Una, desde la justicia que representa a los intereses de la colectividad, condena o absuelve. La otra, desde la simpatía concordante, o desde la antipatía complementaria, perdona, asiste y ayuda, o funciona como una crítica que resulta inoperante.

Reconocer que Maigret completa, con su intuición, la racionalidad de Holmes no agota las virtudes del comisario de Simenon. El Maigret más conmovedor, un verdadero didacta en lo que se refiere al aprendizaje del psicoanalizar (lo que él llama su falta de método), consiste en la tranquilidad con la que asume que todo conocimiento comienza, siempre, por la capacidad para entender que no se está entendiendo.

Obesidad de la economía

La investigación psicosomatológica de la obesidad agregó un componente esencial a la interpretación “clásica”. Durante años, nos detuvimos en la equiparación inconsciente entre afecto y alimento, que conducía, con frecuencia, al intento infructuoso y “patológico” de obtener el primero a través del segundo. Profundizar en la investigación permitió descubrir que la esencia de la obesidad residía en la errónea creencia de que un “tener con qué” podía llenar la carencia de un imprescindible “saber cómo”.

Desde esa interpretación, que completa el significado inconsciente de la obesidad, se comprende que la verdadera riqueza de una vida humana sólo se logra a través de la capacidad para llegar a un rendimiento auténtico, a pesar de que, con frecuencia, se comete el error de confundirla con la cantidad de “medios” que (como el dinero) se han atesorado.

Si observamos a nuestro alrededor, contemplamos, con tristeza, que se ha llegado a una economía que lleva implícito el germen de la obesidad, que confunde tener con saber. Obsequiar un pescado es solucionar una cena, mientras que enseñar a pescar es solucionarlas a todas.

Los valores que se han malentendido y subvertido conducen inevitablemente hacia una colectividad en donde, mientras la pobreza de una inmensa mayoría aumenta, debemos incluir en ella la trágica miseria de muchos “falsos ricos” que disponen de abundantes “medios” y carecen de fines que den sentido a su vida.

La cuestión no radica únicamente en que, como a menudo se dice “sin creerlo del todo”, la plata no hace la felicidad (muchos piensan, desde el humor y erróneamente, que “la plata calma los nervios”). La plata da “poder adquisitivo”, pero la cuestión no es sencilla, porque para “adquirir” un violín no alcanza con pagar el precio que demanda su compra.

Lo cierto es que *lo que verdaderamente tengo es lo que me falta*, ya que, si nada me faltara, no sabría qué hacer. Como señala Porchia: “Miden mi poder por lo que puedo. Ignoran que mi poder se mide por lo que no puedo. Y un poder infinitamente grande es un poder infinitamente pequeño”.

Caminando

Caminando de manera imaginaria, como Dante en *La divina comedia*, en el mundo de los sueños, me encontré también (¿o tan mal?) con el cielo y el infierno. Pero allí, en ese “mi más allá” que respirando profanaba, no eran dos lugares distintos. En ese lugar extraño que entonces recorría, el cielo, sin dejar de ser cielo, era el infierno, y el infierno, “al revés”. El continuo vaivén entre uno y otro era el purgatorio.

Que cada uno de ellos fuera lo que era dependía tanto de cómo lo miraba cuanto dependía de cuál era “el hacer” que, en mi contacto con él, me imaginaba o que, en mi imaginación, me proponía.

Allí estaba caminando... y sintiendo que, como sostiene Machado, “no hay camino, se hace camino al andar”, y que, “al volver la vista atrás, se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar”.

¡Sí! Seremos olvidados. Nuestra humanidad viene del *humus*, que es el polvo “del cual provenimos y al que volveremos”, si desplegamos el tiempo en antes, ahora y después. Pero caminando... como Dante... cuando la vida es sueño, allí, y sólo allí, me encuentro “en el niño que fui mientras lo sigo siendo”.

El conocimiento y la razón de Virgilio nos abandona pronto, pero Beatriz, en cambio, es “la fe” que proviene del medio vaso lleno con el combustible que mantiene encendida nuestra persistente esperanza, que dura exactamente lo que dura nuestra vida.

Caminando en los sueños, desde Virgilio a Beatriz, volvemos a encontrar lo que viviendo olvidamos. Solemos incurrir en el error de pedir que la esperanza nos encienda la vida, mientras ignoramos que la llama de la vida es lo que enciende la luz multicolor de la esperanza.

Difícil, si no imposible, es olvidar lo malo sin olvidar lo bueno o recordar lo bueno sin recordar lo malo. Más difícil aún es comprender que ambas situaciones no existen si no estamos con ellas, en convivencia “fraterna”. Es malo aceptar lo malo, por miedo a lo peor. Es bueno disfrutar de lo bueno, buscando lo mejor.

Ser y estar

Porchia, en *Voces*, escribe: “Hoy no podría habituarme a como seré mañana, mañana sí”. Pero además señala: “Ser alguien es ser alguien solo. Ser alguien es soledad”. Y también: “Sí, esto está mal. Pero estuvo bien. Y ahora no comprendo cómo pudo estar bien. Y ahora no comprendo cómo puede estar mal”.

Los hispanohablantes establecemos una diferencia entre ser y estar que no existe en otros idiomas, como, por ejemplo, en francés, o si existe, como ocurre con el italiano, se usa con matices que no coinciden totalmente con los que alcanza en el idioma español.

A pesar de que lo que soy puede evolucionar, con el vocablo “ser” me refiero a cualidades permanentes, mientras que con la palabra “estar” aludo a una propiedad o atributo transitorio, configurado por un tiempo, por un lugar o por una condición que considero anímica.

No hace falta ser chino para sentirse en el centro del mundo (la palabra “China” —*Zhongguo*— significa “nación central”), dado que, cuando nos movemos, nuestro horizonte se traslada, junto con nosotros, de un modo en que siempre permanecemos en el centro.

No tendría sentido mencionarlo si no fuera porque, junto con esa fuerte impresión que nuestros sentidos arrojan, coexiste la íntima convicción (derivada, como es natural, de que los otros piensan, sienten y dicen lo mismo) de que nadie acepta nuestra “centralidad” y de que, además y sobre todo, no aceptamos (para mal o para bien) sentirnos responsables de la mayor parte de aquello que sucede a nuestro alrededor. La queja que me victimiza y que tantas veces utilizo pone, sin embargo, el centro de mi vida en ti.

Que otros, como tú, piensen y sientan, y que “mi” cuerpo proceda sin la intervención de mi consciencia, ya pone en crisis la idea peregrina de que estoy ocupando el centro de ese mundo que con frecuencia llamo “mío” (“miyo”). Si es cierto que, como señala Porchia, “nadie está hecho de sí mismo”, es natural, y nada tiene de trágico, que nadie sea el último y definitivo dueño de sí mismo.

Gracia y desgracia

La palabra “gracia” alude a un reconocimiento o favor divino, y su pérdida constituye, en última instancia, el sentido original de la palabra desgracia. “Gracia” (lo mismo que “grado”, que denota voluntad y gusto y de donde surge el vocablo “agradable”) deriva de *gratus*, origen de la palabra “grato”.

En el libro *Las cosas de la vida. Composiciones sobre lo que nos importa*, subrayamos la existencia de tres desgracias significativas.

Una consiste en vivir enamorado de una persona, mientras que, “casado” con otra, se conviven con ella la mayor parte de las horas que trascurren y que no volverán.

Otra sucede cuando la tarea a la cual se dedica la mayor parte de las horas que trascurren y no volverán en nada coincide con el “pasatiempo” que suele denominarse *hobby*, y que realmente complace.

Una “tercera” reside en que la tarea a la cual dedicamos complacidos la mayor parte de las horas que trascurren y no volverán, que sentimos fructífera y se prolonga en discípulos, alumnos o colaboradores, no se prolongue

en los hijos “carnales” que generamos como productos del amor.

Cuando describíamos estas tres desgracias, también decíamos que suele ser muy difícil lograr evadir a las tres.

Pero el “signo” que caracteriza “los tiempos” que nos toca vivir, motivo de estos apuntes de todos los días, evoluciona y cambia. Aunque las tres desgracias que mencionamos continúan vigentes, lo que hoy convivimos nos arroja una cuarta de índole distinta.

Durante años sentimos que en los actos normales del convivir cotidiano estábamos, de manera clara, muchas veces presentes y otras tantas ausentes. Podíamos, sí, imaginar una presencia en ausencia, pero nunca antes de hoy había existido ese mundo intermedio de una presencia “virtual”.

Esto no sólo se manifiesta en el nacimiento de una palabra que antes no existía, cuando, para referirnos a un encuentro entre dos seres humanos, decimos que fue “presencial”. También ha creado una nueva adicción, la preferencia y el estímulo de un *home working* (de padres e hijos) que, con indeseada frecuencia, conduce a perturbar gravemente la convivencia en familia.

El dilema de las redes sociales
(fragmentos del libro
Psicoanalizar. Arte y teoría)

Frente a la belleza de una ballena habitando en su mundo natural, o de un árbol gigantesco que aloja entre sus ramas otras vidas, conmueve reparar en que, una vez muertos y “procesados”, adquieren “en el mercado” un mayor valor. Por desgracia, algo similar ocurre con un niño o un adulto, víctimas de una adicción que “implanta” hábitos que estimulan, de manera equívoca, la secreción de neurotransmisores que generan placer.

La cuestión redobla su importancia si dejamos de negar que somos “procesados”, de manera subliminal (y también nuestros hijos), por el uso de una web que opera en nanosegundos y que crece e improvisa por “su cuenta”, liberada del control de sus artífices. Jamás había sucedido con herramientas anteriores, como el martillo o la bicicleta. Prestemos atención al hecho de que sólo dos “industrias” llaman a sus clientes “usuarios”, la del narcotráfico y la del *software* (el verdadero “cliente” es un tercero que usufructúa la red).

Descubrir la existencia de redes autogestantes (para las cuales se creó la expresión “una tela sin araña”), con un crecimiento asombrosamente gigantesco si lo comparamos con el del cerebro humano, permitió constatar dos inesperadas cualidades que descalificaron la inicial actitud con que se abordó su estudio, suponiendo una distribución homogénea de los vínculos (“una utopía de igualdad”). Descubrimos que no sólo algunos integrantes (denominados *influencers*) participaban en un mayor número de relaciones, sino que, además, el 20% de tales integrantes “convocaba” al 80% de los vínculos. Por otra parte, salvo raras excepciones, ninguno de los habitantes del planeta estaba separado de un contacto “presencial” con otro por más de seis intermediarios.

La sorpresa no se detuvo en ese punto, porque por fin se llegó a comprender que se trata de una “jungla” de conexiones interdependientes y fractales, con diferentes grados de resistencia a su desmembramiento, que existen en el ecosistema del planeta desde hace billones de años (mucho antes de la informática “creada” por el hombre), trascendiendo en su importancia al universo humano.

Hacer tiempo

Wimpi, el talentoso humorista uruguayo, se refería a ese algo en común que llevamos dentro, a lo cual se alude diciendo “el hombre de la calle”, llamándolo “el tipo”. Se preguntaba, entonces, por qué cuando el tipo no hace nada dice que está haciendo tiempo, y cuando necesita tiempo dice que no tiene.

Decimos que necesitamos “hacer tiempo” cuando no ha llegado todavía el momento en que puede realizarse algo que esperamos sin poder, mientras tanto, pensar o ejecutar una acción que nos importa. Pero lo que en verdad sucede es que sentimos que lo que necesitamos hacer no es tiempo, sino, muy por el contrario, hacer algo con el tiempo que transcurre en ese mientras tanto.

Cuando reparamos en que lo que hacemos con esa intención suele denominarse “pasatiempo”, nos damos cuenta de la frecuencia con la cual interviene en las polifacéticas vicisitudes que atraviesan las vidas humanas.

Si nos preguntamos qué incluiríamos en lo que hacemos para “pasar el rato” (sobre todo en el “finde”, en donde se corre el peligro de que sea “tranqui”), la cuestión alcanza un tamaño y una amplitud que sorprende.

El teléfono, como un “juguete” rico en solitarios o para hablar con alguien. El televisor o la web, que ofrecen noticias y espectáculos. Salidas en las que se encuentra, además de otra vez espectáculos, amigos, comidas y copas. Vacaciones, que prometen “escapadas” más largas que repiten el intento inútil de anular ese tipo de cansancio que no desaparece descansando. Y la lista de todo lo que, surgiendo de tales motivos, se ha logrado inventar se vuelve interminable.

Tal vez la cuestión se ilumine mejor preguntando, en dirección contraria, qué es lo que cabe hacer cuando nos acomete ese particular estado en donde los impulsos que, incitando nuestros actos, le otorgan el carácter de actividades excitantes se desestructuran del modo que denominamos aburrirse, transformando el momento que vivimos en un lamentable “tiempo muerto”. Y la respuesta es sencilla, porque puede ser una sola. Haciendo algo que trascienda nuestros momentáneos intereses “personales” y genere un bienestar compartido.

El presente atemporal

Solemos vivir entre la nostalgia, que ocurre cuando nuestras esperanzas son débiles, y el anhelo que surge cuando disponemos de una cierta confianza en nuestras capacidades. Nietzsche escribió que el arrepentimiento es una asquerosidad, pero, sin llegar a ese extremo, podemos afirmar que el arrepentimiento sólo funciona bien cuando nos otorga una enseñanza. Si el arrepentimiento puede incurrir en un perjudicial exceso, toda preocupación frente al porvenir es una forma de holgazanería que desperdicia y sustituye la posibilidad de ocuparse “en realidad”. Clint Eastwood, a sus 92 años, cuenta: “Mi secreto es el mismo, mantenerme ocupado. Nunca dejo que el viejo entre en casa”.

Veamos, por ejemplo, la preocupación frente a la muerte y la sabiduría con que responde un niño que, como sabemos, antes de la poda neuronal de los 6 años, puede pensar como un genio: “Muerte es que todos se mueran y yo me quede solo”.

Freud sostenía que Copérnico infligió a la humanidad una injuria narcisista cuando sostuvo que la Tierra no era el centro del universo. La segunda injuria provino de Darwin y su afirmación de que el *Homo sapiens*

pertenece al grupo de primates y surge de una descendencia común mediante un proceso de selección natural. El psicoanálisis produjo la tercera cuando afirmó que la conducta humana estaba determinada por significados inconscientes que ignoramos. Creo que cabe agregar una cuarta, “yoica”, cuando nos damos cuenta de que, en palabras de Porchia, “nadie está hecho de sí mismo”. Tal vez Eastwood puede vivir como vive porque lo ha comprendido. Y lo mismo puede decirse de Bergman cuando (en *Las tres caras de Eva*) sostiene: “La vida no admite preguntas, tampoco nos da respuesta alguna. La vida florece, simplemente, o se niega”.

Todo lo que es es presente, porque lo pasado fue y lo futuro será. Sin embargo, el psicoanálisis distingue un “presente atemporal” en el cual una parte de lo que fue no ha dejado de ser y una parte de lo que será ya es ahora. Así sucede, por ejemplo, con lo que llamo “yo”.

Con el diario del lunes

Simenon, en dos libros, *Memorias íntimas* y *Cuando yo era viejo* (refiriéndose, años después, a cuando cumplió 60 años), publicó relatos autobiográficos que parecen ser ficticios. Sin embargo, la cuestión es más profunda, porque cabe preguntarse cuál es el significado de la palabra “historia”.

Los ingleses disponen de dos palabras, *history* y *story* para diferenciar entre la enunciación de algo “objetivo”, que ha sucedido realmente, y el relato “subjetivo” de acontecimientos teñidos por la particularidad de la persona que los narra. Dos significados que en castellano diferenciamos usando una misma palabra, “historia”, para referirnos a una disciplina “científica” y a un relato cuyos constituyentes y cuyos acentos dependen de la particular persona que lo enuncia (y que ha dado lugar a la expresión: “No me vengas con historias”).

Un tema crucial, que nos recuerda el título de un libro de Vargas Llosa, “la verdad de las mentiras”, y que convoca, inevitablemente, a su contrapartida, la mentira, ineludiblemente comprometida en las motivaciones inconscientes que nos acompañan cuando nos proponemos enunciar verdades.

Ese tema, como es natural, se relaciona con la presunta “fidelidad” de los recuerdos. Recuerdos frente a los cuales los jueces, que acumulan experiencias, suelen preguntarse si no han sido, muchas veces sin mala fe, *desde hoy* trastocados.

Lo que hasta aquí expusimos quedaría lamentablemente mutilado si omitiéramos considerar que lo hemos explorado dentro de la concepción del tiempo más “habitual”, que es cronológica. Si procuramos, en cambio, contemplarlo desde un presente atemporal en el que lo pasado no ha terminado de ocurrir y lo porvenir ya ha comenzado, la posibilidad de evaluar la “fidelidad” de un testimonio mejora, “más allá” de la buena o mala fe del que atestigua.

Una jugosa anécdota nos acerca a la vivencia de la atemporalidad de “un tiempo” que, además, es más *kai-rós* que *cronos*. Le preguntaron a un anciano filósofo: “¿Cuántos años tiene?”, y luego de su respuesta asombrosa: “Se me ocurre que unos cinco años”, aclaró: “Usted me preguntó cuántos años tengo, no me preguntó cuántos tuve”.

El valor de los sueños

Cuando decimos, desde Freud, que los sueños “son” realizaciones de deseos, solemos querer decir que en ellos “vemos” un deseo nuestro realizado, dando por sentado que, cuando despertemos, comprobaremos que “sólo ha sido un sueño”.

Sin embargo, cuando dormimos continuamos un soñar nuestro que es continuo. Porchia señala que “durmiendo sueño lo que despierto sueño. Y mi soñar es continuo”, y lo refuerza agregando, más tarde: “A veces sueño que estoy despierto. Y es así como sueño el sueño de mi sueño”. De ese modo enfatiza lo que Freud denominó “sueños diurnos”. Melanie Klein subrayó su ubicuidad sosteniendo que constituyen fantasías inconscientes que impregnan nuestra vida.

La cuestión adquiere toda su importancia si, más allá de que solemos decir “tengo un sueño”, para referirnos a un deseo que permanece insatisfecho, reparamos en que el sueño es un “hacer” que modifica “en realidad” las circunstancias sobre las cuales opera. ¿Podemos decir “en verdad” que todo prosigue igual después de haber soñado? ¿Podemos sostener acaso que, como suele decirse, “soñar no cuesta nada” y nada se elabora?

Borges lo aborda desde otro ángulo cuando, en “Las ruinas circulares”, señalando a un hombre que duerme, le expresa a su interlocutor que el durmiente, con su sueño, le otorga a ese interlocutor su existencia.

Un viejo sabio chino soñó que era una mariposa y, cuando despertó, no sabía si era un hombre que había soñado que era una mariposa o, en cambio, era una mariposa que ahora estaba soñando que era un hombre.

Sueño y mentira conviven en un mundo de ilusión cuyos efectos son reales. Luego de haber comprendido que no es cierto que soñar nada cuesta, porque “sólo es un sueño”, también comprendemos que la verdadera tragedia del abusar mintiendo no reside en que “en boca del mentiroso lo cierto se hace dudoso”, sino en que conduce a creer que todos mienten igual. Siempre habrá malos y buenos, pero mientras mi maldad me condena a vivir en un mundo en donde predominan los malos, sólo mi bondad me permitirá descubrir que también existen personas que son buenas.

Fidelidad y obsecuencia

El vocablo “fidelidad” (“fiel” significa, en su origen, seguro y constante) denota la firmeza y constancia de los afectos, obligaciones e ideas, y en el cumplimiento de los compromisos establecidos. Y “obsecuencia” (pariente de obsequio y agasajo) alude a una obediencia, sometimiento o amabilidad que, fingidas y ficticias, sólo se asumen por conveniencia propia y por temor.

Entre todas las circunstancias en las cuales acontecen, en la convivencia humana, agrupaciones de personas, podemos distinguir tres, la familia, el grupo de pertenencia y la filiación política, que son muy prototípicas. Por eso resultan muy apropiadas para comprender la fundamental importancia que posee distinguir entre la fidelidad y la obsecuencia.

La familia, que engendra familiaridad, ya desde sus orígenes se reúne en torno al techo y la comida y ha evolucionado condicionada por la influencia de los lazos de parentesco.

Los grupos de pertenencia, que se reúnen determinados por una comunidad de intereses que surgen de compartir la habitación de un solar y el desarrollo de actividades o aficiones comunes, inclinan el ánimo hacia

“vocaciones” que conducen a diversos desempeños funcionales, que culminan en las distintas habilidades que denominamos oficios o profesiones.

Los partidos políticos están constituidos en torno de las diferentes maneras de concebir la política, que es la actividad dedicada al gobierno de la “polis”, es decir, de la ciudad conformada por una convivencia civil, civilizada, que conduce a la constitución de una particular nación y al establecimiento de un Estado que fija sus parámetros.

Para comprender la enorme significancia que posee distinguir entre fidelidad y obsecuencia en la familia, en el grupo de pertenencia y en la política, es suficiente con reparar en que la obsecuencia, sea por conveniencia y por temor, sea con consciencia o sin ella, oculta un sentimiento penoso y hostil que conlleva el deseo de liberarse de la supuesta imposición de un vasallaje. Se comprende, entonces, que si esa supuesta liberación ocurre, traicionará, de manera manifiesta o encubierta, precisamente aquello que antes defendía.

Estar vivo

Simenon afirma (como Freud) que la fecha más importante en la trayectoria vital de todo ser humano es aquella en la que ocurre la muerte de su progenitor del mismo sexo. Siente, entonces, que recaer sobre él una responsabilidad que antes, proyectando, delegaba en ese progenitor. Recordemos lo que dice Porchia: “Mi padre, al irse, regaló medio siglo a mi niñez”. Que con frecuencia no ocurra durante la niñez, aunque suceda cuando ya se han vivido muchos avatares, podrá cambiar la forma en que la herida duele, pero en nada disminuye la significancia de lo que acontece en esas circunstancias.

También afirma Simenon que nadie se muere “realmente” hasta que ya no quede quien lo haya conocido vivo. Así nos introduce en algunas reflexiones acerca de la forma en que “permanecemos dentro” de otras personas, adquiriendo un significado importante en el trascurso de sus vidas.

Queda más claro cuando lo contemplamos desde la vertiente opuesta. No cabe duda de la profunda influencia que ejercen, en cada uno de nosotros, nuestros allegados, especialmente aquellos frente a los cuales sentimos que (como lo sostuvimos en *¿Para qué y para quién*

vivimos? El camino de los sueños) “para ellos” vivimos, dedicándoles, de manera manifiesta o encubierta, la parte más valiosa de todo lo que nos produzca orgullo. Tampoco cabe duda de que nuestra vida entera carecería de sentido si nos viéramos obligados a tener que transitarla sin ninguna posibilidad de compartirla, no sólo en sus momentos más penosos, sino más aún y sobre todo en aquellos otros, agradables, en los cuales florece el bienestar. Estar vivo es inseparable de compartir la vida. Recordemos la sabia sentencia pronunciada por un niño antes de la “poda neuronal” que ocurre alrededor de los 6 años: “La muerte es que todos se hayan muerto y yo me quede solo”.

Porchia dice lo mismo en tres frases distintas: “Creo que de uno solo no hay nada. Ni la soledad”; “Desde que yo solo sé qué me sucede, no me sucede nada”; “Un hombre solo es mucho para un hombre solo”.

La discriminación y el aprecio

La palabra “discriminar”, derivada de “crimen” (como “incriminar”), significaba en su origen distinguir entre inocente y culpable. Es un sinónimo de “discernir” y alude, de manera inequívoca, a la actividad de “cernir”, que consiste en refinar un conjunto de partículas disímiles a través de una criba, cedazo o tamiz que permite separar elementos de diferente grosor. Discriminar constituye una capacidad singular y valiosa, cuyo ejemplo más prototípico se encuentra en la función que los riñones realizan.

El término “discriminación” suele utilizarse habitualmente, sin embargo, con un significado peyorativo, para referirse a una actitud censurable por obra de la cual alguien “discriminado” se convierte, de manera injusta, en una víctima de la desconsideración, el rechazo y el desprecio.

A pesar de que cae por su propio peso que una cosa es reconocer las diferencias existentes y otra, muy distinta, es atribuir a cada una de ellas un cierto grado de “culpa” o “inocencia”, suele pensarse, desaprensivamente, que las diferencias en sí mismas “están mal”, y que es mejor negarlas que reconocerlas. Ocurre así hasta llegar

al extremo absurdo de incurrir en la falacia de que “nivelar hacia abajo” carece de las infaustas consecuencias que luego nos aquejan. Sucede, sin embargo, que sostenemos que hay que anular las diferencias, sólo cuando sentimos que recibiremos menos. Nunca pretendemos anularlas cuando deseamos ser amados, o cuando, frente a lo que consideramos nuestros logros eficaces, reclamamos elogios.

Acude de inmediato a la memoria la sátira que George Orwell introduce en su célebre *Rebelión en la granja*, inspirada en las distopías que han surgido de algunas utopías. Comienza destacando que “todos los animales son iguales” y finaliza con un principio rector al cual se arriba inevitablemente: “Todos los animales son iguales, aunque hay algunos que son más iguales que otros”.

Es fácil compartir proyectos y repartir promesas, mientras se disminuyen requisitos y se postergan acciones. Lo difícil es sentirnos bien mientras lo hacemos, aunque muchas veces logremos convencernos de que, en última instancia, “ya veremos”.

Edipo, Prometeo y Narciso

La disolución del complejo de Edipo

Un sepultamiento verdadero y total de un muerto dueñado que no resucita (nacido de la transformación de las fuentes metahistóricas del complejo de Edipo) equivale a la curación genuina de su protagonista (cuya raigambre cardíaca proviene del mesodermo embrionario). Un tal desenlace, increíble, sólo puede suceder si su querer enfermizo, que surge del intenso atractivo que proviene precisamente de lo prohibido (oído en las palabras proféticas del oráculo), adquiere la cordialidad que deriva de un amor verdadero.

La desaparición del tormento prometeico

La verdadera liberación de la tortura que sobreviene cada día con el pico del águila (nacida de la transformación de las fuentes metahistóricas de la condena que sufre Prometeo) equivale a la curación genuina de su protagonista (cuya raigambre hepática proviene del endodermo embrionario). Un tal desenlace sólo puede suceder si su arrogante desafío

a los dioses (representantes de la omnipotente vida instintiva) abandona los sueños ociosos de Epimeteo, su “otro yo”, y confiando en su capacidad de llegar con palabras a los oídos de Zeus se desprende de la pasión enfermiza que surge de su envidia, atravesando el duelo que lo conduce a tener por lema la parcialidad.

La disolución del equívoco narcisista

La verdadera liberación del error (nacido de la transformación de las fuentes metahistóricas) que sume a Narciso en la penuria del hambre y la sed equivale a la curación genuina de su protagonista (cuya raigambre cerebral proviene del ectodermo embrionario). Un tal desenlace sólo puede suceder si se aleja del irresistible y seductor atractivo visual de los espejismos que no osa abandonar y de la contemplación enfermiza del revés de sí mismo: el Narciso que ven los demás. Para recuperar, de ese modo, el narcisismo sano que describe la metapsicología freudiana, y llegar, desde allí, al genuino amor por los otros y a la amabilidad que le hace falta para salir de su funesta existencia.

Corazón, hígado y cerebro

El psicoanálisis nació como una cura que se realiza hablando. El paciente recuperaba episodios que le provocaban una intensa movilización afectiva. Joseph Breuer creó un término, “abreacción” (reacción desde), para sustituir la idea de catarsis, que aludía a purga y purificación. El psicoanálisis, desde sus inicios, enfatizó la importancia de lo emocional, que la psicología cognitiva popularizó, en 1970, con el nombre “inteligencia emocional”. De ese modo, el corazón (actual representante privilegiado de los sentimientos que los antiguos atribuían al hígado, como “asiento de las pasiones”) comenzó a compartir la preeminencia psicológica que poseía el cerebro. La investigación sobre los significados inconscientes de las enfermedades hepáticas (publicada en 1963 en *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*) condujo a múltiples derivaciones teóricas y, entre ellas, a reconocer una inteligencia “hepática” práctica, junto a la racional, representada por el cerebro, y la emocional, representada por el corazón. Tres inteligencias que, en proporciones que varían en cada persona, manifiestan los comportamientos a los que aludimos con la expresión “tres maneras de la vida”.

La cuestión redobla su importancia cuando comprendemos que, dado que hay tres capas celulares que desarrolla el embrión y que evolucionan para formar a todos los órganos del cuerpo, esos tres insustituibles, cerebro, hígado y corazón, son los representantes privilegiados del ectodermo, el endodermo y el mesodermo.

Entre la innumerable cantidad de personajes que habitan en las leyendas y en los mitos, hay tres que sobresalen en la obra freudiana, Edipo, Prometeo y Narciso. Cuando accedemos a las múltiples variantes proteiformes de sus “biografías” que transcurren en ese mundo particular en donde la contradicción no existe, nos encontramos con que en todos ellos funcionan las tres maneras de la vida, pero en Edipo predomina el corazón, en Prometeo, el hígado, y en Narciso, el cerebro. Los tres están “muy enfermos”, y por eso sus historias son tragedias. Y aunque el camino “de vuelta” a la salud se divisa con claridad meridiana, también se comprende que raya en lo imposible.

Robots

El desarrollo de una tecnología avanzada nos obsequia, hoy, la realización de posibilidades que hasta ayer parecía que sólo podrían alcanzarse en sueños. Entre ellas, ocupa un lugar destacado la inteligencia artificial, de la cual hoy se esperan resultados que encierran peligros. Es erróneo y descabellado menospreciar el valor de una enorme cantidad de espléndidos logros. Pero, por desgracia, se oyen y se leen afirmaciones, respaldadas por personas que gozan de prestigio, de que habrá robots que podrán decidir y realizar operaciones diagnósticas y quirúrgicas y conducir medios de transporte o cualquier tipo de máquina sin necesidad de intervención humana.

Norbert Wiener, el creador de la cibernética, en *Dios y Golem S. A.*, ya nos había advertido que, para que un robot pudiera comprender el significado de una locución, un deseo o una necesidad humana, debería estar constituido, en carne y hueso, hasta la última célula, como un ser humano. Porque tenía claro que la inteligencia, que requiere sensibilidad y sensatez, no es un producto que sólo deriva de un cerebro. Lo ilustra con un cuento, “La pata de mono”, pata que podía cumplir tres deseos, pero encerraba la tragedia de que los cumpliría

sin comprender la inacabable lista de cuestiones que debían ser evitadas y que cualquier ser humano sabría sin necesidad de decirle. Así, en el relato, una señora pide el dinero que necesita para arreglar el tejado, y lo recibe como indemnización por la muerte de su hijo; el segundo deseo es que su hijo recupere la vida, y vuelve, entonces, bajo una forma que no es la humana; el tercer y resignado deseo será que desaparezca esa forma monstruosa en la que el hijo regresa.

El mismo asunto se transmite, en forma humorística, en un conocido relato que no proviene de la ciencia, sino de la intuición colectiva. Un árabe, en el desierto, encuentra un genio que le ofrece cumplir tres deseos. Pide ser blanco, que no le falte el agua y que las mujeres se desnuden en su presencia. Y el genio los transforma en un bidé.

Mentir

Me comentan, con el respaldo de un director del departamento dedicado a la inteligencia artificial en una universidad europea, que un robot no puede mentir. Desde ya, no está mintiendo si lo han programado para que conteste falsamente. Mentir lleva implícita otra capacidad. Para mentir *motu proprio*, tiene que “convenirle”, y para eso tiene que ser consciente de su propia existencia. Son rendimientos sin duda difíciles, pero cosas semejantes se han hecho, y nada autoriza a decir que son imposibles.

Es cierto que para un robot es imposible comprender cabalmente el significado de una locución, un gesto o un acto que provienen de un ser cuya estructura física es distinta. Pero también es así para cualquier ser vivo que no comparta la misma estructura, en su constitución orgánica, con aquel otro que procura comprender. ¿Cómo será ser pulpo, ser rana o ser murciélago? En un “apunte” anterior, ilustrábamos este mismo asunto con algunos ejemplos que nos ofrece Norbert Wiener, el “creador” de la cibernética.

Un ser humano “sabe”, aunque algunos “entendidos” lo nieguen, que un robot, carente de sus vísceras, por

mejor que sea su cerebro artificial, jamás podrá comprender sus sentimientos. Konrad Lorenz, el famoso etólogo, se defiende (en *La otra cara del espejo*) de quienes lo acusan de “antropomorfizar” los animales, diciendo: “O comprendemos algo así, o nada, absolutamente, comprendemos”. ¿Acaso no sucede, en el fondo, lo mismo cuando alguien que acaba de perder a su madre intenta explicarle lo que siente a quien disfruta de su madre viva?

No es lo mismo el saber “cerebral”, que permite *entender* lo que “se dice”, que el saber “cardíaco”, que proviene de que alguna vez se ha logrado *comprender* lo vivido, y que el saber “hepático”, porque se pudo llegar a *creer* lo que continuamente ha sucedido.

Recordemos de dónde surge lo que “convence” a Porchia: “Cuando digo lo que digo, es porque me ha vencido lo que digo”. Y también, dicho sea de paso: “El hombre lo juzga todo desde el minuto presente, sin comprender que sólo juzga un minuto: el minuto presente”.

El dis-curso de la vida

Antonio Muñoz Feijoo escribió: “No son muertos los que en dulce calma / la paz disfrutan de su tumba fría / muertos son los que tienen muerta el alma / y viven todavía”. Como señala Weizsaecker, vivir y morir no son antónimos, porque se comienza a morir desde el inicio de la vida.

Así como se piensa, erróneamente, que un auto no se deteriora si se lo mantiene sin uso en un garaje, suele pensarse que la vida no transcurre si uno “deja de usarla” para dejar de gastarla. Por eso hay tanta gente “muerta en vida”, y es tan común vivir muriendo, cuando es mucho mejor morir viviendo.

Es necesario no sucumbir al temor frente a lo que puede deparar la vida. Recordemos cómo comienza Almafuerite sus siete sonetos medicinales: “Si te postran diez veces, te levantas / otras diez, otras cien, otras quinientas: / no han de ser tus caídas tan violentas / ni tampoco, por ley, han de ser tantas”.

Entre las calamidades que comporta el egoísmo, abundan las que transcurren en un entorno impregnado por una mal disimulada hostilidad, que engendra culpa y genera la voluntad de establecer una distancia que contribuye a incrementar los sentimientos de culpabilidad.

Quien fue mi maestro de clínica médica, Mario Pantolini, me contó las circunstancias, desde un punto de vista paradójicas, en que uno de sus primeros clientes en el vecindario, un anciano que murió cuando comenzó a ocuparse de él como su nuevo médico, determinaron que su familia le expresara, con emoción, su agradecimiento por el rápido desenlace.

Si tenemos en cuenta que el curso de una vida puede contemplarse como lo que conduce a pensar que hemos asistido a una muy buena conferencia, cabe decir que la vida, como los discursos que merecen ser apreciados, debe terminar cuando todos desean que prosiga todavía.

Agreguemos que, en la vida, como en las conferencias o en las interpretaciones que pronuncia un psicoanalista, sucede, una vez más, como señala Goethe: “El ocaso de las primeras palabras comienza en las segundas palabras”.

El regalo que llamamos vida

Cuando pensamos en las personas que no saben de qué progenitores han nacido, o fueron abandonadas e ignoradas por sus padres y nunca han integrado una familia, comprendemos que es una maravilla haber nacido del amor de dos personas que nos amaron o nos aman y haber disfrutado de un hogar y una familia, cuyo recuerdo, cuando ya no podemos disfrutar de su presencia, nos sostiene todavía.

La naturaleza, que nos acuna con el canto de los pájaros y la belleza de las flores, también nos ofrece el conmovedor testimonio de los vegetales que necesitan el sol y trepan por el resquicio que les permite el muro. De seres humanos que han sufrido calamidades surgidas de catástrofes naturales o artificiales. De guerras, enfermedades o hambrunas producidas por civilizaciones distópicas que, desde alfa a omega, no sólo ofrecen un medio conveniente a los pequeñísimos microbios que intentan, en cada minuto de su azarosa vida, sobrevivir como pueden, sino también a políticos que ansían un poder ilimitado y que buscan su lugar entre negociados tentadores.

¿Será una única verdad lo que señala Porchia?: “El hombre no va a ninguna parte. Todo viene al hombre,

como el mañana”. ¿O será como en la canción “A mi manera”, que inmortalizó Frank Sinatra?: “Y ahora el final está aquí, / y entonces me enfrento a esa cortina final. / Mi amigo, dejaré bien claro, / ha sido mi caso, / del cual estoy seguro, / he vivido la vida, es decir, a pleno, / he recorrido cada uno y todos los caminos, / y más, mucho más. / Lo hice, lo hice a mi manera”.

La vida es un regalo maravilloso, y cuando comenzamos a recorrer sus últimos tramos, como sucede en lo que canta Sinatra, también nos damos cuenta de que estuvo bien así (¡como fue!) y que carece de sentido *contabilizar un debe y un haber*, en este mundo complejo en donde (como también dice Porchia) “nadie está hecho de sí mismo”. O como señala Campoamor: “Nada es verdad ni mentira. / Todo es según el color / del cristal con que se mira”.

Tres presentes...

La experiencia constituida por un proceso psicoanalítico nos enfrenta, de tres maneras distintas, con “ese particular presente” que el progreso del procedimiento nos conduce a descubrir. En la primera de ellas, el logro que se alcanza mediante el psicoanálisis proviene de interpretar, entonces, de otro modo el presente cronológico, insertado entre un pasado y un futuro que “son” ahora, distintos del ayer, tal como en la actualidad los “vemos”. En la segunda, se valora un presente kairológico, cuyo transcurso ya no depende de lo que marca el reloj, sino de la importancia de los acontecimientos que suceden. En la tercera, se accede a la conciencia de un presente “atemporal”, dentro del cual lo que ha pasado no ha terminado de operar y lo porvenir ya ha comenzado actualmente su influencia.

La conciencia que adquirimos acerca de esos tres presentes distintos es un logro que proviene de la evolución del arte y la teoría implícitos en la forma de psicoanalizar. Prosiguiendo por ese camino, el libro *El presente que el psicoanálisis descubre* (escrito con Oxana Nikitina) se ocupa de la necesidad de sustituir las interpretaciones en el “aquí y ahora” por otras que incluyan precisamente aquello que al paciente le ocurre de manera ubicua.

Es necesario subrayar, sin embargo, que ha sido la práctica, más que la teoría misma, lo que nos condujo a modificar la forma de concebir la teoría y la comprensión de la repercusión “afectiva” de los significados de las palabras, más que la captación intelectual de los significados semánticos de ellas. También es necesario destacar que las “ideas” son “hipó-tesis” que nos llevan hacia las tesis que asumimos, y que el destino de una tesis consiste en preparar el advenimiento de otra, mejor, que se alimentará de sus despojos.

Biografías de Edipo, Prometeo y Narciso El malentendido, la falacia y la paradoja que se oculta en su tragedia

Cuando accedemos a las múltiples variantes proteiformes de las “biografías” de Edipo, Prometeo y Narciso, que transcurren en ese mundo particular en el que la contradicción no existe, nos encontramos con que, en todos ellos, funcionan las tres maneras de la vida, pero en Edipo predomina el corazón, en Prometeo, el hígado, y en Narciso, el cerebro. Los tres están “muy enfermos”, y por eso sus historias son tragedias. Y aunque el camino “de vuelta” a la salud se divisa con claridad meridiana, también se comprende que raya en lo imposible.

Más allá de los destinos funestos protagonizados por Edipo, Prometeo y Narciso, corazón, hígado y cerebro se manifiestan cotidianamente con los sinsabores del malentendido que malogra la cordialidad, la falacia que precipita en el fracaso y la paradoja que conduce al desconcierto. Cada uno de ellos es un punto de llegada que nos decepciona, pero también un punto de partida hacia nuevos horizontes que no siempre se divisan y nos llenan de inquietudes que oscilan entre el desasosiego y el sabor de la aventura.

Cada minuto de la vida es una despedida que sólo se compensa caminando hacia una nueva adquisición. A veces es un campo florecido y, otras, un misterioso portal. Con seguridad o sin ella, vivir es un andar hacia delante, abriendo un camino que se opone a la ilusión de volver.

Mañana

Antonio Porchia, que escribe: “El hombre no va a ninguna parte, todo viene al hombre, como el mañana”, y también: “Hoy no podría habituarme a cómo seré mañana; mañana sí”, agrega: “La verdad, que debería ser lo eterno, es siempre lo recién nacido o lo recién muerto”.

William Blake enriquece esta cuestión cuando señala: “La verdad no puede ser dicha de una forma que sea comprendida y no sea creída”.

¿En qué quedamos, pues? Por un lado, lo que ocurre me sorprende y pienso que me ocurre “sin querer”. Por el otro, hago lo que hago porque creo que eso puede cambiar lo que “está por suceder”.

Erwin Schrödinger, insigne físico y filósofo, formula el dilema de este modo: “Sé que estoy determinado por el movimiento de los átomos y vivo convencido de que lo que hago influye en los acontecimientos que suceden”. Y concluye afirmando que la única forma de conciliar estas dos sentencias es sostener que “yo” soy el que determina el movimiento de los átomos. Pero ese “yo” que determina el movimiento de los átomos no es lo que uno piensa y siente cuando dice “yo”. Se acerca, en cambio, al yo-tú del antiguo pensamiento oriental y a la vivencia mística de

comuni3n con un conjunto indiviso que trasciende los l3mites de nuestra propia piel.

Porchia, que nos recuerda que “la p3rdida de una cosa nos afecta... hasta no perderla toda”, menciona la necesidad de llegar a otro estado de consciencia, sin el t3 tú ni el yo, y ha escrito: “Mi yo se ha ido separando de m3, y hoy es mi m3s lejano t3”, y “nadie est3 hecho de s3 mismo”. Adem3s lo se3ala cuando dice: “Uno no se encuentra nunca como ‘yo’, como uno. Se encuentra como cosas, como personas, como tiempo”.

Dos clases de sueños

Weizsaecker afirma que es en los sueños en donde por primera vez se nos presentan ciertas ideas. Lo subraya agregando que por eso decimos, en alguna ocasión: “Esto no se me habría ocurrido ni en sueños”. Freud señala que las alucinaciones oníricas que denominamos sueños y que suceden mientras dormimos trascurren realizando un deseo conflictivo que en la vida de vigilia se reprime. También subraya la importancia de fantasías que, más cerca o más lejos de nuestra consciencia, pueblan en mayor número de lo que suele suponerse, como sueños diurnos, todo lo que hacemos. Luther King, en su famoso discurso “Tengo un sueño”, se refería a un deseo cotidiano, fuerte y persistente, cuya realización era difícil.

Nos encontramos, antes, en este punto, con una paradoja fuerte. Por un lado, sabemos que cuando soñamos que comemos no logramos reponer calorías que al vivir gastamos. Por el otro, la experiencia testimonia que, si a quien ha comido un guiso de liebre le decimos, y lo cree, que se ha comido a su querido gato, sus intensos efectos dañinos no se hacen esperar. El primer caso muestra que las brujas no existen y que la “influencia de la fantasía

sobre la fisiología” tiene un límite; nadie puede asesinar mientras duerme. El otro, que su poder es enorme, que “las brujas no existen... pero que las hay, las hay”, y que han logrado destruir a mucho más que una familia. ¿En qué quedamos, pues?

Soñar, sea como alucinación onírica o como sueño diurno, nos conduce hacia dos actitudes que provienen de procesos que, como “dos clases” de sueños, han nacido de maneras muy distintas. En una de esas “clases”, soñamos como el niño que cuando juega dice: “Dale... que yo era el médico y vos la enfermera”, y lo hacemos sabiendo *a priori* que, cuando todo termine, nada de lo esencial habrá cambiado. En la otra, soñamos con algo y, mientras lo soñamos, nos sentimos recorriendo el camino hacia lograr lo que soñamos.

Tartamudez

En el Instituto de Altos Estudios Económicos de Sankt Gallen, se reunieron en 1951 diez eruditos en distintas ramas de la cultura, para exponer sus puntos de vista sobre una nueva visión del mundo. Conviene reparar en los títulos de sus contribuciones. Jean Gebser, “Necesidad y posibilidad de una nueva visión del mundo”; Arthur March, “La nueva orientación de la física”; Carl Friederich von Weizsaecker, “La nueva imagen del universo”; Adolf Portmann, “Los cambios en el pensamiento biológico”; Alexander Mitscherlich, “El problema de la relación cuerpo alma en la moderna medicina”; Max Bense, “La filosofía en la época de la técnica”; Walther Tritzsch, “Los cambios en las relaciones humanas”; G. F. Hartlaub, “Abstracción e invención”; Max Brod, “Sobre la búsqueda de un nuevo sentido de la existencia”; Jean Gebser, “La cuarta dimensión como signo de la nueva visión del mundo”.

Gebser señala que en nuestra época termina un extenso camino. Al final de la Edad Media y del Imperio merovingio, que luego de mil años entró en plena descomposición y decadencia, cuando Carlomagno inauguró el comienzo de la claudicante y fallida etapa carolingia,

Notker, el insigne poeta y máximo erudito, corrigiendo permanentemente pensamientos nuevos, ante su incapacidad para comprender, hubo de llamarse a sí mismo *Balbulus*, el tartamudo. Gebser, recordándolo, coloca *in signo balbuli* lo que en 1951 escribe motivado por una “nueva” descomposición y decadencia.

La crisis mundial actual, que es política, social y religiosa (entendiendo por religión una creencia compartida que re-liga una colectividad), y con una carencia de espiritualidad que priva a la ciencia y a la tecnología de valores trascendentes, denuncia que ya no podemos aprehender el mundo valiéndonos exclusivamente de nuestras representaciones racionales. Frente al desasosiego que llamamos “inseguridad”, sentimos la urgencia de “entender en los sentimientos” a un mundo que se nos presenta con las consuetudinarias máscaras del miedo: heroísmo, escepticismo ciego, fatalismo indiferente y fanatismo rígido. Nuestra imposibilidad para entender lo que actualmente nos sucede nos ha convertido inconscientemente en tartamudos.

Psicoanálisis y biología

Uno de los conceptos más fructíferos que el psicoanálisis ha construido (en su estudio de los derivados conscientes de los procesos inconscientes que constituyen lo que registramos cotidianamente como cuerpo) es su “descubrimiento” de que existen tres “tipos” de presente.

Uno de ellos es el presente que denominamos cronológico, que “medimos” con los dispositivos que denominamos relojes. Sabemos que existen los relojes solares, los de arena, los mecánicos (que se basan en el péndulo o en la oscilación de una espiral que se expande y se contrae rítmicamente) y otros, menos “sencillos”, como los que registran las vibraciones atómicas (acerca de los cuales se sostiene que su asombrosa exactitud alcanza el desfase de un segundo en 3.700 millones de años).

Otro presente es el kairológico, que se registra en virtud de la importancia significativa de lo que “en un particular tiempo” sucede.

Por fin, un tercero, el llamado “presente atemporal”, que deriva de una particular manera de ser de lo inconsciente, en el cual lo sucedido no ha terminado de ocurrir y lo porvenir ya ha comenzado. Encontramos una representación “intuitiva” de este tipo de presente cuando

vemos que una nave que, desde Cabo Cañaveral, vencerá la gravedad terrestre, a pesar de que ya ha encendido sus motores, continúa todavía un tiempo inmóvil, apoyada en el fuego de sus cohetes, y sin embargo ya ha partido.

Vale la pena destacar la coincidencia de lo que Freud sostuvo con lo que afirma Adolf Portmann, el insigne biólogo que fue discípulo de Carl Jung y dirigió durante treinta años el Zoológico de Basilea, cuando escribe, desde sus investigaciones en su propio campo de trabajo: “Formas vitales que con un largo pasado de cambios morfológicos son aun pleno presente; y, en virtud de un inconcebible tesoro de formas potenciales, formaciones futuras viven y obran ya en medio de nosotros”.

Tres destinos

La indagación en las leyendas de Edipo, Prometeo y Narciso, que simbolizando distintos predominios de corazón, hígado y cerebro, en cada ser humano, nos han llevado a establecer que son símbolos privilegiados de la enfermedad y la tragedia, nos ha posibilitado comprender que ese punto de llegada es, además, un punto de partida hacia la búsqueda de una realización humana saludable.

Dentro de esa búsqueda, surge el descubrimiento de que cada ser humano realizará su vida dentro de uno de los tres destinos que se definen como excelencia, indigencia y delincuencia. Cabe reconocer, entonces, que esas tres cualidades que se observan en personas, en la inmensa mayoría de los seres humanos, se combinan en distintas proporciones.

Procuremos definir las. Excelencia, de una cosa o persona, es lo que hace de ella algo superior que, en calidad o bondad, es digna de estima y aprecio. Indigencia es lo que le sucede a quien carece de lo mínimo indispensable para sobrevivir de manera saludable. Delincuencia es el ejercicio de una conducta ilegal que incurre en el delito trasgrediendo las leyes en las que se apoya la convivencia

dentro de una sociedad. Cabe incluir en este punto una forma de “ilegalidad” que suele denominarse “felonía”, porque más allá de la oculta trasgresión del “espíritu” que anima nuestras leyes, constituye una forma de inmoralidad que implícitamente conlleva deslealtad, traición y engaño.

Vivir en sociedad lleva implícita la responsabilidad, en el adulto, de retribuir lo que se recibe en materia y espíritu. Nada tiene de malo que un hombre juegue al tenis sin la superlativa capacidad de Federer, o disfrute cantando y tocando la guitarra sin ser Mercedes Sosa o Atahualpa Yupanqui. Nada tiene de malo mientras no suceda que su “divertimiento” comprometa la responsabilidad de su dedicación a la tarea con la que retribuye lo que la convivencia le otorga. A veces ocurre porque con el egoísmo suele suceder lo que sucede con la adquisición de bienes: al que no se conforma con poco, nada lo conforma.

El silencio de la mayoría

Suele subrayarse como negativo el silencio de una mayoría frente a inequidades evidentes que cotidianamente se cometen. También suelen valorarse los numerosos movimientos de protesta que se arrojan la defensa de “derechos” que no siempre están bien fundamentados. Aunque sabemos que esa protesta, generalmente ineficaz, a lo sumo logra trasladar las aducidas injusticias hacia su operación sobre otros sectores de la convivencia ciudadana, es cierto que doscientas personas en la calle que obstruyen el normal movimiento de una mayoría hacen mucho ruido. Pero eso no significa, sin más, que a tales movimientos, periodismo incluido, los asista una razón que pueda medirse por la intensidad con que manifiestan sus argumentos y reclamos.

La protesta es hermana de la queja, y aunque la experiencia enseña que la queja (que espera que la solución provenga de la tarea que otros deben emprender) casi nunca alcanza para obtener como resultado que el pretendido deudor se haga cargo de la presunta deuda que se le reclama, preferimos ignorarlo cuando nos quejamos. Se trate del Dios “oficial” de las distintas religiones o del representado por el ecosistema mismo, frente a las

vicisitudes de las formas de vida en el planeta, los destinos de nuestra evolución (y los de nuestra civilización) encierran un último componente que entierra su raíz en el misterio.

Si la interrupción del suministro eléctrico se soluciona, aunque sea más tarde que temprano, o se remuevan los escombros de un derrumbe material o moral, ocurre porque existen personas que lo logran. En la ciudad, junto con ladrones, asesinos y parásitos, hay ambulancias, hospitales, policías y bomberos que, mal o bien, algo logran. Muchos lo hacen razonablemente bien, y aunque parezca extraño de pronto surge un conjunto de personas que enfrenta riesgos para salvar a un perro o devolver un pichón a su nido.

Pero esa mayoría, que sin duda existe y hace cosas en silencio, es muy grande. Y si permanece silenciosa, es porque, debido a lo que hace, huye del teatro y no le alcanza el tiempo para malgastar una parte con la queja.

Las dos adolescencias

Soñar no cuesta nada (1945)

¿Crees tú que esas nubes, por ventura,
tan hermosas, tan serenas en el cielo,
no pagan el tributo a su hermosura,
cuando descienden para regar el suelo?

¿Tú crees que esos árboles tan bellos,
que con sus ramas horadan el espacio,
no crecen primero muy despacio,
mientras echan la raíz de sus cabellos?

Tú semejas la nube voladora
que remonta con prisa las alturas.
¿No sabes, desdichada, dónde moras?
Más rápido caerás cuanto más subas.

Yo, cuan árbol sin sólidas raíces,
de lo alto me abatí mientras soñaba.
Y todavía hay quien sin embargo dice,
y piensa, que el soñar no cuesta nada.

Navegar es necesario, vivir no (1979)

Hoy, en las horas de la esperanza trunca,
cuando los sueños dejan ver por vez primera
el resorte interior que forma su quimera,
he perdido el temor a lo que significa “nunca”.

Ignoro dónde estoy, qué mares voy surcando.
El puerto familiar, en el que ayer soñaba,
ha quedado ya lejos, como el regazo blando
que ha seguido el destino de todo lo que acaba.

No me importa vagar, perdido entre la bruna,
de un mar que no es azul, que es gris, como la muerte.
Son las olas y el viento como la vida, fuertes,
y mi barco las corta, en un torrente de espuma.

No necesito ver, como otrora creyera,
el decurso completo de la ruta futura.
Me basta con saber la concreta manera
de aferrarme al timón, cuando la mar es dura.

Un día llegará en que mi barco, desecho,
se fundirá con el mar para el que fue creado.
Una hora fatal, en que todo lo hecho,
unirá su destino con lo apenas soñado.

Ayer, contra la ola más alta,
en el corazón de mi nave un madero crujió.
Navegar... ¡Eso sí que me hace falta! —me dije—,
pero la vida no.

El lenguaje que se siente

Así como se ha desarrollado una escritura Braille, para que puedan leer quienes no disponen de la posibilidad de ver, se ha llegado a construir un lenguaje para las personas que, careciendo muy precozmente de la capacidad de oír, tampoco han podido aprender a hablar utilizando sonidos vocales.

Mientras miraba en el televisor lo que se denomina “noticias”, en un pequeño recuadro sobre el margen derecho alguien gesticulaba, expresando esas noticias en un lenguaje que puede ser accesible para quienes no pueden oír ni hablar utilizando la voz.

En una primera aproximación, se distingue, en ese particular lenguaje, una serie de convenciones racionalmente construidas, constituyendo una especie de abecedario accesible para nuestra inteligencia racional y que, por lo tanto, se puede enseñar y aprender. Sin embargo, si le prestamos mayor atención, comprendemos que, más allá de tales convenciones racionales, la gesticulación utilizada nos llega de una manera emocional y “directa”, que suele ser inconsciente. La conclusión es muy clara: en todo discurso enunciado, y más allá de hasta qué punto “nos damos cuenta”, en lo que se dice “viaja” un significado emotivo que opera un efecto.

La diferencia entre pensar y sentir es enorme. No es imprescindible ser psicoanalista para comprenderlo. Tal como señala Antonio Porchia (en *Voces*), cuando digo o hago convencido, es porque, *bien o mal*, eso que digo o hago, en algún lugar, me ha vencido y, como me ha vencido, convence.

Si volvemos ahora al pequeño recuadro en el cual alguien gesticula, comprendemos que lo esencial de la “información” que se trasmite está allí, en los sentimientos. No se trata de que el intelecto y, con él, los pensamientos carezcan de importancia. Se trata, por el contrario, de comprender que la importancia de los pensamientos radica, toda entera, en que conducen hacia cosas que nos hacen sentir bien o sentir mal.

Como bien saben los psicópatas, con el cerebro se trazan estrategias, y se les pone “hígado” trabajando para realizarlas, pero es con el corazón que se le otorga su sentido.

El lenguaje inclusivo

En la evolución del ejercicio psicoterapéutico del psicoanálisis, cabe distinguir dos cambios que poseen una significancia indudable. En el primero, la interpretación psicoanalítica abandona su referencia a las personas que integran “el material” del paciente, para ocuparse (en lo que se llamó el “aquí y ahora”) de la transferencia, de los afectos implicados en el relato, sobre el psicoanalista. En el segundo (acorde con la vigencia inconsciente del llamado “presente atemporal”), se busca la consciencia de la ubicuidad de lo que se interpreta (que se manifiesta, más allá de la sesión psicoanalítica, en innumerables episodios antiguos y también actuales). En el paciente, la ubicuidad genera un grado de convicción que lo ayuda a vencer sus resistencias. En el libro *Psicoanalizar. Arte y teoría*, para referirnos a la interpretación que, reparando en la ubicuidad, procura que el enunciado no se refiera únicamente a lo que sucede en la transferencia, utilizamos el nombre “lenguaje inclusivo”.

El mismo nombre, “lenguaje inclusivo”, se usa para una forma lingüística que, intentando evitar actitudes despreciativas en lo que se refiere a la identidad de género, ha llegado a cometer algunos excesos. De tales excesos se burla la publicación de YouTube que reproducimos aquí.

Quijote de la Mancha se burla del lenguaje inclusivo

Escucha bien, Sancho,
se ha extendido una manía
entre parlantes ladinos
de acuñarle el femenino
a quien nunca lo tendría.

Si no tiene dios el día,
no existen las gobernantas,
tampoco las estudiantas,
ni hormigo entre las hormigas.

Aunque lo intenten comprar
con millones y millonas,
un trono no tiene trona
ni jaguara has de llamar
a la hembra del jaguar.

Y aunque el loro tenga lora,
y tenga una flor la flora,
mi lógica no se aplica,
no tienen vacos las vacas,
ni los toros tienen tora.

Aunque las libras existan,
con los libros no emparejan
y tampoco se cotejan
suelos que de suelas distan
por mucho o mucha que insistan.

Mi mano no tiene mana,
no tiene rano la rana,
foco no va con foca,
ni utilizando por boca
al masculino de Ana.

Lo que el consenso siente

No cabe duda de la fuerza que alcanza un sentimiento compartido por un conjunto multitudinario de personas. No sólo se pone de manifiesto cuando se expresa mediante el ejercicio de una votación que un pueblo ejerce cuando sucede sin esa trasgresión electoral grosera que denominamos fraude. También opera de manera permanente bajo la forma de una opinión pública cuya mayor parte trascurre muy lejos de los argumentos racionales que se esgrimen desde la consciencia.

Tampoco cabe duda de que los sentimientos constituyen el único motor que otorga su importancia a lo que hacemos. Sin embargo, una vez que hemos reconocido que en los sentimientos nace la importancia, caemos en la cuenta de que también existen sentimientos retorcidos. ¿Cómo podremos, pues, reconocerlos, para evitar sus efectos destructivos?

Tal como lo desarrollamos ampliamente en el libro *¿Por qué nos equivocamos? Lo mal pensado que emocionalmente nos conforma*, los pensamientos y los sentimientos erróneos se potencian recíprocamente. Incurrimos en ellos cuando nos seduce el atractivo de los caminos fáciles. La conclusión es clara: nos sucede cuando una cierta

inmadurez en el carácter nos induce a esperar que lo deseado ocurra sin esfuerzo. Una expresión de uso habitual lo expresa claramente. Tal como exclama el que juega su sueldo en la ruleta, un día llegará el suceso afortunado. Un día en que lo que espero “*se me da*”, por fin, sin mayor requisito.

Cabe preguntarse ahora: ¿de qué depende semejante empeño, malgastado en una búsqueda que falla en una inmensa mayoría? ¿Cuál es la esperanza que se pone en la ruleta que maneja el destino? Es claro que no se trata de un logro momentáneo, porque cuando, alguna vez, se obtiene el número elegido, aunque el juego se interrumpa, siempre se persigue la ocasión de reanudarlo.

Cabe también suponer que, detrás de la búsqueda del beneplácito de la diosa fortuna, aquello que siempre se repite, inmutable, es el intento de comprobar, una y otra vez, que se alcanza la dignidad de merecer, en toda su magnitud, la maravilla del amor materno.

En las actuales circunstancias

Machado, en un conmovedor poema que comentamos en un apunte anterior (“Dos consciencias cognoscitivas”), nos habla de dos formas de consciencia, una que es luz y la otra que es paciencia. Más allá de la enorme significancia que alcanza su decir, también nos introduce, desde ese ángulo, en la cuestión de que existe una “forma” de consciencia de la cual se ocupa Ortega subrayando, reiteradamente, que la vida humana transcurre en un problema radical, y otra, muy distinta, que es propia de la filosofía oriental.

La consciencia que postula la filosofía oriental, que tal vez podríamos llamar “primaria”, ocurre cuando, contemplando el mundo, no acude a mis labios ni a mi pensamiento la palabra “yo”. Así, mientras en el horizonte el crepúsculo o la aurora atraen mi mirada, puedo sentarme algunas veces sobre la hierba fresca y respirar profundamente hundiendo una de mis manos en el río.

La consciencia a la cual Ortega se refiere arroja otros productos. Él sostiene que la vida de quien se denomina a sí mismo “yo” se compone con ese alguien y un entorno inevitable que constituye su circunstancia. Sostiene (en *César, los conservadores y el futuro*) que el hombre de

cabeza clara se hace cargo de que todo, en su vida, es problemático y que, como el náufrago, buscará algo de que agarrarse tratando de ordenar el caos. Lo que un hombre “hace” con su vida no sólo dependerá, en opinión de Ortega, de sus propias cualidades, también dependerá de esa circunstancia que forma parte de su vida. En la circunstancia reside aquello cuya magnitud escapa a la posibilidad, para modificarlo, que posee un ser humano que procede sin ayuda ajena. *Será, pues, inútil y “suicida” no tener la circunstancia en cuenta*, aunque su aceptación no implica, necesariamente, dejar de considerar infaustas las situaciones en donde apremia.

En el quinto postulado del “Decálogo del marino”, decíamos: “No hay que olvidar la luz del sol en la oscuridad de la tormenta, ni olvidar el temporal cuando el mar está en calma”. Pero un ser humano será grande o pequeño según lo que haga en su circunstancia.

La cara visible

Dado que *polis* era el nombre que designaba, en la antigua Grecia, a las ciudades estado, tanto quienes se convierten en los funcionarios que gobiernan una nación o una ciudad como quienes aspiran a cumplir con esa función se denominan políticos. Sabemos que, frente a esa tarea, mejor que decir es hacer y mejor que prometer es realizar, pero además sabemos que realizar cuesta un sustancial esfuerzo. Y también es cierto que con prometer suele lograrse mucho, sobre todo cuando la necesidad conduce a la desesperación, y nada tiene de extraño que quien desespera suela refugiarse en la ilusión y en la credulidad.

A pesar de que no es posible afirmar que todos los políticos son deshonestos o ilusos, y de que es cierto que entre los “malos” los hay de grados muy distinto, ellos son la cara visible que promete, mientras acostumbran aducir que lo que no se logra proviene de un Estado arruinado por la historia y por la influencia de los políticos rivales. De allí surge, de manera “natural”, que un político solicite que le otorguen más poder y que le quiten restricciones, “para lograr rápidamente el deseado bienestar”.

La cara visible del ejercicio político la asumen personas que aceptan encargarse de funciones determinadas formalmente. También hay, sin embargo, caras invisibles. Entre esas caras invisibles, algunas sostienen con prebendas a las caras visibles, mientras que otras son constituidas por quienes ejercen, desde la sombra, una influencia indudable. Se trata de una influencia que no sólo actúa desde el poder que poseen ciertos personajes, empresas o sindicatos, sino que opera, sobre todo, desde una opinión pública que cada uno posee, la mayor parte de la cual conforma convicciones inconscientes. Reparemos en que, en el juego entre el bueno y el malo, que continuamente se renueva, con frecuencia la víctima suele quedar confundida, ignorando las múltiples veces en que ambos contendientes ficticios operan de común acuerdo.

Hay algunos, entre los políticos que afortunadamente son “de lo mejor”, y es fácil imaginar que lo que sucede les duele.

Un valor insuperable

En una biografía de Pasteur cuyo autor no recuerdo, leí hace años que le declaró su amor a quien fue su esposa diciéndole que nada había en él que pudiera interesar a una mujer, pero que quienes lo conocían bien lo habían querido mucho.

Dejando de lado la primera parte de sus palabras, que podrían conducirnos, tal vez, a imaginar un sentimiento de insuficiencia varonil, la conclusión final nos permite suponer que ese sentimiento de ser valorado y querido surgía de sus precoces experiencias infantiles. Suele ser en la familia, y especialmente en el apego con los progenitores o con quienes ocupan su lugar, en donde se consolidan sentimientos insustituibles que nos acompañarán toda la vida.

De allí surge nuestra capacidad para conservarnos animosos, realizando duelos frente a nuestras pérdidas mayúsculas. Esos duelos, aunque eficaces hasta un cierto grado, permanecerán incompletos, porque siempre conservaremos, en un rincón del alma, una cierta añoranza nostálgica de lo que nuestra vida ha transitado, que se reanima en importantes momentos de infortunio.

La fuerza de aquellos sentimientos gratificantes infantiles contribuye para que se desarrollen experiencias

posteriores que corroboran lo anteriormente sucedido. Así como la popularidad engendra popularidad y el prestigio, más prestigio, los episodios que confirman que nos quieren “colaboran” para que se produzcan acontecimientos semejantes que nos reconfortan.

Creo que a ese cariño aluden las “flores” a las que se refiere Antonio Porchia cuando (en *Voces*) afirma: “Crees que te falta todo, y sólo te faltan unas flores, para sobrar-te todo”. Pero hay dos clases de “flores”: aquellas que se agotan en la satisfacción de los apetitos que restauran las fuerzas y giran en torno del comer, descansar y copular, y las que trascienden nuestra persona para participar en una guirnalda que decora el espíritu de una comunidad.

Si vivir es rellenar la falta que motiva, otorgando un atractivo a nuestro empeño, y colmar ese anhelo da lugar para que nazca otro que nos mantiene vivos, las dificultades que siempre se presentan y que debemos resolver son, precisamente, “la sal” de la vida.

Cuando lo que está mal está bien

Proust escribe sobre el sabor de las *madeleines* (una confitura sabrosa) subrayando el despertar de un recuerdo. La experiencia confirma la afirmación de que aquello que da vida a los recuerdos, es decir, las sensaciones, se pueden resentir sólo cuando circunstancias similares las provocan. Nos acordamos de lo que nos ha sucedido, pero no podemos volver a sufrir el dolor o a gozar del placer, el disgusto o el gusto que hemos transitado.

Tal como señala Bécquer: “Volverán las oscuras golondrinas”, pero aquellas que despiertan las actuales añoranzas, “esas, no volverán”. Lo que tuve una vez y ahora recuerdo forma parte hoy de un ayer que, una vez descontada la cuota de melancolía que, cuando interviene, perturba el presente de manera insalubre, genera un cierto nivel de exigencia “comparativa” que suele tomar la forma de “¡quién te ha visto y quién te ve!”. Tal como señala Manrique en las coplas inmortales con las que despidió los restos mortales de su padre, es sólo a nuestro parecer que “todo tiempo pasado fue mejor”.

Para el caso del dolor, la cuestión se comprende. Si tuviéramos presente, en toda su magnitud, el dolor que hemos sentido, nos sería más difícil aventurarnos a correr

el riesgo de que volviera a suceder. ¿Y para el caso del placer? La cuestión no difiere demasiado. Si recordar el placer fuera lo mismo que sentirlo, nada nos motivaría para recrear las condiciones “reales” en que el placer se produce.

Freud distingue un principio de placer y un principio de realidad, y lo que señala se comprende mejor cuando reparamos en que el placer “fuera” de la realidad es efímero, porque engendra un perjuicio que conduce a que el sufrimiento predomine.

Cuando evitar incurrir en lo que está mal duele, evitar el dolor con la ilusión de una tranquilidad ficticia nos condena a un malestar perdurable. Así, aferrados a que lo que está mal está bien y lo que está bien está mal, ingresamos en un mundo artificial en donde toda posibilidad de bienestar se arruina.

La circunstancia

Ortega y Gasset sostiene que en la vida de todo ser humano cabe distinguir aquello que se designa con la palabra “yo”, utilizada como pronombre personal, y el entorno en el cual ese individuo existe, que constituye el “mundo” en el cual vive, y que el filósofo español denomina su “circunstancia”. “Objetivando” la cuestión, Ortega diría que tu vida se integra contigo (lo que tú, o alguien, considera “tu-yo”) y con tu circunstancia.

La primera cuestión que ese postulado arroja con fuerza semejante a la gravedad que nos mantiene en contacto con el suelo es la importancia que adquiere contemplar, y procurar orientarse, en la circunstancia que “nos toca” transitar, como protagonistas de nuestro destino, en la permanente actualidad de nuestra vida.

Hay épocas que son apacibles, como aquella en que algunas familias de Londres compraban un abono para un palco en el teatro, con una vigencia de noventa y nueve años. Una vigencia que hoy sería absurda.

Reparemos en que de nada vale entretenerse en añorar lo que no hay y encarnizarse en “detener” una vida que prosigue inexorablemente, refugiándose en esperar tiempos mejores. Dejar de hacer también es hacer algo.

Reparemos, asimismo, en que muchas veces sucumbimos a la ilusión que nos lleva a creer que con no participar alcanza para “dejar sentados” principios ideales cuya realización actual es utopía, con la idea (y la excusa) de que alguien, alguna vez, logrará lo que nosotros “ya” anticipamos.

A veces, desde la pereza “fácil” que se oculta en el “no es asunto mío”, incurrimos en la irresponsabilidad de no intentar descubrir entre lo malo lo peor. Otras usamos, como pretexto, promesas que sabemos falsas, pretendiendo, aunque esté claro, ignorar que aunque la mona se vista de seda mona queda.

Dado que no se puede elegir lo que no hay, cuando lo que hay, lejos de ser perfecto, puede llegar a ser muy lamentable, será imprescindible elegir algo malo para intentar evitar lo peor. Podremos equivocarnos, entonces, “desde nuestro mejor saber y entender”, pero habremos hecho lo máximo que podíamos hacer.

La venganza y la justicia

Suele sostenerse que alguien que se venga hace uso de un derecho, que consiste en dañar, en la misma forma, a quien le ha producido un daño anterior. Comencemos por decir que es cierto que podría aducirse que aquel que ha producido el daño así adquirirá una consciencia, de la consecuencia de sus actos, que con el perdón no se logra. El argumento no alcanza, sin embargo, para respaldar ese criterio que se reconoce desde antiguo.

El pasaje bíblico que reza: “Ojo por ojo, diente por diente, pie por pie” proviene del código de Hammurabi, vigente en Babilonia en el siglo XVIII a. C. y en la Edad Media. El principio que rige ese procedimiento se denominó “la ley del talión” (de *tale* o *talis*, idéntico y recíproco). Pero, dado que a pesar de las innumerables crueldades que cotidianamente se repiten la humanidad ha evolucionado con el trascurso de los siglos, más allá de lo que se oye y se piensa, con frecuencia aprendimos a no confundir venganza con justicia.

La justicia es una necesidad que ha surgido junto con la civilización (la cultura civil en las ciudades) y la creación de un Estado encargado de administrarla. El sentido de la justicia, *lejos de consistir en la administración de*

un castigo (que se ha demostrado inútil en cuanto atañe a la prevención de la delincuencia), es proteger a la sociedad frente a la posibilidad de que un delito se repita.

El psicoanálisis ha buceado profundamente en las motivaciones del delito, en las de la producción del daño y en la fermentación del odio, que pueden contribuir a un progreso paulatino de la cultura civil que, infortunadamente, ha de ser lento.

Mientras tanto, desde la escuela psicoanalítica inglesa se sostiene que la ansiedad persecutoria (el temor a sufrir un daño) surge del temor a la retaliación, es decir que el daño que se teme (en represalia) es el mismo daño que el atemorizado ha producido. Y que desde allí, y no desde la lucidez necesaria, se sostiene la confusión de la justicia con la venganza.

La hipocresía inconsciente

La hipocresía suele definirse como el acto en que un ser humano se comporta de forma contraria a los valores que declama o sostiene, o bien actúa con principios que critica. Constituye una “respuesta ficticia” que tal vez provenga del griego *hypo* (máscara) y *crytes* (respuesta).

La hipocresía incluye dos variantes que, aunque se asemejan, son distintas: la simulación de una cosa por otra y el disimulo, que mantiene algo oculto.

Ya el mismo concepto expresado con la palabra “persona” alude precisamente a la “máscara” que, a la manera de una careta, permitía representar en el teatro griego el carácter de un protagonista (que solemos denominar “personaje”). El origen árabe de la palabra “máscara” (*mas-hara*) arroja una rica significación. De un modo semejante a como “persona” y “personaje” (que “per-suenan”) constituyen un “antifaz” que, con lo que muestra, oculta la “facies” (como *prosopon*, careta de actor) que también denominamos “rostro”, *sahara* (burló) y *sahir* (burlador) subrayan una ficción que denota una impostura.

El psicoanálisis permite distinguir entre una hipocresía que se ejerce con plena consciencia y otra, reprimida, que permanece inconsciente. Ya superados los tiempos

en que se confundía la histeria con la simulación, hoy podemos hablar de una simulación que, más allá de la consciencia, nos permite iluminar el concepto de “neurosis” al comprender que encubre una inevitable hipocresía inconsciente.

Sabemos que una ruina nos muestra aquello que algo fue o lo que podría haber llegado a ser, y que la enfermedad que arruina nuestra vida saludable alumbra un sector en el que, aunque nos pese, nos hemos convertido inevitablemente en ruines. Sin embargo, desde el conocimiento psicoanalítico que nos permite reconocer la enfermedad en la maldad, aprendimos la importancia de lograr mantener nuestro amor por el enfermo (que ha motivado nuestra vocación médica), mientras odiamos la enfermedad que malogra su destino.

Dado que el psicoanálisis no es pedagogía, el sillón del psicoanalista no es el asiento de una cátedra, pero allí, en la sesión psicoanalítica, ambos, el paciente y su psicoanalista, aprenden.

Liderazgo

Walther Tritesch (en *La nueva visión del mundo*, de Gebser *et al.*, 1951) señala que la voz humana, su oído, su entendimiento, sus extremidades hacen que los hombres puedan encontrar las mejores condiciones para ayudarse y vigilarse en grupos compuestos por veinte individuos. Se necesita un creador de iniciativas para cada grupo, y nace uno cada veinte personas, a las cuales conduce, bien o mal. La humanidad pudo perseverar de esa manera durante cinco mil años sin que tal estado de cosas dejara de operar.

Dado que en el desarrollo paulatino de las civilizaciones participan motivos exteriores que influyen en la condición humana (como, por ejemplo, la necesidad de obras hidráulicas), que determinaron el cambio de chozas por aldeas y de aldeas por ciudades, y la transformación de las partidas de caza o de pillaje en ejércitos, hubo de suceder que, entre cien o cien mil hombres, sólo uno de los múltiples creadores de iniciativas pudiera ejercer su innata condición de liderazgo. Potencializada no sólo por la experiencia, el orden, la instrucción y la educación que aportó la vida civilizada, sino también por la llegada del micrófono y los altoparlantes, la imprenta, el televisor, el celular y las redes.

Todo grupo humano que pasa los veinte integrantes se divide en secciones subordinadas que alcanzan aproximadamente ese número. Pero las condiciones del jefe de cada una de esas subdivisiones son distintas de las que rigen el conjunto original. En la subdivisión, no se requiere la responsabilidad con los subordinados hacia el nuevo líder. Se requieren responsabilidades y virtudes distintas (lealtad, exactitud en el desempeño, docilidad y disciplina) del nuevo conductor ante el superior jerárquico que otorga su confianza y del cual se depende.

¿Qué ha sucedido, entonces, con la capacidad de los líderes “vacantes”? Una parte formó una clase media respetuosa de la ley y las costumbres. Otra alimentó la corrupción y la delincuencia, el narcotráfico o el capitalismo cruel. Son asociaciones ilícitas y megaorganizaciones que adquieren popularidad y que deterioran, con frecuencia, la nobleza de la vocación política de los creadores de iniciativas genuinas.

Qué y cuándo psicoanalizar

Goethe (en *Máximas y reflexiones*, edición de Juan del Solar) nos obsequia pensamientos imperdibles, mientras nos aconseja huir de la legión de pseudosabios que usurpan lugares en la ciencia y en la filosofía y que “son tan funestos como los malos políticos. Los conoces porque, desde su narcisismo y su simplificado eclecticismo, te rebajan con su falsa humildad y con su ‘amable’ tolerancia. Te hablan como si estuviesen en una grandeza que escapa a tu comprensión”.

Goethe afirma que el espíritu que fecunda y anima una época oscila o “viaja”, en forma permanente, entre la impaciencia que genera la insatisfacción y la indiferencia que surge de las necesidades satisfechas. Agrega que, en lugar de escuchar al niño o al pueblo, que nunca saben lo que quieren, es necesario, en cambio, escuchar a la niñez, en el niño, y al talante popular, en el pueblo. También dice que el verdadero simbolismo es aquel en que lo particular representa a lo más general, no como sueño y sombra, sino como revelación viva e instantánea de lo inescrutable. Al hombre, señala, le ha sido dado un remo para que su frágil barca no quede a merced de las olas, sino que pueda seguir la voluntad de su inteligencia.

En un lugar de esa trayectoria de ida y vuelta, entre la impaciencia y la indiferencia, encontramos, al psicoanalizar, la “piedra en el zapato” que nos otorga el acceso a lo inconsciente que estando “a punto” de aflorar (“punto de urgencia”) solo necesita del pequeño empujón que le otorga una intervención oportuna. El sueño y la sombra que degradan la universalidad del simbolismo trascendente representan, respectivamente, el yo, con su deseo egoísta, y el ello, que revela, en el trasfondo, la multiplicidad de “copias” semejantes a eso “egoico” que creíamos original y propio. Si es verdad que, como dice Goethe, nos ha sido dado un remo, será sin duda el sentimiento irrenunciable de que, por poco que gravite, todo lo que hacemos cuenta, otorgándonos, de ese modo, el motivo que nos mantiene vivos.

La mentira como sistema

Una mentira es una afirmación hecha con plena conciencia de que no es verdad. Hoy, en los días en que abundan las *fake news* y las polifacéticas redes sociales, existe un espécimen creciente, el mentiroso “serial”. Es alguien que perfecciona su costumbre de mentir hasta llegar a sentirse, con mal disimulado orgullo, un virtuoso. Sabemos que se puede engañar a alguien, pero no a muchos durante mucho tiempo; un refrán aduce que “en boca del mentiroso lo cierto se hace dudoso”. Pero duele comprobar que no sucede así. Ocurre a menudo que, en el tiempo que demanda descubrir las supercherías que ensombrecen el destino de un pueblo, suelen acontecer daños graves que trascienden lo que dura una vida humana y que, con frecuencia, conducen a otros igualmente perdurables.

Es importante señalar que la persona mentirosa tiende a ver mentira o ingenuidad en las sinceridades ajenas, y suele valorar lo primero y despreciar lo segundo, porque se convence, con facilidad, de que la mentira es fortaleza y la sinceridad, debilidad.

Verdad y realidad son lo contrario de mentir, pero la fantasía puede coincidir con la realidad, y la mentira no.

Una fantasía puede hacerse real, pero nunca lo será “sin más”, dado que toda realización requiere esfuerzo. Otra condición que empeora, sin duda, la deletérea patología de las promesas vanas.

El “caradura” no carece de motivos para experimentar vergüenza. Pero por algo a las personas que proceden mal las llamamos “sinvergüenzas”. Entre ellas se encuentra el mentiroso “serial”. Recordemos lo que ha escrito José Hernández: “Si la vergüenza se pierde, jamás se vuelve a encontrar”.

Frente a quienes, desesperados, temen y sueñan lo imposible, en el resto medran algunos que, sea como funcionarios o como ciudadanos, alcanzan cierta “eficacia” adoptando actitudes egoístas y diabólicas con gestos piadosos. Tapando un relato falso con otro, y prometiendo lo que no tienen la intención de cumplir, ni siquiera con los cómplices de sus asociaciones ilícitas, asumen sin escrúpulos que, con la publicidad “comprada” con el dinero logrado por quienes producen, se puede dejar de realizar sin mayores problemas.

El escándalo fascina

Entre los motivos que sostienen a la curiosidad morbosa y al afán truculento (lleno de algo atroz y salvaje) que conduce muchas veces hacia un persistente interés por las distintas formas de las enfermedades y los accidentes infaustos, permanece la idea omnipotente de que metiendo la nariz en ellos podremos evitarlos o, por lo menos, mantener incólume la idea de que las malas noticias se escriben con otros. Opera, además (para mantener reprimida la presunción contraria), la idea de que, observando tales sucesos, se podrá impedir que ocurran. De allí surge la omnipotencia que suele atribuirse a la tecnología que forma parte de la medicina.

Resulta mucho más intrigante que, como bien saben y comprueban cotidianamente quienes programan las noticias que se publican y difunden por distintos medios, un escándalo fascine y ayude a vender los más diversos productos, despertando un atractivo al cual es difícil substraerse. Y es interesante tratar de comprender por qué.

La fascinación es una atracción intensa que, en su origen latino (*fascinum*, encantamiento, hechizo, embrujo), se vinculaba con el falo (pene hinchado y erecto) y también con florecer.

La palabra “escándalo” (del griego *skandalon*) denota una trampa interpuesta en el camino, un obstáculo que hace caer y es necesario saltar, y un escollo que produce un naufragio y es menester evitar. También designa una conducta que provoca alboroto y ruido y que constituye un mal ejemplo que perjudica a terceros.

Dicen que las personas ancianas dan buenos consejos porque ya no pueden dar malos ejemplos, y eso nos introduce en el tema de la envidia, la curiosidad y la admiración que toda trasgresión produce. Por eso suele suceder que lo que más se critica en el trasgresor no es su mala conducta, sino su incapacidad para ocultarla. Dado que el robo, la conducta erótica prohibida por las leyes morales y la traición son fuertemente repudiadas, quienes combinan esas actitudes cosechan la palma constituida por una admiración que, a despecho de lo que se manifiesta, permanece como una valoración no siempre inconsciente.

Lo que las edades traen

No podría expresar mejor aquello que Goethe ha escrito con la lucidez que lo caracteriza. Entre sus máximas, leemos:

A cada edad del hombre le corresponde cierta filosofía. El niño se presenta como un realista, pues se halla tan convencido de la existencia de las peras y las manzanas como de la suya propia. El joven, asediado por pasiones internas, debe estar atento a sí mismo y sentir anticipadamente su propia importancia, por lo que se transforma en idealista. El hombre adulto, en cambio, tiene toda suerte de razones para volverse un escéptico; hace bien en dudar de si el medio que ha elegido para lograr sus fines es el correcto. Antes de actuar y cuando actúa tiene razones de peso para mantener alerta su inteligencia y no tener que lamentar luego una elección equivocada. El anciano, a su vez, se decantará siempre hacia el misticismo. Ve que tantas cosas parecen depender del azar: lo irracional triunfa, lo racional fracasa, dicha y desdicha se equilibran inesperadamente; así es y así ha sido, y la edad avanzada acaba conformándose con lo que es, ha sido y será.

Encontramos un ejemplo de lo que afirma en que con el tiempo aprendemos la “relatividad” del más y el menos, porque hemos vivido situaciones en las cuales más (o menos) de una cosa sirve para ocultar el menos (o el más) de otra distinta. Goethe dice que “uno sabe cuando sabe poco; con el saber crece la duda”, y que “la claridad es una distribución acertada de las luces y las sombras”. Tal como él señala, no es suficiente disminuir la cantidad de errores para construir una verdad, hace falta algo nuevo. Subraya, por ejemplo, que “para destruir vale cualquier argumento falso; para construir, no. Lo que no es verdadero no construye”. Y también que, al contrario de lo que creen nuestros adversarios, cuando insisten en “refutarnos repitiendo su opinión, y no haciendo caso de la nuestra”, habitualmente con decir no alcanza, dado que “cada cual escucha solamente lo que entiende”.

Una expresión sintomática

De acuerdo con lo que sostiene Walther Tritesch (el insigne sociólogo francés que participó en el simposio que se realizó en Saint Gallen, en 1951, sobre una nueva visión del mundo), la evolución en los medios de comunicación ha generado una circunstancia singular. Allí sostiene (desde la biología y desde la sociología) que las disposiciones sensorio-motoras de los seres humanos funcionan de manera óptima cuando se reúnen en grupos formados por unas veinte personas, y que, acorde con esas condiciones, uno de cada veinte individuos, es decir, un 5%, nace con disposiciones que le permiten desempeñarse como un líder conductor capacitado para crear iniciativas que motivan a un conjunto con esa cantidad de integrantes. Agrega que, dado que los distintos desarrollos tecnológicos, entre los que cabe destacar a los medios de comunicación y traslado, otorgan la posibilidad de convocar multitudes, una gran cantidad de creadores de iniciativas, que permanece vacante, constituye un tipo de personas, culturalmente desarrolladas, que conforman lo que se denomina “clase media”. Señala, además, que suele hablarse de una clase baja y una clase alta.

Todo lo que hemos dicho acerca de la existencia de tres clases “viene a cuento” porque queremos referirnos a una curiosa circunstancia. De acuerdo con el *ius soli* que rige en el Estado que ha conformado la nación denominada República Argentina, quienes han nacido dentro de su territorio son argentinos. Entre los argentinos, suele utilizarse una expresión que resulta excepcional en la clase baja y que las clases media y alta, en cambio, utilizan con frecuencia, y que en otras comarcas no se usa. La expresión, “sintomática” (que sólo se consideraría “natural” si fuera usada por quienes, nacionalizados o no, han llegado a radicarse en la Argentina), consiste en que, refiriéndose al lugar en donde se ha nacido, se diga: “Este país”. No cabe duda de que ese enunciado ha de tener una profunda influencia en los sentimientos hacia la patria que, en su significado profundo, no es nada más ni nada menos que la tierra de los padres.

Asuntos irresueltos

Es cierto que la palabra “democracia”, como soberanía del pueblo, se opone a los abusos y a las “grietas”, guerras y discordias a las que conduce una actitud totalitaria. Pero además es cierto que el vocablo ha quedado pros- tituido y que ningún concepto puede aplicarse a todo. Hoy “democrática” es la pizza y también la cordialidad con la que la mano amiga de un desconocido ayuda para que alguien logre salir de un pozo.

No todo lo bueno es “democrático”, y está bien que así sea. Da miedo atreverse a sostener, incurriendo en el riesgo de ser malentendido, que la utilización de la teoría de Einstein, las condiciones que le permitieron a su autor desarrollarla y su enseñanza en las escuelas podrán ser “democráticas”, pero que su creación individual ha sido, a lo sumo, el producto indirecto de un pueblo.

Es equívoco afirmar que el lugar de vacaciones o el momento de una intervención quirúrgica deben decidirse por votación “democrática” entre los progenitores y los niños pequeños que dependen de sus padres.

Los integrantes de una coexistencia nuclear (padres e hijos) o extendida (parientes muy cercanos, amigos o vecinos) suelen aceptar que uno de ellos predomine

durante un tiempo corto o largo, como quienes viajan en un automóvil aceptan, no siempre de buen grado, que en un sector del camino alguien se haga cargo del volante. Lo mismo sucede con el “lugar” que se ocupa. En un edificio en condominio, los propietarios comparten un reglamento que obliga a respetar espacios comunes.

Hay convivencias que sólo se mantienen cuidándose de no introducir ciertos temas acerca de los cuales “ya se sabe” que, cuando se tocan, “se pudre todo”. La cuestión se vuelve doblemente dolorosa cuando, en el tema evitado, coincide, por un lado, una convicción profunda y, por el otro, un profundo cariño por la persona frente a la cual uno “se está haciendo el tonto” para evitar un litigio que siempre se posterga. El “asunto irresuelto” es inmensamente más grave cuando lo que se pone en riesgo es el destino de un hijo.

Amo a los que buscan lo imposible

Así decía Goethe desde una sabiduría que muy pocos hombres alcanzan. Recordemos que sostiene que la cantidad no debe conducirnos a menospreciar al otro polo del mundo fenoménico: la calidad.

Si bien es que es cierto que “de ilusión también se vive”, el “signo” de los tiempos que hoy trascurren condena a que el ser humano “de la calle”, por lo menos, el que constituye multitudes, viva transitando, “de ilusión en ilusión”, en una forma que “no vale” la pena que ocasiona. Reparemos mientras tanto, sin embargo, en lo que sostiene, por ejemplo, Eduardo Dayen, colega y amigo, con respecto a la ilusión, cuando afirma que, gracias a que podemos per-catar-nos, progresamos oscilando entre per-cepción y de-cepción.

Sabemos que “dejar todo en manos del destino” constituye un resabio de la actitud de reclamo que es normal en el niño pequeño. Los mismos españoles que dicen “vinieron los sarracenos y nos molieron a palos, que Dios está con los malos, cuando son más que los buenos”, son los que también afirman “a Dios rogando y con el mazo dando”. Pero no todo, sea en familias o en pueblos, ha de llegar necesariamente a la pelea, y es necesario evitar que

“la sangre llegue al río” del que todos bebemos. Aunque el hombre nunca ha podido librarse de las guerras, algunas de las cuales, para peor, son fratricidas, existen por fortuna, y con frecuencia, situaciones en que la unión triunfa.

Si lo que ocurre en el reino de la naturaleza pudiera ser utilizado como indicio de un porvenir probable, el pronóstico sería finalmente afortunado, porque allí, a despecho de la agresión que continuamente opera, sabemos que, sin duda, la colaboración entre las distintas especies predomina.

Trabajar es luchar contra las inclemencias de “los tiempos que corren” y con las resistencias que caracteriza a la materia, pero luchar contra la resistencia de las cosas no es lo mismo que luchar “contra” las personas que la asumen. Nuestra profesión nos enseña, sin embargo, que debemos odiar la enfermedad, nunca al enfermo.

Penuria y tortura

Tal como sostiene Antonio Porchia, “hoy no podría habituarme a como seré mañana; mañana sí”. En otras palabras: “A todo se acostumbra uno”. Resulta antipático decirlo de este modo, pero es suficiente con prestarle atención para comprobar que es así, y la experiencia enseña que es fructífero enfrentar la realidad.

El proceso implícito, natural y saludable, acorde al fin, y sin el cual sería imposible vivir, se llama “duelo”, porque comienza doliendo y se convierte, de manera paulatina, en una tristeza que acaba, si nada la interrumpe, cuando se recupera la “normal” alegría de vivir. El duelo, a pesar de que en una enorme mayoría de las veces en un punto suele interrumpirse sin terminar del todo, permite seguir viviendo “normalmente”, aunque suele dejar un remanente que “se suma” con frecuencia, en forma inevitable, cuando una nueva penuria lo reactiva.

Una cosa es la penuria que, en mayor o menor medida, las dificultades siempre traen consigo, y otra, muy distinta, es la tortura. La tortura, sea autoinfligida (por actitudes extorsivas que, en el fondo, son siempre masoquistas) o producida por la voluntad de otras personas, requiere como primera condición, que forma parte,

además, de la técnica del torturador, evitar que el torturado se acostumbre o que se sustraiga perdiendo su consciencia. Conviene no detenerse únicamente en las torturas que ocasionan dolores “corporales”, para incluir el capítulo inmenso de la habilidad “psicopática”, que se especializa en ocasionar sufrimientos anímicos que suelen involucrar daños morales. Tal como lo ha escrito Shakespeare, “yo este veneno verteré en su oído”.

Quedaría incompleto lo que llevamos dicho si no subrayáramos la importancia que reviste la frecuente complicidad del torturado, que aspira a convertir, muchas veces en secreto, su sufrimiento en un caudal de castigo que, como elemento clave de su fantasía, constituye una “moneda de cambio”. Juzga que esa “moneda”, conformada como magnitud de su castigo, constituye “el capital” que lo faculta para satisfacer deseos que, por los caminos habituales y sin la existencia de ese sufrimiento previo, no merece, ni corresponden a la forma en que ha vivido.

Orgullo y vanidad

Goethe escribe:

El cazador que haya cobrado una pieza no tiene por qué ser también el cocinero que la guise. Puede ocurrir igualmente que un cocinero salga a cazar y sepa disparar bien, pero sacaría una falsa conclusión quien afirmase que para disparar bien hay que ser cocinero. La misma impresión me producen los matemáticos que afirman que en el ámbito de la física no se puede ver ni descubrir nada si no se es matemático. En la parcialidad del desarrollo de la cultura científica más reciente el tratamiento matemático ha encontrado una aplicación aberrante. El matemático sólo está orientado a lo cuantitativo, hacia todo lo que pueda determinarse mediante número y medida, [...] el universo exteriormente cognoscible. Entonces todo le parece accesible, tangible y mecánico, y se hace sospechoso [...] al creerse capaz de aprender también lo inconmensurable; pero si examinamos esto hasta donde seamos capaces de hacerlo con todo nuestro espíritu y todas nuestras fuerzas, descubriremos que la cantidad

y la *calidad* deben considerarse los dos polos del mundo fenoménico.

No cabe duda de que, en el mundo en que hoy vivimos, la cantidad, con inusitada frecuencia, tomó la delantera, llegando hasta un extremo en el que ocasiona un grave deterioro de la calidad. A pesar de que nadie sostendría que más es siempre lo mejor, justificar el valor de bienes que se han acumulado, con cifras que registran una mensuración cuantitativa, se ha convertido en una prueba “objetiva” del aprecio que merecen. Así, frente a la inadecuada valoración de bienes vanos, el legítimo orgullo, que deriva de las realizaciones que trascienden las limitaciones que le impone la pobreza de un ego hipertrofiado, se confunde con las exuberancias de una vanidad hueca que, alimentada por tales valoraciones mezquinas, nace destinada a fenecer muy pronto.

Aunque el trabajo de la imaginación lo disimule, y a despecho de lo que se le opone, emerge pronto lo que fue inútil negar; sólo aquello que, como producto de una industria noble, trasciende los límites de una funesta egolatría nace destinado a perdurar.

El carácter argentino

La manera de ser que predomina en el pueblo de la nación argentina se puede caracterizar pensando que “lo típico” está constituido por personas a quienes le sobra corazón y cerebro y carecen de suficiente hígado. Saberlo no ayuda si se convierte en un reproche por “un puro defecto”, que, como todo reproche, nada soluciona. Lo bueno consiste en conocernos, porque, en la medida en que podemos comprendernos, convivimos mejor, omitiendo reclamar un cambio que nunca se logra por un camino corto.

En otras palabras: lo que predomina en nuestro pueblo es un carácter apasionado e inteligente, abrumado por su creencia en la necesidad de evitar el esfuerzo. Alguien para quien la jubilación se le antoja un paraíso, un fin de semana largo (que, ¡oh, casualidad, siempre decepciona!) se contabiliza como una pobre compensación de su “trabajo forzado”, y una vacación colma sus sueños.

Alguien que siente que el trabajo es un “laburo” que funciona como una condena que vive tratando de evitar; alguien que, con facilidad, se vuelve un partidario apasionado de una “causa”, un motivo o una bandera;

que recurre, con frecuencia, a la vociferación y el barullo para lograr lo que quiere y es muy capaz de discutir con agilidad en favor de aquello que defiende; que frente a las metas que se logran con esfuerzo procurará utilizar su ingenio buscando algún desvío, usando un “alambrecito” en donde falta un tornillo, y que, si no obtiene lo que quiere, “se la sabe lunga” cuando se pone a argumentar.

Las veces en que esto no sucede —y hay argentinos que, conservando sus valores, no carecen de hígado—, el resultado es excepcional. Alcanza con citar algunos. En medicina surgió un Favaloro, y dos premios Nobel, Houssay y Leloir. En el deporte, Maradona, Messi, Ginóbili, Vilas y Sabatini. En arquitectura, César Pelli, el autor de las Torres Petronas en Kuala Lumpur... y podríamos seguir.

Pero volvamos sobre nuestra manera de ser, para recordar que la dificultad no sólo está en las cosas, sino también en la manera en que elegimos hacerlas.

Una desgracia a tiempo

Suele decirse que si se coloca a una pequeña rana en un recipiente con agua muy caliente, procurará escaparse, pero que si se la introduce en otro, lleno de agua tibia, que se calienta lentamente, es posible que, cuando quiera escapar, ya sea demasiado tarde. El relato subsiste y se difunde porque constituye una metáfora que alude eficazmente a las veces que nos “dejamos estar” en la continuidad de situaciones que sólo “a la larga” demuestran ser perjudiciales e insalubres.

Nada tiene de extraño que así sea, porque ocurre con frecuencia que nuestra capacidad para prever los resultados de algunas de nuestras actitudes no alcanza la perspicacia necesaria para preservarnos del daño al cual conduce lo que estamos haciendo. Hay un viejo refrán italiano que lo anuncia diciendo: los nudos en la punta de los pelos siempre “llegan al peine”, que comienza su tarea desde las raíces del cabello.

Con prestar atención es suficiente para comprobar que en nuestro entorno se ha generalizado, se difunde velozmente y ha llegado a predominar en el consenso una cierta predilección por los caminos fáciles que disminuyen el esfuerzo. La idea que se contagia, como “suprema

picardía”, conduce a supervalorar las estrategias que permiten, de manera ilusoria, obtener lo deseado con un costo bajo que, con frecuencia, se suele gastar en la protesta. Pocos se detienen a pensar que de ese modo disminuye la cantidad de personas que producen más de lo que consumen y aumenta el número de aquellos que consumen más de lo que producen. En otras palabras: el famoso “producto per cápita” disminuye progresivamente, calentando el agua en donde la pequeña rana mora.

Han sido muchas las veces en que quienes hemos dedicado gran parte de nuestra vida a psicoanalizar pacientes, frente a personas que se encaminan lentamente y sin consciencia hacia un destino que progresivamente empeora, hemos deseado que “una desgracia a tiempo” alcanzara el punto justo en que, sin arruinarle de manera grave e irreversible su vida, le condujera a saltar fuera de la olla que lentamente lo está deteriorando.

Presencia y existencia

Simenon afirma que un hombre no muere definitivamente hasta que no haya muerto el último ser humano que lo vio con vida. No cabe duda de que el requisito de que lo haya “visto” pone el énfasis sobre un encuentro “presencial”.

Subrayemos, porque hace a la cuestión que nos ocupa, que el término “presencial” es nuevo, ya que unos pocos años atrás un encuentro “virtual” era considerado como un sustituto defectuoso y espurio de un verdadero encuentro. No es un secreto que las condiciones han cambiado y que hoy, en los tiempos del *home working*, solemos (catapultados por una locura colectiva que toma la forma de una pandemia viral) recurrir a la comodidad de encontrarnos por “vía remota” para festejar un cumpleaños con amigos que no viven lejos.

La cuestión, ampliamente conocida, no merecería un mayor comentario si no fuera porque, de ponto, ha llegado al colmo de presentarse bajo una forma nueva.

Comencemos por decir que el término “supervisión”, que la costumbre impone, no me agrada, porque supervisar es hacerse responsable de lo que se produce, mientras que lo que, en cambio, hacemos cuando “supervisamos”

es un ejercicio teórico clínico en el cual quien supervisa no asume ningún género de responsabilidad por el trabajo que su colega ejerce.

Una persona que “supervisa” conmigo me trajo el material escrito de una sesión con un paciente que vive “lejos” en la República Argentina, que “conoció” y psicoanaliza por vía remota y con el cual nunca tuvo un encuentro “presencial”. Ambos tampoco se han “visto” en fotografías o en videos.

El material que me traía, contemplado *prima facie*, no se podría decir que era incorrecto a los efectos de una supervisión. ¿No estaba constituido acaso por una serie de palabras que podían ser objeto de una interpretación que revelara un contenido inconsciente? Y sin embargo ya todo está dicho. ¿Qué clase de existencia tiene ese paciente (o su psicoanalista) cuyo material se parece a la misiva que contiene una botella que flota, escrita por un naufrago del cual todo se ignora?

Donde el zapato aprieta

Entre todas las cosas ciertas que en cualquier instante la mayoría de nosotros podría sin duda confirmar, sólo hay una que vale la pena mencionar. Y dado que es así —que la esencia de aquello que se espera está en ese “lugar” y que la costumbre deteriora la atención— omitimos usar la expresión “punto de urgencia” (ya “gastada”) con la cual habitualmente se designa.

Nos referiremos, en cambio, a “donde el zapato aprieta”, como ese único “algo” que hace falta asumir conscientemente, porque nos muestra aquello que, desde hace mucho, siempre y de manera ubicua está presente.

Si es cierto que la circunstancia no se elige, también es cierto que, junto al poder o no poder, existe el territorio irrenunciable de un deber y un querer que se asumen o no se asumen, y que, frente a una “hipoteca” contraída (como símbolo de aquello que “se debe”), no alcanza la expresión habitual que tanto abunda: “Qué sé yo”.

Sabemos que todo psicoanalizar se sustancia en un solo cometido: devolver la libertad que trae consigo la responsabilidad que anula el uso de una queja interminable que perdura encarnizada, a pesar de que siempre se ha demostrado patéticamente ineficaz.

Pero volvamos nuevamente al zapato que aprieta para definir, desde allí, aquello en que consiste nuestra tarea esencial.

Debemos evitar el trillado camino que se dedica a describir, en términos racionales que suscitan pensamientos, distintos pormenores de lo que sufre el paciente, actuando como un especialista acreditado que, luego de diagnosticar y explicar, dirá, desde su guardapolvo blanco: "Pase el siguiente".

Pero si aceptamos que lo que cura "en verdad" es la contratransferencia (que llega antes que la interpretación verbal se formule) no cabe duda de que no es lo mismo explicar que comprender.

Debemos, entonces, comprender lo que siente desde una empatía que, en tanto tal, es siempre afectiva, y hablar lo esencial con palabras que, siendo de corazón a corazón, serán siempre breves. Procediendo de ese modo, el paciente (que convive con su psicoanalista lo que Weizsaecker denominaba "camaradería itinerante") abandonará la sesión suficientemente confortado, con un "combustible" que le alcanzará para esperar nuestro próximo encuentro.

Una formación

El psicoanálisis, como cualquier otra actividad que se profesa (es decir que lleva implícita una actitud y un sentimiento hacia alguien o hacia algo), exige, para realizarse en forma adecuada, una capacidad que se obtiene en un proceso de aprendizaje que suele denominarse “formación” profesional. Lejos de ser un secreto, es un hecho que, implícito en su historia, se confirma en su evolución y desarrollo. Esto no implica negar que Freud “cientificó y engrandeció” la capacidad de la abuelita que parte la tableta de chocolate cuando encuentra a su nieto acompañado con un amiguito.

No es casual que el psicoanálisis, sea como forma de psicoterapia o como ejercicio intelectual impregnado de afecto, florezca en lugares que, como las grandes ciudades, permiten que el contacto “presencial” entre colegas fructifique en reuniones colectivas en las cuales los avatares propios del oficio se elaboran, en el intercambio habitual entre quienes se dedican al mismo menester.

El proceso que denominamos psicoanalizar puede iluminarse, a través de una metáfora, con la realización de un viaje. Un proyecto que, azaroso y fascinante, si bien puede depararnos enseñanzas de un valor incalculable,

no está exento de sinsabores y penurias que es imprescindible atravesar.

Dado que el psicoanálisis, para florecer, “requiere” el contacto grupal entre colegas, vale la pena “representar” esos grupos con un tren que, constituido por una locomotora y los vagones que arrastra, también suele denominarse “formación”. Las vicisitudes de sus variantes iluminan el asunto. Hay locomotoras poderosas y estupendas, y también otras que nacieron débiles o que se han arruinado. Hay vagones valiosos que, habituados a “poner lo suyo”, funcionan muy bien “aceitados”. Pero hay otros que, mal armados o deteriorados en el trajín de los rieles, obligan a decidir entre lentificar la marcha o desengancharlos de la formación para poder avanzar, sin descarrilar, con la velocidad que los “puentes” o los trayectos empinados demandan.

Está en la esencia de la formación continuar, porque, como señala Porchia: “De todos modos he llegado hasta hoy. Y así llegaré a mi fin. De todos modos”.

